La esposa de siempre
Sandra Marton



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

La sirena sonaba muy fuerte.

Dolorosa y agonizantemente fuerte.

El sonido era algo vivo, que se metía en la cabeza y traspasaba hasta la médula.

«Que alguien pare eso», pensó ella.

Pero aunque dejó de sonar, el dolor no desapareció.

-Mi cabeza. -susurró ella. -Mi cabeza.

Nadie estaba escuchando. O mejor dicho, nadie la podía oír. ¿Estaba diciéndoselo a alguien, o sólo estaba pensando?

La gente se agolpaba en torno a ella, mirándola, algunos muy preocupados, otros por pura curiosidad. Sintió que la levantaban con mucha delicadeza. ¡Pero le dolía mucho!

-Tranquilos. -dijo alguien, mientras la metían a un vehículo. ¿Un camión? No. Era una ambulancia. Las puertas se cerraron y se empezó a mover, y aquel horrible sonido empezó otra vez mientras recorrían a toda velocidad las calles de la ciudad.

Se sintió aterrorizada.

-¿Qué le había pasado?

Trató de decir algo, pero no pudo. Estaba atrapada en el silencio y en su dolor.

¿Había tenido un accidente? En su mente se formaron imágenes de una calle mojada y resbaladiza, un bordillo y un taxi que se dirigía hacia ella. Oyó otra vez el pito del coche y el frenazo.

¡No, no! Pensó. Y a continuación su grito se mezcló con el de la sirena y de pronto se sumió en la oscuridad.

Estaba tumbada de espaldas y se dejó llevar por la, corriente de un sueño. Fragmentos de frases sin sentido, cayendo a su alrededor, como si fueran copos de nieve.

-... la presión sanguínea no se ha estabilizado...

-... espera que le hagamos una radiografía, antes de...

Se estaban refiriendo a ella. ¿Pero, por qué? ¿Qué le había pasado? Quería preguntárselo, quería decirles que dejasen de hablar sobre ella como si no pudiera oírles. Lo único que le pasaba era que no podía abrir los ojos, porque los párpados le pesaban mucho.

Se quejó y alguien le apretó la mano, como dándole confianza.

-¿Joanna?

¿Quién?

-Joanna, ¿me oyes?

¿Joanna? ¿Así era como se llamaba? ¿Era ése su nombre?

-... las heridas en la cabeza son impredecibles...

La mano le apretó más.

-¡Dejad de hablar de ella, como si no estuviera aquí!

Era una voz muy masculina, como la mano que le estaba tocando. De pronto todos se callaron. Joanna intentó mover los dedos, apretar la mano que estaba sujetando la suya, para expresar así su agradecimiento a aquel hombre. Pero no pudo. Su mano no le respondía.

Lo único que podía hacer era quedarse allí tendida, sin moverse, con su mano en la mano de alguien que no conocía.

-No te preocupes, Joanna. -le murmuró. -Estoy aquí.

Aquellas palabras la tranquilizaron, pero al mismo tiempo sintió miedo. ¿Quién, sería aquel hombre?

Sin advertirlo siquiera, se sumió en la oscuridad.

Cuando despertó, todo estaba en silencio.

Se dio cuenta de que estaba sola. No se oía a nadie, y nadie le estaba sujetando la mano. Se sentía como si estuviera en una nube, pero podía pensar con claridad.

¿Podría abrir los ojos? La posibilidad de no poder abrirlos la aterró. ¿Se habría quedado paralítica? No. Porque los dedos del pie los movía. Y también sus manos, y sus piernas...

Joanna respiró, mantuvo la respiración y poco a poco fue expulsando el aire. A continuación, intentó abrir los ojos, que pesaban como si tuvieran dos losas encima.

La luz de la habitación la cegó. Parpadeó y miró a su alrededor.

Estaba en un hospital. Estaba claro. Había una botella de suero colgada de un atril, al lado de la cama, conectada a. su brazo.

Era una habitación agradable, grande y llena de luz, además de cestas de fruta y ramos de flores.

¿Las habrían traído para ella? Tenía que ser, porque no había nadie más allí.

¿Qué le habría pasado? Ni las piernas, ni los brazos los tenía escayolados. Tampoco le dolían. Si no hubiera sido por aquella aguja clavada en su brazo, hubiera jurado que se acababa de despertar de una siesta.

Levantó la cabeza y buscó un timbre, para llamar a la enfermera.

-¡Ahh!

Sintió un dolor intenso en la cabeza. Se echó para atrás y cerró los ojos otra vez.

-¿Señora Adams?

Joanna trató de decir algo.

-¿Me oye, señora Adams? Abra los ojos, por favor y míreme.

Aquello le dolía, pero logró abrirlos y vio la cara de una mujer, que le sonreía.

-Muy bien, señora Adams. Muy bien. ¿Cómo se siente?

Joanna abrió la boca, pero no pudo pronunciar una palabra. La enfermera asintió con la cabeza.

-Espere un momento. Le vaya mojar un poco los labios. ¿Qué tal?

-Me duele la cabeza. -dijo Joanna.

La enfermera sonrió, como si hubiera dicho algo maravilloso.

-Ya sé que le duele, querida. El médico le dará algo en cuanto venga a verla. Iré a buscarle...

Joanna extendió el brazo y agarró la manga blanca del uniforme de la enfermera.

-¿Qué me ha pasado? -preguntó.

-El doctor Corbett se lo explicará todo, señora Adams.

-¿Fue un accidente? No recuerdo nada. Un coche, un taxi.

-Tranquila. -la enfermera, con mucha delicadeza, le quitó la mano y salió de la habitación. -Relájese, señora Adams, sólo tardaré un minuto.

-¡Espere!

La enfermera se paró, al oír aquella palabra, dicha con tal tono de urgencia. Se dio la vuelta.

-¿Qué ocurre, señora Adams?

Joanna miró a su alrededor. El corazón le latía a toda velocidad.

-¿Por qué me llama señora Adams?

Vio la mueca que hizo la enfermera con la boca, y su mirada comprensiva.

-¿No me lo puede decir? -le susurró Joanna. -¿No me puede decir quién... es decir, quién soy yo?

Llegó el médico. Dos médicos, de hecho, uno muy joven y amable y el otro más mayor, con un aire de mayor autoridad, a juzgar por la forma que la miraba, mientras la tacaba el cuerpo.

-Señora Adams. -así era como todos la llamaban y, como un perrito bien entrenado, en unos minutos aprendió a responder a ese nombre, a extender el brazo y dejar que le quitaran la aguja, a responder sí, cuando alguien se dirigía a ella por el nombre de señora Adams.

Pero lo único que sabía era que estaba en una habitación y que para ella la vida había comenzado hacía tan sólo unos minutos.

Hizo algunas preguntas, como sacadas de una mala película, pensó, pero al tiempo le sorprendió que hubiera sabido lo que era una mala película.

Pero el médico joven dijo que así era la amnesia, que te acuerdas de algunas cosas, pero de otras no, que era como si alguien hubiera limpiado el cerebro y Joanna le dijo que era una suerte, porque de lo contrario habría pensado que en la cama yacía un calabacín gigante. Le dijo tantas tonterías, que él empezó a reír y ella también, a pesar de que con ello le doliera la cabeza. Pero de pronto su risa se convirtió en sollozos, como si se le fuera a romper el corazón en pedazos, y sintió que una aguja entraba en su brazo y cayó dormida.

Cuando despertó era de noche.

La habitación estaba a oscuras, tan sólo un resplandor se colaba por debajo de la puerta.

Joanna se movió, intranquila.

-¡Enfermera! -susurró.

-Joanna.

Conocía esa voz. Era la misma voz masculina que había oído hacía una eternidad, cuando recobró el conocimiento.

-Sí. -dijo ella.

Oyó el suave crujir del cuero y de pronto una forma humana se levantó de la silla y se sentó en su cama. Muy despacio, con mucho cuidado, ella apoyó la cabeza en la almohada.

Aquella figura masculina estaba en la oscuridad y no se le podía distinguir la cara. Por lo que se veía era un hombre grande, ancho de hombros.

-Joanna. -le dijo otra vez, con voz ronca, como ella la recordaba, con un tono, en esos momentos, más suave. La agarró de las manos, y ella no tuvo dificultad alguna para entrelazar sus dedos con los de él, agarrándose a esa mano, como si fuera un bote salvavidas.

-Bienvenida. -le dijo.

Joanna tragó saliva. No se le ocurría nada, porque parecía estúpido preguntarle que quién era ella, dónde estaba o quién era él.

-Tendrás un montón de preguntas. -le dijo él, y ella casi se puso a llorar al ver su grado de comprensión.

-Sí. -murmuró.

Él asintió.

-¿Quieres preguntarme ahora mismo, o prefieres que primero llame a la enfermera? ¿Quieres algo? ¿Agua, o quieres ir al baño?

-Quiero respuestas. -dijo Joanna, con urgencia, apretando su mano. -Necesito respuestas.

-Claro, claro. ¿Enciendo la luz?

-No. -le respondió, rápidamente. Si encendía la luz, todo aquello sería real. Y no era real. No podía ser.

-Prefiero estar a oscuras, gracias.

-Está bien. -la cama se hundió, cuando él se sentó a su lado. La besó en los labios y pudo sentir la fuerza y el calor de aquel hombre. -Pregúntame, y te responderé lo mejor que pueda.

-¿Qué ha pasado? -le preguntó, humedeciéndose los labios. -¿Quién me trajo aquí? ¿Tuve un accidente?

Él suspiró.

-Sí.

-Parece que recuerdo algo... no sé... estaba lloviendo, creo.

-Sí. -volvió a decir. Le apretó la mano. -Estaba lloviendo.

-Me bajé de la acera. El semáforo estaba verde, me fijé en ello, porque... porque... -frunció el ceño. Había una razón, pero no se acordaba de ella.

Joanna se puso a llorar y el hombre que estaba a su lado se inclinó y la sujetó por los hombros.

-Todo ha pasado. -le dijo. -Todo ha pasado, Joanna.

La tocaba con delicadeza, pero pudo sentir la tensión contenida en sus manos, oler su aroma masculino, que llenaba el aire que se respiraba en aquella habitación.

-El taxi...

-Sí.

-Se saltó el semáforo...

-Tranquila.

-Lo vi, pero cuando reaccioné, ya era demasiado tarde...

El hombre juró entre dientes, la levantó y le apoyó la cabeza en su pecho.

Sintió un dolor muy intenso en la cabeza y lanzó un grito. Él la apoyó de inmediato en la almohada.

-¡Maldita sea! -dijo. -No te tendría que haber movido.

Pero ella sintió que aquel dolor no fue nada, comparado con el placer que había sentido al estar en sus brazos. Aquel cuerpo emanaba vigor y fortaleza.

Se lo quiso decir, pero pensó que aquellas cosas no se le decían a un desconocido.

-Estoy bien. -dijo ella. -Lo que pasa es que hay tantas preguntas...

El hombre le acarició la cara con el dorso de la mano.

-Cuéntame el resto. ¿Me atropelló el taxi?

-Sí.

-Y la ambulancia me trajo a este hospital...

-Estás en el hospital de Manhattan.

-¿Estoy grave? -él no parecía saber qué contestar, y ella tragó saliva. -Por favor, dime la verdad.

-Sólo tienes magulladuras en todo el cuerpo, una herida en el ojo, en la que te han dado unos puntos...

-¿Y por qué no me acuerdo de nada? ¿Tengo amnesia?

-El taxi sólo te rozó. -le respondió. -Pero cuando te caíste, te golpeaste la cabeza contra el bordillo.

-Tengo la mente en blanco. Me llamas Joanna, pero para mí ese nombre no significa nada. No sé quién es Joanna.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y ya casi le podía distinguir. Tenía unas facciones muy fuertes, con una nariz muy recta, de pelo negro y quizá un poco largo.

-¿Te acuerdas de mí? -le susurró, tan bajo que casi no lo oye. -¿Sabes quién soy yo, Joanna?

Suspiró. ¿Se acordaba de él? ¿Sabía su nombre?

-No. -le contestó. -No me acuerdo.

Hubo un silencio que casi se podía palpar: Sintió la presión de sus manos. Suavemente, las retiró, como si ella hubiera sido una figura de porcelana muy frágil.

Se levantó, y ella se dio cuenta de que era alto, ancho de hombros y de cintura estrecha, piernas largas y delgadas. Se quedó de pie, aliado de la cama, mirándola.

-Los médicos me han dicho que me esperara esto, pero... -dijo él.

Se encogió de hombros, como si nada pudiera hacer por remediarlo.

-Lo siento. -murmuró ella. -Lo siento mucho.

Él la sonrió con amargura. Se volvió a sentar a su lado y le agarró de la mano. Y de pronto se acordó de algo, pero fue un recuerdo tan fugaz que no supo cómo interpretarlo. Vio la cara de él apoyada en la mano de una mujer, vio sus labios apoyados en la palma de esa mano...

¿Era ella aquella mujer? ¿Le iba él a agarrar de la mano para besársela?

Sólo de pensarlo se le aceleró el pulso. Pero lo único que hizo fue dejarle la mano otra vez en su sitio, dándole después unos golpecitos.

-No es culpa tuya, Joanna. No tienes que disculparte por nada.

Y tuvo la sensación de que sí tenía que disculparse, que le debía muchas disculpas. Pero aquello era una tontería. ¿Cómo le iba a deber algo a alguien que no conocía?

-Por favor. -dijo ella. -¿Cómo te llamas?

Torció un poco la boca. Se levantó y se fue a la ventana, mirando a la oscuridad de la noche. Pasó toda una eternidad, antes de que el se volviera y la mirara de nuevo.

-Me llamo David, David Adams.

Joanna dudó. Aquel pozo oscuro que se la había tragado tantas veces desde el accidente parecía que la llamaba otra vez.

-David Adams. -murmuró ella, dándole vueltas a ese nombre en la cabeza, intentando y no consiguiendo encontrar alguna familiaridad. -Tenemos el mismo apellido.

Él se echó a reír.

-Ya veo que no has perdido tu sentido del humor, Joanna. Sí, tenemos el mismo apellido.

-¿Y somos familia, pues?

-Claro, mi amor. Mira, Joanna, yo soy tu marido.

CAPÍTULO 2

Todas las enfermeras lo conocían por su nombre, pero después de diez días no era de extrañar.

Lo sorprendente era que David sí pensaba que se había convertido en una persona famosa en el hospital, más cuando iba allí en coche con conductor.

Morgana, que era su asistente personal, se había reído a carcajadas cuando él expresó su asombro y molestia por su posición actual.

-No soy Richard Gere. -le había dicho, porque le habían parado una docena de veces para pedirle autógrafos, en su recorrido diario al hospital. -¿Para qué quieren una firma de un banquero de Wall Street?

Morgana le había contestado que él no era sólo un banquero de Wall Street, que era el hombre al que el presidente del Banco Mundial y el presidente de los Estados Unidos llamaban para pedir consejo financiero, a pesar de que ninguno de los dos conocía su afiliación política.

Además Morgana también le recordó que había sido incluido en la lista de los diez hombres más guapos de Nueva York.

David, que cuando vio su nombre en aquella lista se sintió avergonzado, se sonrojó. .

-Fue algo absurdo, que incluyeran mi nombre en un artículo tan estúpido. -murmuró.

Pero los medios de comunicación pensaban de otra manera. Durante aquella semana no se habían producido noticias de importancia, y el accidente de la esposa de uno de los hombres más guapos de Nueva York, había atraído su atención.

Cuando fue al hospital por primera vez, allí le habían estado esperando un ejército de periodistas, con micrófonos en la mano y cámaras de televisión, preguntándole cosas que ni siquiera se atrevería a contestar al más íntimo de los amigos. Pero David se había abierto paso entre la multitud y no había respondido a ninguna.

En aquel primer encuentro con la prensa había aprendido una lección. A partir de entonces fue al hospital en una limusina, a pesar de que no le gustaba aparentar. A Joanna, sin embargo, sí le gustó. Le encantó el lujoso asiento del acompañante, con su bar, televisión y equipo estéreo.

Qué ironía que el coche que a él no le gustaba y que su esposa adoraba se hubiera convertido en el vehículo en el que se desplazaban, desde que tuvo el accidente.

Y no tenía nada que ver con el bar o la televisión. Lo utilizaba porque era la única forma de evitar a la prensa. Llegó al hospital, paró en la entrada del personal médico, hizo una seña al portero, como si fuera algo que hubiera estado haciendo toda la vida, y entró en el edificio. Aquella iba a ser la última vez que iba a ir allí.

Al día siguiente, Joanna estaría instalada en una cómoda habitación en el centro de rehabilitación de Bright Meadows. Aquel sitio tenía una reputación excelente, tanto por recuperar pacientes, como por protegerlos de los intrusos. Bright Meadows se había especializado en pacientes de una elevada posición social. Nadie, que no tuviera un apellido famoso, podía entrar en aquel edificio, que tenía incluso un helipuerto, por si los periodistas se agolpaban a la puerta.

Hollister paró en la entrada de los médicos, como de costumbre, y saludó al guardia de seguridad, cuando entró en el ascensor. Estaba a punto de dar un suspiro de alivio, cuando una rubia con una sonrisa de triunfo le abordó con micrófono en mano.

-Señor Adams. -le dijo. -Muchos lectores de The Sun quieren saber cómo está la señora Adams.

-Muy bien, gracias. -le respondió David, con educación.

-¿De verdad? -le preguntó en un susurró. -Puede contar a los lectores de The Sun la verdad, señor Adams. ¿Cuál es el estado de su mujer?

-¿ Quiere usted hacer el favor de dejarme en paz?

-¿Es verdad que está en coma?

-Por favor, no me moleste.

-Hemos oído que su mujer tuvo el accidente cuando se dirigía al aeropuerto, de donde iba a partir hacia el Caribe, a celebrar su segunda luna de miel. ¿Lo puede usted confirmar?

David apretó los dientes. Si lo hubiera querido, hubiera borrado aquella expresión de comprensión de la cara de aquella rubia. Lo único que hubiera tenido que hacer era contarle la verdad, que su mujer se dirigía al aeropuerto, para ir al Caribe, porque los dos habían decido separarse de mutuo acuerdo.

Pero no estaba dispuesto a aguantar los cotilleos de la prensa amarilla. Su vida era privada. Además, en aquel momento no tenía sentido alguno poner fin a su matrimonio. Joanna y él estaban casados y él iba a permanecer a su lado, para ayudarla hasta que se pusiera bien.

-¿Señor Adams?

Aquella rubia no estaba dispuesta a cesar en su empeño. Había cambiado la expresión de su cara, de la más tierna compasión a la de preguntas sinceras. Estuvo a punto de decirle que la última vez que había visto a alguien con aquella expresión fue a un tiburón que estaba dispuesto a arrancarle una pierna, cuando estuvo buceando en la costa mejicana.

-Lo único que quiero es que comparta sus problemas con nuestros lectores. -le dijo. -¿No cree que es mejor desahogarse?

David sonrió.

-Bien, señorita...

-Washbourne. -le contestó ella, sonriendo-. Mona Washbourne, pero puedes llamarme Mona.

-Muy bien, Mona, te voy a decir algo. -de pronto David dejó de sonreír, se levantó la manga de su chaqueta y se miró el reloj. -Como no me dejes en paz de una vez, te vas a arrepentir.

-¿Me está amenazando, señor Adams?

-Si tú lo piensas.

-Eso parece. No obstante lo tengo todo aquí grabado, en el...

-Yo nunca amenazo, hago promesas. Cualquier persona que haya tratado conmigo, te lo puede decir la miró directamente a los ojos. -Tienes cuatro segundos, a partir de ahora mismo.

Viera lo que viera Mona Washboume en aquella fría mirada, lo cierto es que le dejó en paz.

-¿Nunca ha oído hablar de la libertad de prensa? No puede ir por ahí, amenazando periodistas.

-¿Eso es lo que eres? -le preguntó David, con educación. -¿Una periodista? Y yo que pensaba que eras una...

Pero antes de que terminara la frase, ella había salido y las puertas se habían cerrado. Mejor así, porque no tenía sentido alguno insultar a aquella mujer.

Había sido una semana bastante dura. Estaba claro que ya no amaba a Joanna y ni siquiera estaba seguro de que la hubiera amado en toda su vida. Pero eso no quería decir que no hubiera sentido miedo, cuando le llamaron para comunicarle que había tenido un accidente. Él no era una persona despiadada. ¿Qué hombre no hubiera reaccionado de la misma manera, al recibir aquella noticia?

Pero lo que le había pasado a Joanna había sido bastante grave. Había perdido la memoria. No recordaba nada. Ni siquiera su nombre, ni que estaba casada...

Las puertas del ascensor se abrieron. La enfermera de guardia lo miró, con una expresión de que no era la hora de visita, pero cuando lo reconoció le sonrió.

-Es usted, señor Adams. Pensábamos que no iba a venir hoy.

-Es que no me he podido escapar antes de una reunión, señorita Howell.

-Claro. Eso es lo que le dije a la señora Adams, al ver que no venía.

-¿Cómo está hoy?

-Muy bien. -le contestó la enfermera, sonriendo. -Se ha peinado, maquillado y se va recuperando poco a poco.

-Eso está bien.

Dejó a la enfermera y se fue a la habitación de Joanna.

-¿Por qué me miras así? -le había preguntado la tarde anterior, y al ver que él no respondía, se había puesto la mano en la herida. -Estoy fea, ¿no?

David se quedó de pie, queriendo decirle que lo que había estado mirando era la Joanna que él no había olvidado, la que rebosaba gracia y hermosura, incluso con aquella bata blanca del hospital. Pero no se lo había dicho. Lo que le dijo fue que no estaba fea y había cambiado de conversación.

Pero aquello le dejó una sensación muy extraña. Fue como un retroceso en el tiempo y verla como la primera vez que la conoció. Se lo había contado a Morgana y ella, le había expresado su opinión.

-Pobrecilla. -le dijo. -¡Claro que es una persona diferente! Piensa en lo que ha tenido que pasar, David. Es posible que le dé miedo mirarse al espejo. Pero en cuanto se arregle un poco el pelo y se maquille, seguro que se sentirá mejor. ¿Quieres que me encargue yo?

David dudó al principio, aunque no supo bien por qué. Pero al final le dijo que se encargara de hacer las llamadas pertinentes. Cuando abrió la puerta de la habitación, Joanna estaba mirando por la ventana. Tenía puesta una bata de color azul clarito, con el pelo echado para atrás, atado con un lazo.

Entró y dejó que la puerta se cerrara tras él.

-¿Joanna?

Ella se volvió al oír su voz y él vio que ella había vuelto a ser la que era. De sus ojos había desaparecido la sensación de vulnerabilidad. Le habían maquillado la cara y sus labios, aunque gruesos y sensuales todavía, habían perdido su color natural.

La chica que él una vez llamó su gitana, ya no estaba. Había sido sustituida por una figura de mujer muy sofisticada y él consideró una estupidez sentir aquella pérdida, porque de todas maneras había dejado de ser su gitana hacía mucho, mucho tiempo...

-David. -dijo Joanna. -No te esperaba.

-Es que no me podía ir de la reunión... ¿Has estado llorando, Joanna?

-No. -le respondió ella. -claro que no. Es que me duele la cabeza, eso es todo. -tragó saliva. -Gracias por la ropa.

-No seas tonta. Traerte tu ropa, era algo que tenía que haber hecho el primer día.

Joanna se pasó la lengua por sus labios. Miró su bata y después lo miró a él.

-¿Quieres decir que esta es mi ropa?

-Claro. Ellen la sacó de tu armario.

-¿Ellen?

-Tu sirvienta.

-Mi... -empezó a reírse, caminó hacia la cama y se sentó en el borde. -¿Tengo sirvienta? -David asintió. -Pues dile que se lo agradezco. Y gracias también por enviar a alguien para que me arreglara el pelo.

-No tienes que agradecerme nada, Joanna.

Se lo dijo con mucha delicadeza, a pesar de que deseaba decirle con todas sus fuerzas que le gustaba más con el pelo suelto, con el color natural de su cara, sus ojos negros y su sonrisa radiante.

Estaba muy guapa, pero había estado más guapa antes.

David frunció el ceño. La tensión de los últimos diez días le había puesto muy nervioso. No tenía sentido volver al pasado, cuando el pasado no había sido real.

-¿Qué? -preguntó él. -¿No te alegra que te hayan dado el alta?

Joanna lo miró. Sabía lo que tenía que decir. A pesar de que le alegraba dejar aquel hospital, temía lo que le podía esperar fuera de él.

Hasta ese momento, sabía que David y ella vivían en una casa cerca de Central Park, y no tenía ni idea de qué tipo de vida llevaba antes. David era rico, lo cual era evidente, y ella no sabía muy bien cómo se tenía que comportar la mujer de un hombre rico.

Era un hombre muy guapo. Un hombre muy masculino, y ella había estado todo aquel tiempo allí en aquel hospital, con tan sólo una mísera bata, sin arreglar, con el pelo sin peinar, hasta que él envió a una peluquera, momento en el que se dio cuenta de que él la prefería más arreglada.

No era de extrañar, pues, que la mirara como si la acabara dé conocer.

A lo mejor así las cosas mejorarían entre ellos. Todas las enfermeras le dijeron lo afortunada que era por estar casada con David Adams. Era un hombre guapísimo, muy sensual...

Tan amable, pero tan frío a la vez.

Pero las enfermeras no se daban cuenta de eso. ¿Era así como siempre la había tratado? ¿Como si fueran dos personas que se acababan de conocer? ¿O había sido el accidente, lo que motivó aquel cambio? ¿Se portaba así con ella, porque no podía recordar su pasado?

-¿Qué te pasa, Joanna? -ella papadeó y lo miró. -¿Han cambiado los médicos de opinión, y quieren que te quedes unos días más?

-No, no. Me han dicho que me puedo ir por la mañana, a las diez. Sólo estaba pensando, cómo me vaya sentir cuando vaya a... a... -casa, pensó. Pero no podía pronunciar aquella palabra. Y no tenía por qué. Porque no iba a ir a casa. Iba a ir a un centro de rehabilitación. Más paredes blancas, más techos altos, más enfermeras. sonrientes. -¿Dónde está Big Meadows?

-Bright Meadows. -dijo David, sonriendo. -Está a una hora en coche. Te gustará el sitio, Jo. Muchos árboles, montañas, una piscina muy grande e incluso hay una sala de musculación. No es como tu club, pero...

-¿Mi club?

David se maldijo a sí mismo. Los médicos le habían advertido que no era bueno recordarle su pasado, hasta que no estuviera preparada.

-Lo siento. En realidad no quería...

-¿Es que pertenezco a un club?

-Sí.

-¿Quieres decir que pertenezco a uno de esos sitios tan ridículos a los que va la gente a sudar como un loco?

David sonrió.

-Creo que el director de Power Place se sentiría ofendido si oyera eso.

-A mí no se me ocurriría ir a un sitio así. He estado viendo la televisión esta mañana y salió una habitación llena de gente dando saltitos. Estaban tan ridículos. ¿Y dices que yo hago lo mismo que ellos?

-Te vuelvo a repetir que al director de Power Place no le gustaría oírte hablar así.

-¿Y por qué no hago ejercicio al aire libre? ¿No decías que vivimos cerca de Central Park?

David pensó que aquello era como estar hablando con una persona totalmente diferente a Joanna.

-Sí, vivimos muy cerca. Y no sé por qué no vas a correr allí. Yo voy, todas las mañanas.

-¿Sin mí? -le preguntó.

-Sí, sin ti.

-¿No vamos a correr juntos?

Él se quedó mirándola. En el pasado lo habían hecho. Casi se le había olvidado. Las primeras semanas después de casarse, habían salido todos los días a correr juntos. Iban en silencio, hasta que de pronto ella aceleraba y le retaba a alcanzarla. Él la dejaba unos metros

de ventaja, hasta que pensaba que le iba a ganar, pero de pronto aceleraba, la alcanzaba, la agarraba entre sus brazos y la tumbaba en la hierba. La besaba, hasta que paraba de reír y exteriorizaba su deseo. Y entonces, paraban un taxi y se iban a casa...

-Decías que preferías ir al club. -le dijo él, con cierta brusquedad. -Porque así veías a todos tus amigos, y que era más seguro que correr al aire libre. ¿Has decidido ya lo que te vas a poner mañana?

-¿Cómo va a ser más seguro? ¿No íbamos los dos juntos?

-Decidimos que era mejor así, Joanna. Porque yo no tenía horario fijo. Tengo que dedicar muchas horas a mi negocio. Tú lo sabes. Es decir, no lo sabes, pero...

-Está bien, no tienes que explicar nada más Joanna sonrió. -Eres un hombre muy ocupado. Todas las enfermeras me dicen que soy una mujer muy afortunada, por estar casada contigo.

-Lo mejor que pueden hacer es meterse en sus asuntos. -respondió él.

-No te enfades con ellas; David.

-La gente tenía que meterse en sus asuntos. -le dijo, luchando contra la rabia que sentía por dentro, aumentando cada vez más. -Las enfermeras, los periodistas...

-¿Periodistas?

Por segunda vez, David se arrepintió de lo que había dicho. Pudo percibir el pánico en la voz de Joanna y se volvió para mirarla.

-No te preocupes por ellos. No dejaré que se acerquen a ti.

-¿Pero por qué...? -empezó a preguntar. -Claro, quieren saber lo del accidente, cómo estoy, porque soy la señora Adams.

-No te molestarán, Joanna. En cuanto estés en Bright Meadows...

-Los médicos me han dicho que me va a poner una terapia en Bright Meadows.

-Sí.

-¿Qué clase de terapia?

-No lo sé. Te tienen que examinar, primero.

-¿Examinarme? -le preguntó, con una sonrisa nerviosa.

-Mira, ese sitio es el mejor de todo el país.

-Yo no necesito ninguna terapia. -le respondió. -Lo único que quiero es acordarme de mi pasado.

-La terapia te ayudará a conseguirlo.

-¿Cómo? -levantó un poco la cabeza. Tenía una sonrisa radiante, aunque un tanto indecisa. -No tengo daños físicos, David. Yo no necesito que nadie me acompañe en mis paseos, ni que un médico me pregunte cosas sobre mi infancia, que no puedo recordar.

David frunció aún más el ceño. Le estaba diciendo lo mismo que había dicho él, cuando le recomendaron Bright Meadows.

-Joanna no está loca. -había razonado. -Ni tampoco está inválida.

Los médicos le habían dado la razón, pero habían argumentado que no había otro sitio al que se pudiera mandar a una mujer que sufría de amnesia, a menos que no se la llevara a casa. Necesitaba paz y tranquilidad y alguien que la cuidara. ¿Podía un hombre que trabajaba doce horas al día, darle eso?

No, David había respondido que no. Tenía que dedicarse a su profesión. Tenía una empresa muy importante en Wall Street y clientes a los que atender. Y también sabía, aunque no se lo había dicho a los médicos, que Joanna y él no aguantarían mucho tiempo juntos.

Bright Meadows era el sitio donde Joanna tenía que ir. Los médicos y David lo habían acordado.

¿Pero estaba de acuerdo Joanna con ellos?

-¿David?

Miró a Joanna. Estaba sonriendo, con cierto nerviosismo.

-¿Podría preguntarte, si no hay otro sitio al que pueda ir que no sea un hospital? Un sitio donde me pueda quedar, hasta que empiece a recordar cosas.

-Necesitas paz y tranquilidad, Joanna. La casa de la ciudad no es...

Ella asintió y se dio la vuelta, pero no antes de que él viera las lágrimas en sus ojos. Estaba llorando. Con dignidad, pero llorando al fin y al cabo.

-Joanna. -le dijo, con amabilidad. -Por favor.

-Lo siento. -se levantó y se fue a la ventana, donde se quedó, dándole la espalda. -Vete a casa, por favor, David. Ya es muy tarde y tienes muchas cosas que hacer. Lo que menos necesitas es una mujer que sienta pena por sí misma.

¿Habría sido siempre así? La imagen que él tenía de su esposa era una mujer delgada, alta, muy estirada, hombros rectos, no la mujer que estaba junto a la ventana, que era pequeña e indefensa.

-Jo. -le dijo, mientras se dirigía a su lado. -Escucha, todo va a salir bien, te lo prometo.

Ella asintió.

-Claro. -contestó, en un susurró.

Estaba justo a su lado, tan pegado a ella que incluso distinguía el tono rojizo de su pelo, oler el aroma de gardenias que siempre había tenido su piel, antes de que lo ocultara con perfumes más caros.

-Joanna, si no te gusta Bright Meadows, encontraremos otro sitio y...

Se dio la vuelta, con los ojos cargados de lágrimas y de algo más. ¿Ira?

-¡No me hables como si fuera una niña!

-No lo estoy haciendo. Lo único que trato es de darte confianza. Quiero que te cuiden los mejores especialistas. Y tú lo sabes.

-Yo no sé nada. -le respondió, temblándole la voz, pero esta vez de ira. -Eres tú el que no entiendes. Piensas que si me arreglan el pelo y la cara, si me envían mi ropa, para parecer Joanna Adams, voy a volver a ser Joanna Adams.

-No... -le respondió David, con rapidez. -Quiero decir, sí, de alguna manera. Quiero ayudar a que vuelvas a ser tú.

Joanna levantó su puño y pegó un golpe en la cómoda. David retrocedió unos pasos. No recordaba ni una ocasión en que Joanna hubiera levantado la voz, y menos la mano. Bueno, sí, hubo una vez; al principio de estar casados, porque él se había retrasado y no la había llamado por teléfono. Se había enfadado mucho porque había llegado a las dos de la mañana.

-¡David! ¡No sé quién soy! ¡No conozco a esa Joanna! -levantó el puño otra vez y le puso un dedo en el pecho, para dar mayor énfasis a sus palabras. -¡Ni tampoco te conozco a ti!

-¿Qué quieres saber? Pregúntamelo y te responderé.

Ella tomó aliento.

-En primer lugar quiero saber por qué tengo que creerme que soy tu mujer.

David empezó a reírse, pero paró enseguida. No estaba bromeando. La prueba de ello estaba en sus ojos.

Habían cambiado al instante de color, del violeta a casi el negro. Se había puesto las manos en la cintura, en una postura hostil. Parecía muy enfadada, pero estaba increíblemente guapa.

-¿De qué estás hablando?

-¿Cómo que de qué estoy hablando? Te lo he dicho muy claro. Dices que soy tu mujer, pero yo no me acuerdo. ¿Por qué entonces te vaya dejar que manejes mi vida?

-Joanna, por Dios bendito...

-¿Puedes demostrarme que estamos casados?

-¡No me lo puedo creer!

-¿Puedes demostrármelo, David?

-¡Por supuesto que puedo demostrártelo! ¿Qué quieres ver? ¿El libro de familia? ¿Las tarjetas de Navidad que enviamos este año? Claro que estamos casados. ¿Por qué te iba a mentir?

No lo haría. Ella lo sabía, en lo más hondo de su alma, pero aquello no tenía nada que ver con lo que estaba pasando. Estaba furiosa. Tendría que ser él; el que estuviera en un hospital, sin acordarse de nada, tomando decisiones a su espalda, para ver lo que se sentía.

-Respóndeme, Joanna. ¿Por qué iba a mentirte?

-No sé. Ni siquiera te he dicho que me hayas mentido. Lo único que estoy diciendo es que la única prueba de que estoy casada contigo es tu palabra.

David la agarró de los hombros.

-¡Y de mi palabra te tienes que fiar!

Y era cierto. Lo sabía, no sólo por lo que le habían contado las enfermeras, sino porque había leído algunos periódicos en" los que se alababan las excelencias de David Adams.

Además, David Adams era el hombre con el que soñaban todas las mujeres.

Pero ella no era todas las mujeres. Ella estaba perdida en un callejón oscuro, sin luces y lo único que podía sentir, cuando alguien le decía que era la señora Adams, era un mareo, mezclado con una sensación de desastre y algo más, algo increíblemente excitante.

-No. -dijo ella. -Tu palabra no es suficiente. No sé nada de ti. Ni lo que desayunas, ni lo que comes, ni las películas que te gustan. Tampoco sé por qué te pones esos trajes tan horteras.

David se quedó mirando a la mujer que tenía agarrada por los hombros. ¿Hortera? Era gracioso que Joanna utilizara aquella palabra, para describir los trajes que ni a él mismo le gustaban. Tenía razón, no se conocían.

Pero lo que ella no podía saber, era que se habían dejado de conocer hacía bastante tiempo.

Pero no siempre. No siempre, pensó, sintiendo cada vez más rabia, tanta que casi le impidió pensar en lo que estaba a punto de hacer, que fue abrazarla y besarla.

Ella se asustó y trató de apartarle. Pero él no la dejó, al principio por rabia, pero poco a poco por el placer de tenerla en sus brazos, por sentir la suavidad de su pecho y sus piernas.

Le puso una mano en la cabeza, para que no la pudiera apartar, y la otra se la puso en la parte baja de la espalda, apretándola contra él, tanto que casi escuchaba los latidos de su corazón, el suave quejido al apartar sus labios de los de ella. De pronto, Joanna le puso las manos en el cuello y le volvió a besar.

-Oh, lo siento. Volveré más tarde.

Se apartaron, cuando oyeron la voz de aquella mujer. Los dos miraron a la puerta, donde estaba la enfermera, con los ojos como platos.

-Pensé que a lo mejor la señora Adams quería que la ayudara a hacer la cama, pero... supongo... bueno la enfermera se sonrojó. -¿Ha recuperado la señora Adams la memoria?

-No, la señora Adams no ha recobrado la memoria. -respondió David, quien se dirigió hacia la enfermera y abrió la puerta: -Pero lo hará. Puede estar segura de ello.

CAPÍTULO 3

David pensó que la noche anterior se había comportado como un asno.

Estaba de pie, en la cocina, a las seis de la mañana y se dijo a sí mismo que tampoco había que ser un genio para llegar a esa conclusión.

Besó a Joanna, perdió los estribos. Había sido una estupidez. Los médicos le habían dicho que no tenía que alterarse y él la había alterado.

¿Por qué entonces no la había llamado por teléfono, nada más llegar a casa, y se había disculpado con ella? Muchas preguntas, sin respuestas, y ya había pasado media noche tratando de encontrarlas.

Siempre se había enorgullecido de su capacidad para asumir los errores, aprender de ellos y avanzar.

De esa forma logró pasar su niñez en toda una serie de residencias y diez años en la universidad de Ivy League, donde se había sentido como un pez fuera del agua.

¿Por qué entonces estaba allí, bebiendo una taza del peor café que había probado en su vida, rememorando una y otra vez aquel beso?

Vertió la taza en el fregadero y la lavó. La señora Timmons ya se encargaría de limpiar todo bien. ¿Por qué tenía que limpiar ella lo que él ensuciaba?

David abrió el frigorífico, sacó una jarra con zumo de naranja y se echó un vaso. El que ensuciaba, tenía que encargarse de limpiar. Lo cual le hizo recordar la razón por la que estaba allí de pie en aquella cocina.

La verdad era que si se hubiera divorciado de Joanna antes, no estaría en esa situación.

Hacía ya dos años que se había dado cuenta de que no quería seguir casado, de que la mujer a la que llamaba su esposa no era más que un producto de su imaginación. Joanna no era esa muchacha inocente que le había robado el corazón. Era una mujer muy calculadora, cuyo único propósito había sido cazar a un marido rico, y lo había conseguido.

Había tardado demasiado tiempo en admitir la realidad. David cerró de golpe la puerta del frigorífico, se dirigió hacia las puertas de cristal que daban a un jardín y se quedó mirando al cielo de la mañana.

Corbett y su equipo de especialistas no podían decirle cuánto iba a tardar en recuperarse. Ni siquiera le garantizaban que se fuera a recuperar. Lo único que decían era que necesitaba tiempo.

-No hay que precipitarse. -le había dicho Corbett, con cierta solemnidad. -Su esposa tiene que descansar, señor Adams. Es muy importante que no se asuste, que no se lleve sorpresas. ¿Lo entiende, señor Adams?

David lo entendía, bastante bien. No podía entrar en la habitación de Joanna y decir que antes de tener el accidente habían estado tramitando el divorcio.

Nunca lo hubiera hecho. No sentía nada por Joanna, ni en un sentido, ni en otro. Emotiva y mentalmente la había olvidado. Pero no podía darle la espalda, cuando ni siquiera recordaba su nombre.

Cuando no se acordaba de él, ni de que era su esposa. Era una especie de locura, pero conforme iba pasando el tiempo, aquello le molestaba. Una cosa era desear olvidarse de una mujer, y otra era que te mirara ella como si nunca te hubiera conocido.

Hasta la noche anterior, que fue cuando se puso furiosa con él. Y él había sentido la misma rabia, de forma tan intensa, que de pronto perdió los estribos. ¿Por qué la había abrazado y besado de aquella manera? Al principio había pensado que le iba a dar una bofetada. Pero lo que nunca imaginó era que ella le hubiera devuelto el beso.

Durante unos minutos, incluso se olvidó de que no estaba enamorado de ella, de que toda su relación estaba basada en engaños y mentiras.

A lo mejor tendría que haber hecho caso de sus abogados, en vez de los médicos. Jack había insistido en que era una estupidez dejarse llevar por los sentimientos.

-Así que no tiene que sufrir emociones fuertes. -le había dicho. -¿Es que quieres que te santifiquen, David? Está bien, págale la asistencia médica, métela en un hospital, ponle una cuenta. Pero antes de nada, divorciate de ella.

David había soplado.

-Sé que tienes razón, Jack, pero los médicos dicen...

-Olvídate de los médicos. Escucha, si quieres puedo ir a ver a los médicos y que me digan que está fingiendo, que puedes divorciarte de ella cuando quieras, si eso es lo que te preocupa.

-A mí no me preocupa nada -le había respondido David, con brusquedad-. Sólo quiero poder mirarme todas las mañanas en el espejo. Si sobreviví después de estar casado cuatro años con Joanna, podré sobrevivir dos meses más. Y era verdad. David dejó el vaso vacío en el lavavajillas, apagó la luz de la cocina y se fue a su habitación.

Lograría sobrevivir. Entendía la preocupación de Jack, pero no estaba dejando que Joanna se metiera en su vida otra vez, lo único que estaba haciendo era facilitarle las cosas.

Había dejado de afectarle. Y la verdad era que nunca le había afectado demasiado. Había logrado convencerse de que la amaba, cuando la única parte de su persona que Joanna había conseguido de él era aquella por la que los hombres se habían metido siempre en problemas desde el principio de la humanidad, la parte que había respondido la noche anterior.

Pero ya no habría peligro de que se pudiera repetir. Cuando la llevara a Bright Meadows, el problema se resolvería. Lo único que tenía que hacer era pagar la factura y una visita semanal.

Tarde o temprano ella recuperaría la memoria. Y cuando lo consiguiera, aquel matrimonio dejaría de serlo.

Joanna estaba sentada en los asientos de atrás de un Bentley y se preguntaba qué era lo que iba a decir el doctor Corbett si le dijera que prefería estar en su hospital, que allí en aquel coche con su marido.

¿Y qué diría su marido? Miró a David.

No mucho, a juzgar por su pétreo perfil, brazos cruzados y un silencio tan frío. A juzgar por su aspecto, tampoco él se sentía cómodo en aquella sala de estar con ruedas.

Su vida de matrimonio debía haber sido horrible. Se le puso un nudo en la garganta. El doctor Corbett le había dicho que uno podía perder la memoria, pero no la inteligencia. Ni tampoco se perdía el instinto, y el de ella le decía que haber estado casada con David Adams no debía haber sido una historia de amor.

¿Era así con todo el mundo, o sólo con ella? No sonreía, ni reía, ni mostraba ningún sentimiento.

Por esa razón, quizá, lo que había pasado entre ellos la noche anterior la había sorprendido tanto. Aquel ataque de puro deseo era lo último que ella había esperado.

¿Había sido un hecho aislado, o así era como reaccionaban los dos al verse?

Casi se pasó la noche en vela. Incluso después de haber llamado a la enfermera y haberle pedido una pastilla para dormir. Se quedó tumbada en la cama, mirando al techo y tratando de imaginar qué hubiera pasado si nadie les hubiera interrumpido.

Pensó que habría recuperado la compostura y que al final le habría dado una bofetada.

Pero en lo más hondo, una vocecilla le decía que a lo mejor habrían terminado en la cama, a pesar del hecho que para ella el hombre que la estaba besando era un extraño.

Logró adormilarse un poco y soñó con él. Soñó que la desnudaba, le besaba el pecho y lo hacían allí mismo, en la aséptica cama del hospital.

Joanna se sonrojó.

Lo cual demostraba lo poco que tenían que ver los sueños con la realidad. David se había disculpado por su comportamiento y ella lo había aceptado.

-¿Qué te pasa?

Volvió la cabeza y lo miró. Tenía el ceño fruncido, aunque no tenía cara de sorpresa.

-Nada. -le dijo ella, muy alegre.

-Creí que estabas quejándote.

-¿Quejándome? ¿Yo? -empezó a reír. -Para nada. Lo único es que me duele un poco la cabeza.

-¿Y por qué no me lo has dicho? -se inclinó hacia adelante y abrió un pequeño compartimento que servía de bar en el Bentley. -Corbett te ha dado medicinas, ¿no?

-Sí, pero no necesito medicinas.

-¿Por qué siempre tienes que ir en contra de todo?

-¿Voy yo en contra de todo?

David la miró. La verdad era que no. Nunca lo había hecho. El único problema era su estado de humor esa mañana.

Suspiró y negó con la cabeza.

-Lo siento. Es que estoy muy irritable hoy. Pero la verdad es que no te puede hacer daño tomarte un par de pastillas.

-Supongo que no.

David sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír.

Le puso un poco de Perrier en un vaso y se lo ofreció.

-Tómate las pastillas con esto.

Joanna se tomó las dos pastillas.

-Ya está. -dijo ella. -¿Estás contento?

Él frunció el ceño y puso una expresión de disgusto.

-¿Desde cuándo mis preocupaciones te pueden convencer para hacer algo?

Lo dijo sin pensarlo. ¿Qué le había pasado? Dos horas antes estaba satisfecho consigo mismo por ser un marido que prestaba todo su apoyo a su mujer. Pero no había pasado media hora y casi había echado todo a perder.

¿De quién había sido la culpa? Cuando esa mañana fue a buscar a Joanna, ella lo miró como si estuviera a punto de transformarse en un monstruo.

-Siento mucho lo que ocurrió anoche. -le dijo él, y ella había hecho un gesto, expresando que para ella aquello no había tenido la menor importancia. Pero reaccionó como un gato asustado, cuando él la trató de ayudar a meterse en el coche.

-Escucha. -dijo -sobre lo que pasó anoche... -No quiero hablar de eso.

-Ni yo tampoco. Lo único que quiero decirte es que no volverá a ocurrir.

-No. -dijo ella. Se miraron los dos. -No volverá a pasar.

-Los dos estamos pasando momentos muy difíciles. El accidente, la pérdida de tu memoria...

-¿Y cómo era todo antes del accidente?

-¿A qué te refieres?

-Tengo la sensación de que no éramos un matrimonio feliz.

-Era un matrimonio. -le dijo él. -No puedo cuantificar la felicidad.

Joanna asintió. Lo que había querido decir era que no habían sido felices. Aquello no le sorprendió. Estaba claro que no le gustaba a su marido y ella, por su parte, no sentía nada hacia él. No era fácil pensar que había estado enamorada de un hombre así.

-¿ Te ha dicho el doctor Corbett si puedes hablar de nuestra relación? Quiero decir si podemos hablar o no.

-No. -dijo él, con toda sinceridad. -No hablé de nuestro matrimonio con el doctor Corbett. ¿Para qué?

-No sé. Sólo pensé que... -suspiró y se estiró la falda. No es que hubiera ninguna razón para hacer aquello. Porque la falda le cubría las rodillas. -Pensé que te había preguntado algo sobre nosotros.

-Yo no le hubiera respondido. -le contestó David. -Corbett es un neurocirujano, no un psiquiatra.

-Ya lo sé. Supongo que es que me influye el sitio donde vamos.

-¿Bright Meadows? Pero ya te he dicho que es un centro de rehabilitación.

-Claro. Pero es que no me puedo quitar una imagen de la cabeza, que no sé de donde sale. Veo una enfermera que me espera al final de una larga escalera, por la que se accede a una mansión. Lleva un uniforme blanco y una capa. Es ridículo, pero veo que tiene bigote y chepa.

David empezó a reír a carcajadas.

-¡Cloris Leachman!

-¿Quién?

-Una actriz. Estás recordando una vieja película de Mel Brooks.

Joanna sonrió.

-Vimos esa película al poco de conocemos. Los dos dijimos que no nos gustaba mucho Mel Brooks, pero nada más empezar a verla, nos enganchamos. Al cabo de unos minutos, nos estábamos partiendo de risa.

-¿De verdad?

-Sí. La vimos hasta el final y luego llamé para que nos trajeran una pizza y tú metiste una botella de vino en el frigorífico y luego... -«y luego te dije que te quería y que si querías casarte conmigo»

-¿Y luego?

David se encogió de hombros.

-Luego decidimos darles a las películas de Mel Brooks otra oportunidad. -se aclaró la garganta. -Está bien que empieces recordando una película.

-Una escena de ella, nada más.

-No te preocupes. -le dijo, dándole unos golpecitos en la mano. -Ya verás como no vas a. encontrar nada de eso en Bright Meadows.

Y era cierto.

No había ninguna enfermera con bigote esperándola, pero sí un ejército sonriente de ellas. Tampoco vio pasillos interminables, ni enfermos vagando por ellos.

Aquel lugar tenía un aire muy alegre. La recepcionista sonreía, la enfermera se mostró muy solícita y la asistente que la acompañó a su habitación le deseo lo mejor.

-Espero que se sienta cómoda entre nosotros, señora Adams. -le dijo la chica.

Parecía como si hubiera ido a un hotel. Pero aquello no era un hotel, era un hospital, aunque nadie lo llamara así, y ella no estaba enferma. Lo único que le ocurría era que no podía recordar...

No. Mejor no pensar en ello, porque de lo contrario se iba a sentir aterrorizada y podría gritar.

Y era lo último que podía hacer. Había logrado controlar sus temores, no dejar que la acosaran en los sueños.

Se fue hacia la ventana y empezó a respirar hondo.

-¿Joanna? -David estaba mirándola. Se le habían soltado algunos mechones de pelo. Él sabía que si Joanna se hubiera dado cuenta, se los habría recogido. Era una mujer que no soportaba esas imperfecciones.

Cruzó la habitación en silencio y le puso las manos en los hombros. Notó cómo se asustaba, pero cuando le dio la vuelta, para que la mirara, creyó ver en su boca un cierto temblor.

-Joanna. -le dijo, con voz suave. -Si no te gusta este sitio, seguro que hay otros que...

-No, está bien. -le dijo ella.

David retiró sus manos de ella.

-Estoy segura de que me va a encantar estar aquí. -dijo ella. -Si no te importa, ahora me gustaría dormir un poco.

-Claro, claro. Había olvidado que ha sido un día, agotador para ti. -se dirigió hacia la puerta. A mitad de camino, se detuvo y se dio la vuelta. -No estoy muy seguro de cuándo podré venirte a ver.

-No te preocupes, David. Esto está a mucha distancia, para venir después de trabajar. Además, estaré tan ocupada, que seguro que no tengo tiempo para recibir visitas.

-Eso era lo que yo estaba pensando.

Joanna sonrió.

-Conduce con cuidado. -le dijo ella.

Mantuvo su sonrisa, hasta que la puerta se cerró.

Después se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

Hasta ese momento no se había imaginado nada que, fuera tan horrible como despertarse un buen día y no acordarse de nada.

Pero se daba cuenta que era más horrible aún saber que había estado casada con un hombre que no la amaba.

-¿Señor Adams?

David miró. Estaba leyendo una serie de informes que había sacado de su maletín, hasta que le interrumpió la voz del conductor, que salía por el interfono.

-¿Qué ocurre, Hollister?

-Perdone que le moleste, señor, pero es que están diciendo en la radio que ha habido un accidente en el túnel.

David suspiró y se pasó la mano por el pelo.

-¿Han dicho algo del tráfico?

-Hay un atasco de kilómetros. ¿Quiere que dé un rodeo? Podemos irnos por Palisades Parkway, por el puente.

-Buena idea, Hollister. Para un momento al lado de la carretera.

-¿Perdón, señor?

-Que pares.

-¿Es que ocurre algo, señor?

-No. -le contestó, en el momento que paraba el coche. -Es que quiero conducir, Hollister. Puedes que darte si quieres en el asiento de delante. Ponte el cinturón, que vamos a ver lo que puede hacer este coche.

-Este coche puede hacer bastantes cosas, señor. No es su Jaguar, pero si le pisa, seguro que le va a sorprender.

David sonrió. Esperó a que su conductor se abrochase el cinturón y, como él había sugerido, pisó el acelerador a fondo y se concentró única y exclusivamente en la carretera.

Llamaba a Joanna todas las tardes, a las siete en punto. Siempre mantenían la misma conversación.

-¿Qué tal estás? -preguntaba él.

-Bien, gracias -respondía ella.

-¿Qué tal en Bright Meadows?

-Muy bien, gracias, también.

El viernes por la tarde, cuando llamó, le dijo que tenía que trabajar el sábado, y que iría a verla el domingo.

Ella le dijo, que sólo si no le venía mal.

Él rechinó los dientes, al sentirse en cierto modo rechazado. Estaba claro que no necesitaba recordar su pasado, para saber cómo se tenía que comportar en el presente.

-Iré el domingo. -le dijo, y colgó el teléfono.

El domingo por la mañana salió a darse unas carreras, como solía hacer. Se duchó, se puso unos vaqueros viejos, un par de zapatillas y, como hacía buen tiempo, una camiseta azul. Y así se fue a ponerse al volante de su Jaguar, para ir a verla.

El centro de rehabilitación estaba lleno de pacientes y visitas, pero vio a Joanna, en el momento que se abrieron las puertas. Estaba sentada en un banco de piedra, junto a un árbol que estaba a punto de florecer. Estaba leyendo un libro, algo muy típico en ella. Así era como se había relacionado con él durante todo su matrimonio, como si los dos vivieran en planetas diferentes.

-Hola.

Ella miró, con ojos de sorpresa.

-¡David!

-¿Por qué te extraña tanto? -se sentó a su lado. -Te dije que vendría.

-Ya sé que lo dijiste, pero...

-¿Pero?

Joanna cerró el libro y lo puso sobre el banco.

-Nada. -dijo. -Supongo que me has pillado desprevenida.

-¿Qué tal por aquí?

-Muy bien, la gente es muy amable.

-¿Te están ayudando?

-¿Qué si he logrado recordar algo, quieres decir? -Joanna se levantó y él también. Empezaron a caminar, lentamente,' por un camino que rodeaba el edificio principal. -No, nada. Todo el mundo me dice que sea paciente.

-Pero es difícil.

-Sí. -lo miró. -Para ti también.

Sabía que tendría que haber dicho que no, pero no pudo.

-Sí. -le contestó. -Para mí también.

Joanna asintió.

-Estaba pensando...

-¿Qué?

Movió de lado a lado la cabeza. Se había jurado no decir hada, pero se le escaparon las palabras.

-Nada.

-Venga, Joanna, ibas a preguntarme algo. ¿Qué era?

-Pues... Mira, yo no soy médico, ni nada parecido, pero... -dudó. -¿No sería mejor que estuviera en un ambiente familiar, para poder recordar antes? -él la miró, sin decir nada. -Tú no sabes, David, lo difícil que es poderme imaginar cómo es mi casa. Mis muebles y los colores de las paredes.

-Quieres volver a casa. -le dijo.

Joanna lo miró. Estaba claro que la idea no le agradaba.

-Lo que quiero es recuperar la memoria. –razonó ella. -¿No es eso lo que tú quieres también?

-No serviría de nada. -le dijo él, con mucho tacto. -Necesitas paz y tranquilidad, alguien que te cuide. Yo no llego hasta las diez a casa, el teléfono no para de sonar y el fax igual...

Ella sintió como si una mano de hierro le estrujara el corazón.

-Lo entiendo. -respondió.

-¿Quién te cuidaría? Puedo contratar una enfermera, sí, pero...

-Nadie me tiene que cuidar. -le respondió ella. -Tengo amnesia, pero no soy inválida.

-Sí ya sé. ¿Y la terapia?

-¿Qué pasa con la terapia? -dijo ella, muy acalorada. -No creo que por aprender a hacer cestas de mimbre vaya a recobrar la memoria.

-¿De verdad que estás haciendo cestas de mimbre?

Ella suspiró.

-No, la verdad es que no.

-Ah, bueno. -le dijo, sonriéndola. -Por un momento temí que se hubiera hecho realidad lo de la película.

-No se te ocurra ni nombrarla. -le susurró, de forma exagerada. -Esta gente no tiene sentido del humor, con esas cosas.

-¿Por qué lo dices? -le preguntó, sonriendo.

-El primer día, vino alguien a buscarme. Me dijo que tenía que ir a fisioterapia y nos metimos en un montacargas destartalado, para bajar al bajo. Cuando llegamos allí le dije que si era el sitio donde estaba el potro y las cadenas. Pensé que le iba a dar algo. Tuve que soportar un sermón de cinco minutos sobre los avances en los sanatorios mentales...

-Gracias por avisarme.

-De nada.

Los dos se sonrieron y David se aclaró la garganta, tocó el codo de Joanna y empezaron a caminar de nuevo.

-¿Y qué tipo de terapia te están poniendo?

-De todo un poco. Me dicen que puedo pintar y hacer barro, también hay una hora de ejercicio y un poco de gimnasio.

-Pero a ti físicamente no te pasa nada.

-Así es como se hacen las cosas aquí. Hay un programa y hay que cumplirlo. Hay que levantarse a las seis, y desayunar a las seis y media. Una hora de pintura, o de trabajo con el barro y después la piscina, antes de la charla diaria con el psiquiatra.

-¿Te ve un psiquiatra también?

-Sí.

-¿Por qué?

-Hasta ahora, para ver cómo me voy acostumbrando a vivir sin memoria. No le gustó nada, cuando le dije que no quería acostumbrarme, que quería recuperar la memoria. -empezó a reírse a carcajadas. -Supongo que todavía se estará preguntando por qué soy tan hostil.

-Eso es ridículo. Hablaré con el director, Joanna. Creo que no se han leído tu historial. Tú no estás aquí para una terapia, tú estás para poder recuperar tu memoria.

-No te molestes. -Joanna se salió del camino. David la observó, cuando se quitó los zapatos y se sentó en la hierba. –Mmm. -dijo, tumbándose y poniéndose las manos en la cabeza. -¿No crees que el sol es maravilloso?

-Maravilloso. -contestó él, mientras intentaba recordar si alguna vez la había visto hacer algo parecido. ¿No estaría pensando que a lo mejor se iba a manchar de verde su falda? Él se quitó las zapatillas y se sentó a su lado. -¿Porqué me dices que no me moleste?

-Ya he hablado con el director. Y me contestó que como nadie sabía casi nada sobre amnesia y que como estaba aquí, lo mejor que podía hacer era ponerme en sus manos. Supongo que tiene razón.

-Supongo.

-Pero te juro que como vea una enfermera tipo la de la película, le pego con una cesta de mimbre en la cabeza.

Y mientras se dirigía a casa, David no podía quitarse de la cabeza la enfermera de la película.

Era una broma, lo sabía. Bright Meadows era lo mejor que había en clínicas. Tenía el mejor personal, y un servicio de comidas excelente. Joanna le había dicho que había engordado un kilo. ¿Qué mal le iba a hacer pasar unos minutos hablando con una psiquiatra? Y además estaba la piscina y todo lo demás... para una mujer que se pasaba medio día sudando en los aparatos de los gimnasios.

De pronto apretó las manos al volante del Jaguar.

¿Qué tenía todo aquello que ver con que ella pudiera recuperar su memoria? Y aquel era el objetivo principal, porque hasta que no lo hiciera estaba atrapado.

A lo mejor tenía razón y viviendo en casa podría recuperarla antes. O a lo mejor no. Y lo que menos le apetecía era que ella entrara en su vida de nuevo.

Además lo que le había dicho de Manhattan era verdad. Era mucho mejor estar en Bright Meadows, un sitio rodeado de jardines, piscina y luminosas habitaciones.

Pero la casa de Connnecticut tenía todo aquello. Paz y tranquilidad, pájaros cantando en el jardín y todo lo que Joanna pudiera desear, incluidas algunas cosas personales, que la podrían ayudar a empezar a recordar.

Allí habían pasado los primeros meses de matrimonio, entre risas y alegría.

Pero era mejor olvidarlo. No podría ir a la oficina todos los días. Estaba demasiado lejos. Y además odiaba aquella casa.

Joanna estaba mejor donde estaba.

David pisó a fondo el acelerador.

Estaba mucho mejor allí. A pesar de no poderse quitar de la cabeza la última mirada que le dirigió. Había sido sólo un reflejo, y él pensó que eran lágrimas al despedirle.

Se dio cuenta que el coche iba a tanta velocidad.

Juró entre dientes, y, frenando poco a poco, tomó la primera desviación y se volvió hacia Bright Meadows, para decirle que recogiera sus cosas que se la llevaba a casa.

A la casa de Nueva York, porque para nada estaba dispuesto a volver a la casa de Connecticut.

Nunca más en su vida.

CAPÍTULO 4

Empezó a llover, al poco tiempo de que David saliese por segunda vez para Bright Meadows. Dio al limpiaparabrisas y Joanna se quedó escuchando el sonido que hacía. Se oía también el sonido de la lluvia en el techo del coche y el de las ruedas al deslizarse por la carretera.

David la estaba llevando a casa.

Nunca se lo hubiera imaginado, teniendo en cuenta la forma en que reaccionó cuando se lo dijo.

Pero era verdad, la llevaba a casa.

No se podía creer que hacía tan sólo dos horas estuviese en Bright Meadows, mirando el coche de David y diciéndose a sí misma que era una estupidez llorar, y más estúpido aún pensar que no era en su recuperación en lo que él había estado pensando, cuando había insistido en que estaba mejor en el centro de rehabilitación, al tiempo que parecía desear quitársela de encima.

¿Por qué quería hacer algo así su marido?

Pero antes de que pudiera encontrar una respuesta, vio otra vez el coche de David. Paró, le dijo, en un tuno un tanto brusco, que creía que tenía razón, que era mejor que volviera a casa.

Joanna se puso muy contenta.

-Haz las maletas. -le dijo. -Yo me encargaré de comunicárselo a la dirección.

Y, al poco tiempo, se encontró en el coche, camino de casa. Sintió un escalofrío. David la miró.

-¿Tienes frío?

-No. -contestó ella. -Es que estoy un poco nerviosa.

-Pues mejor es qué te tranquilices, si no quieres que Corbett se oponga a este cambio de planes.

Sonrió, para que viera que estaba bromeando.

Joanna sonrió también y se puso las manos en su regazo.

-No te preocupes. -le dijo ella. -No seré una carga para ti.

-Yo nunca he dicho eso.

-Ya lo sé, pero quiero que quede claro una cosa. Yo no estoy enferma, David.

-Ya lo sé.

-Ni tampoco soy una inválida. Soy capaz de cuidar de mí misma.

-¿He dicho yo alguna vez lo contrario?

-Sólo quiero que sepas que no tienes que hacer de enfermera.

-A mí eso no me preocupa. -contestó él. -Además, siempre se puede buscar a alguien que te cuide.

-Yo no necesito que me cuiden. No tienes por qué contratar a una dama de compañía, ni nada parecido.

-Bueno, ya veremos como va todo.

-Todo va ir bien. Quiero valerme por mí misma.

-Siempre y cuando no fuerces las cosas. -le dijo. -Quiero que me prometas que vas a descansar por lo me nos un par de semanas.

-Te lo prometo. -Joanna se miró las manos. -Gracias -le dijo.

-¿Porqué?

-Por cambiar de opinión y venir a buscarme.

David se encogió de hombros.

-No tienes que agradecerme nada. Es lo más sensato. Además, es lo que tú querías.

-¿Está muy lejos?

-En media hora estaremos allí. -la miró. -Pareces cansada, Jo. ¿Por qué no duermes un poco?

-No estoy cansada, sólo estoy... -se paró a media frase. Estaba claro que David le había sugerido que durmiera, porque prefería estar en silencio. -Tienes razón, será mejor que duerma.

Joanna se echó para atrás y cerró los ojos. Era mejor que pensase que estaba cansada. Cuando más cerca estaban de su destino, más nerviosa se sentía.

¿Nerviosa? Casi se echa a reír. Para ser sincera, sentía pánico. Porque en realidad toda aquella palabrería de que quería irse a casa era sólo eso, palabrería. ¿Para qué iba a volver a una casa que no recordaba, con un hombre que tampoco tenía idea de quién era?

Miró a David, con los ojos entrecerrados. Tenía rígido el mentón. Los labios muy apretados. Las manos apretaban el volante con fuerza.

A parecer, ella no era la única que parecía estar un poco arrepentida de aquella repentina decisión.

¿Por qué? ¿Habría sido tan horrible su matrimonio? Debía haberlo sido. Porque de otra forma no se entendía aquella distancia entre ellos.

La única reacción emotiva que mostró fue aquella noche en el hospital, cuando la besó.

Al recordarlo, sintió un escalofrío. Fue un beso apasionado, que la había dejado temblando, con un deseo incontenible en lo más hondo de su cuerpo. Su cuerpo se estremeció.

-¿Jo? ¿Qué te pasa?

Joanna se incorporó, miró a David y luego se concentró en la carretera.

-Creo que tienes razón. Tengo frío.

-Pondré la calefacción. -giró un mando del salpicadero. -Siempre has dicho que la calefacción de este coche está pensada más para osos que para personas.

-¿Decía yo eso? -sonrió y se frotó el brazo. -La verdad es que no me imagino poniendo pegas a este coche tan precioso.

-¿Precioso? -preguntó, mirándola.

-¿Qué modelo es?

-Es un Jaguar XK 150 del 60. -respondió.

-Ah. -dijo ella, sonriendo. -Un coche antiguo. ¿Lo tienes desde hace mucho?

-No mucho. -le respondió. -Hace unos pocos años.

-Pues debe costar mucho, mantener un coche así.

-Sí. -apretó las manos al volante. -La verdad es que sí.

-Apuesto que no dejas que lo arregle cualquier mecánico.

-¿Por qué dices eso?

-No sé. Pero parece lógico. ¿Me equivoco?

-No. -él se quedó mirando la carretera, muy concentrado en el asfalto. -No, has dado en el clavo. Yo soy el que lo reparo.

-Así que no lo tocan manos humanas, ¿eh? –le dijo, sonriendo.

-Hace mucho tiempo, había una persona que me ayudaba a arreglarlo y solía decirme eso.

-Un supermecánico, imagino.

-Sí. -dijo él. -Algo así. -se produjo un silencio. -¿Has visto como está lloviendo?

-Sí. -dijo ella. -Está lloviendo a mares.

David asintió.

-Pues el hombre del tiempo se ha confundido, como de costumbre.

Aquella conversación era mejor que estar en silencio.

-Pero la lluvia viene bien. -dijo Joanna. -Una de las enfermeras decía que había sido una primavera muy seca.

-Seca no es la palabra. Los tulipanes no llegaron a florecer. Y las rosas que plantaste hace unos veranos, pues ni siquiera...

-¿Planté yo rosas? Creí que vivíamos en Nueva York.

-Sí. -apretó las manos al volante. -Pero es que tenemos otra casa... -no se atrevía a terminar la frase. -Vaya hombre. He vuelto a meter la pata. No tenía que haber mencionado lo de las rosas ni la casa.

-¿Por qué no?

-¿Qué quieres decir, que por qué no? -la miró enfadado. -Porque no te acuerdas de nada.

-Pero por eso no vas a dejar de mencionadas. De algo tendremos que hablar, aparte del tiempo. -dijo Joanna. -No nos vamos a pasar hablando de la lluvia todo el tiempo.

-Supongo que tienes razón.

-¡Pues claro que la tengo! Además, a lo mejor sirve de algo que hablemos de lo que yo hacía.

-Lo que ocurre es que no quiero agobiarte, Joanna. Ya sabes que los médicos han dicho que es mejor dejar que la memoria volviera sola.

-Si es que alguna vez vuelve. -le dijo sonriendo. -También dijeron que no podían garantizar nada.

-Todo va a ir bien. -le dijo, con más convicción de la que él mismo tenía.

-¡No sigas tranquilizándome, David! De nada va a servir que sigas... -no pudo terminar la frase. -Lo siento. -susurró.

Un rayo iluminó la carretera. Cada vez caía agua con más fuerza. Por la ventanilla de Joanna entraban gotas de agua. Intentó subir la ventanilla, pero no pudo. David se inclinó y la cerró por ella.

-Tengo que arreglar esa ventanilla. -murmuró. -Lo siento.

Joanna asintió. Ella lo sentía y él también. Se comportaban de manera tan amable, como si se acabaran de conocer. Pero no eran sólo conocidos, sino que eran marido y mujer.

Había algo muy extraño en aquella relación.

Sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo se le había ocurrido la idea de ir a casa con ese hombre?

Miró por la ventanilla y deseó haberse quedado en Bright Meadows. No era su casa, pero por lo menos se sentía más segura allí.

David miró a su esposa y luego a la carretera.

Muy interesante, pensó, apretando las manos al volante.

Su comedida esposa había demostrado su temperamento.

Sonrió.

Cuatro años antes, esa actitud no le habría extrañándolo más mínimo. Y no era porque la Joanna con la que él se había casado tenía mal humor. No tenía ningún temor a demostrar sus emociones. En el mundo en el que él se movía, en el que la gente pensaba que aquello no era correcto, la actitud de su esposa había sido deliciosa y refrescante.

Pero no había durado mucho. Porque no era posible. David apretó más el volante. Había sido una pose. Su amada esposa había llevado una máscara para ganarse su corazón y cuando decidió que lo había conseguido, se olvidó de todo.

Como Morgana había dicho, nadie podía desempeñar el papel de inocente toda la vida.

Deseó con todas sus fuerzas saber quién estaba sentada allí a su lado. Esta Joanna no era la mujer con la que él se había casado y de la que estaba a punto de divorciarse. Todo era familiar, pero al mismo tiempo extraño. Se dio cuenta el primer día que ella despertó después del accidente.

Lo que nunca hubiera pensado era que le preguntara a qué velocidad podía ir aquel coche. Y todo aquello de que seguro que no dejaba que nadie lo tocara.

Aquel Jaguar había sido un proyecto conjunto. Lo habían comprado los dos y los dos trabajaron en su reparación.

Recordó con amargura la semana que pasaron en Connecticut. Se tuvo que ir a la ciudad, para resolver unos asuntos, y cuando volvió la encontró reparando el motor.

-Oh, David. -le había dicho, riéndose mientras él la tomaba en brazos y le daba vueltas. -Quería darte una sorpresa y...

No le dejó terminar la frase. La besó y se la llevó al dormitorio, donde le quitó el mono de trabajo y descubrió que no llevaba nada debajo, a excepción de Unos leotardos blancos, que se puso en sus largas y preciosas piernas...

Mientras conducía, dirigió una mirada a esas mismas piernas. Tenía la falda por encima de las rodillas. No se había preocupado por bajársela, ni tampoco por arreglarse el pelo. El viento la había despeinado y unos mechones le colgaban por el cuello. David miró más abajo. Las gotas de lluvia habían humedecido su blusa de seda y el frío le había endurecido los pezones.

La Joanna que él conocía seguro que no habría ido así. Habría estado muy peinada, se habría bajado la falda y se habría cruzado de brazos si hubiera sido preciso, para que él no se diera cuenta de que ella también tenía reacciones e instintos sexuales.

David trató de concentrarse en la carretera.

Tenía que dejar de pensar en Joanna como si ella no fuera Joanna. Había perdido la memoria, pero él no había perdido la suya. Él conocía a la Joanna de verdad.

Y por un momento pensó que lo mejor hubiera sido que se hubiera quedado en Bright Meadows.

La ciudad resplandecía bajo la lluvia. Estaba preciosa, pensó Joanna. Tenía la sensación de que la había visto en fotos.

David le sonrió.

-Nos falta poco para llegar.

Ella asintió. Tenía las manos en su regazo, tan apretadas que se estaba clavando las uñas en la carne.

¿Se acordaría de algo? ¿Vería algo en aquella casa que le hiciera recordar?

En una película a lo mejor podía pasar. Pero aquello era la realidad. David giró en la Quinta Avenida y se metió por una calle. Era una calle tranquila, con una hilera de árboles, con casas señoriales a cada lado, en las que seguro que vivía gente de mucho dinero.

David aparcó el coche y paró el motor. Joanna se quedó mirando el edificio que había frente a ella.

En Bright Meadows le había pedido que le hablara de la casa donde vivía. La descripción que le hizo no se podía comparar con lo que tenía delante de los ojos. Tenía una fachada de piedra gris, las ventanas con contraventanas de color negro. Para acceder a la puerta principal había que subir una escalera de piedra.

-David. -le dijo, girando, para mirarlo.

Pero ya había salido del coche y trataba de protegerse de la lluvia.

-Espera. -le gritó, intentando hacerse oír en aquel diluvio. -Iré a por un paraguas.

Ella abrió la puerta y salió.

-No, no, espera...

Pero enmudeció al mirar otra vez la casa sin sentir siquiera la lluvia que estaba cayendo.

«Esa es nuestra casa», pensó. «La mía y la de David».

En aquel momento deseó con todas sus fuerzas haberse quedado en Bright Meadows.

-¿Por Dios, Jo, qué estás haciendo? Venga entra, antes de que te cales hasta los huesos.

Ella ni se inmutó. No quería entrar en aquella casa.

Odiaba aquel sitio.

-Por Dios. -David murmuró, mientras tiraba de ella. Se desequilibró y no tuvo más remedio que agarrarse de su cuello.

El tiempo pareció detenerse. La calle mojada, la lluvia... todo parecía insignificante. Lo único que podía sentir era la fuerza de los hombros de su marido, la calidez de su cuerpo.

Ella miró. Le pasó la mano por la cintura...

La puerta de la calle se abrió.

-Señor. -dijo una voz. -No tenía ni idea de que...

-No. -contestó David. -Ni yo tampoco.

Un hombre alto, con poco pelo, los estaba esperando en la puerta. Joanna vio que era el conductor que los había llevado a Bright Meadows. El verlo allí, en la entrada de la casa, la dejó boquiabierta.

-Ese es el conductor de la limusina. -susurró a David. -¿Qué está haciendo aquí?

-Se llama Hollister, Joanna. Vive aquí.

-¿Que vive aquí? -repitió ella.

-Señora. -dijo Hollister, haciendo una reverencia, cuando pasó David. -Bienvenida a casa.

-Hollister -dijo David- es nuestro conductor. -¿Quieres decir que el coche en el que fuimos a Bright Meadows es nuestro?

-Sí. Hollister lo conduce. -dijo David, sonriendo a Hollister. -Y cuando no está conduciendo, es nuestro mayordomo.

-¿Nuestro mayordomo? -dijo Joanna, cada vez más extrañada. -David. -dijo en voz baja. -David, por favor...

-¿Qué tal está, señora?

Una mujer con un traje oscuro apareció en el recibidor.

-Y esta, -dijo David. -es la señora Timmons. Nuestra ama de llaves.

-Hola, señora Timmons. -acercó su cara a la de David. -David por favor, qué van a pensar. Déjame en el suelo...

-Y esa, -dijo David, mientras subía por las escaleras. -es Ellen.

Joanna pudo ver una mujer con delantal blanco, pelirroja y grandes ojos azules.

-Señora. -dijo una voz muy tímida.

-Ellen. -repitió Joanna. Miró por encima del hombro de David y Ellen sonrió y le hizo una reverencia. ¡Una reverencia! ¿Todavía había gente que hacía esas cosas?

-¿Un mayordomo, una ama de llaves y una criada? -susurró, incrédula, cuando llegaron al segundo piso. -¿Trabaja toda esa gente en nuestra casa?

-Más o menos.

-¿Por qué más o menos?

-A excepción de la señora Timmons, sería más preciso decir que son tus criados. -empujó una puerta con el hombro, pasó y encendió la luz.con el codo. -Los criados -le dijo, dejándola de pies en el suelo. -y esta es tu habitación.

Las preguntas que Joanna hubiera querido hacer se le olvidaron al ver aquella habitación.

La noche anterior había visto un programa en televisión, algo sobre un sitio llamado Versalles y Fontainebleau, unos palacios franceses. Ojalá hubiera prestado más atención.

Quien quiera que hubiera diseñado aquella habitación, había querido darle el aspecto de un palacio. El color de las pareces hacían juego con las, cortinas, la colcha y el dosel de la cama. El suelo estaba cubierto de, alfombras. Los muebles eran blancos, con un ribete de oro, a excepción de una mesa en la pared de enfrente. Sobre la superficie de cristal había un surtido bastante amplio de botellas y frascos de cosméticos.

Era una habitación femenina y muy sensual. Pero en cierto sentido era como un escenario. Joanna tenía la sensación de que si miraba detrás de las paredes y los muebles descubriría que estaban hechos de cartón pintado.

Se volvió y miró a David, bastante desconcertada.

-Esta no puede ser mi habitación.

-Pues te aseguro que sí lo es. Anda, quítate esa ropa mientras yo vaya buscar a Ellen.

-No. Quiero decir, que prefiero que no lo hagas. Quiero estar un momento a solas. -le sonrió. -¿Estás seguro de que esta es mi habitación?

-Lo que estoy seguro es de que no es la mía. A mí no me va este estilo.

-Quieres decir que no compartimos...

David cambió de expresión.

-No. -dijo. -No compartimos habitación.

-Oh.

Se quedó mirándolo, mientras él se metía en el baño. Acababa de descubrir que dormía en una habitación que la misma Maria Antonieta hubiera envidiado y que no la compartía con su marido y no sabía qué decir.

-He abierto el grifo del baño.

Ella miró hacia el cuarto de baño. David salía con las mangas de su camisa azul subidas, mostrando unos brazos fornidos y con mucho vello negro.

-¿Joanna? Te he dicho que...

-Ya te he oído. -se aclaró la garganta. -Gracias.

-No tienes que agradecerme nada. Abrir un grifo del agua no es demasiado esfuerzo.

-Quería decir... gracias por lo que has hecho. Por traerme a casa.

-No seas tonta. -le dijo él. -Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí. Anda, quítate esa ropa y métete en el baño.

-David... -estiró la mano y se la puso en el brazo. -Ya sé que esto no es fácil para ninguno de los dos, pero estoy segura de que vaya recuperar la memoria.

-¿Quieres decir que todo esto te resulta familiar?

-No. -admitió ella. -Todavía no. Pero estoy segura de que pronto empezaré a recordar y pronto podremos volver a hacer lo que hacíamos.

David la miró con sus ojos verdes como el mar de invierno.

-Lo que hacíamos. -dijo él.

-Sí, -le dijo ella, sonriendo. -fuera lo que fuera. Por un momento, ella pensó que iba a decir algo, algo que estaba segura de que no quería oír, pero pasaron los segundos y lo único que hizo fue asentir.

-Claro, claro. -le dijo. -Anda, métete en el baño. Le diré a la señora Timmons que te haga una sopa y te la traiga aquí.

-¿Quieres que cene sola?

-Creo que es lo mejor. ¿Tú no? Tengo trabajo y así tú puedes bañarte tranquilamente y relajarte.

Joanna sintió ganas de llorar.

Estaba en su casa, que era lo que había querido, y su marido había sido amable y considerado. La había llevado en brazos a su habitación, le había preparado el baño y le estaba ofreciendo la posibilidad de terminar el día plácidamente.

-¿Joanna?

Lo miró y sonrió.

-Sí, gracias David. Si no te importa cenaré sola. Estoy muy cansada. ¿Lo entiendes?

-Por supuesto. -se fue hacia la puerta y puso la mano en el pomo. -Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Y se quedó sonriendo hasta que la puerta se cerró. A continuación se fue hacia el baño, se sentó en el borde de la bañera y cerró los grifos. El aire estaba cargado de vapor, y las lágrimas que había logrado reprimir momentos antes, empezaron a caerle de los ojos.

David era el hombre perfecto. Pero no quería saber nada de ella. No la amaba, ni siquiera le gustaba. No la quería ni en aquella casa, ni en su vida, y lo peor era que no sabía por qué.

CAPÍTULO 5

Joanna se había despedido hasta la mañana siguiente, pero cuando se levantó, a las ocho de la mañana, él ya se había ido.

Lo cual no le importaba. Porque lo último que quería era hablar con él sobre aquella casa que más que una casa parecía un museo. Desayunó bajo la fría mirada de la señora Timmons, que manifestó claramente con el rostro su desaprobación porque sólo comiera media naranja y una taza de café. Luego se fue de habitación en habitación, para ver si le resultaba algo familiar.

Nada.

Al medio día, mientras estaba sentada junto a una mesa en la que cabían doce personas, David llamó por teléfono.

Hollister le trajo el aparato.

Le preguntó que qué tal estaba, que si necesitaba algo.

Joanna miró a su alrededor. Un cetro y una corona, pensó, acallando como podía su risa histérica.

-No te preocupes por mí. -le dijo. -Estoy bien.

La conversación no duró más de un minuto.

Cuando terminó, Hollister le hizo una reverencia y llevó el teléfono a su sitio. La señora Timmons vino con una ensalada de langosta en la mano.

-Antes le gustaba mucho esto. -le dijo. -¿O es mejor que no le recuerde le que le gustaba antes?

Joanna sonrió.

-Diga lo que quiera. -contestó. -Porque si no voy a terminar comiendo cartón, para ver si era lo que me gustaba.

El ama de llaves también sonrió.

-Está bien -le dijo y se marchó.

Después de comer, Joanna salió al jardín y se sentó en la hierba. Era un sitio triste, en el que un arce intentaba sobrevivir.

Igual que ella, pensó. Se levantó y se fue a su habitación. Se echó la siesta, despertó y se puso a leer una revista. Luego paseó por la casa.

La señora Timmons estaba en la cocina, lavando verduras en el fregadero.

-¿Quiere que le ayude en algo? -le preguntó Joanna.

El ama de llaves la miró como su estuviera loca, en vez de haber perdido la memoria.

-No gracias, señora. -le contestó y siguió con su trabajo.

A las seis, David llamó por teléfono otra vez, disculpándose. Le era imposible salir de una reunión. Le preguntó si no le importaba cenar sola.

Tuvo que morderse el labio para no contestarle que había hecho lo mismo la noche anterior y que no sería muy difícil hacer lo mismo esa noche.

-Claro que no. -le contestó ella. -Cuando llegues tomaremos un café juntos.

Pero no llegó hasta las diez y a esa hora ella ya estaba en la cama.

Le oyó subir las escaleras y atravesar el pasillo. De pronto se paró junto a su puerta y a ella también se le paró el corazón.

Joanna se quedó sin respiración, imaginándose la mano de su marido en el pomo de la puerta, abriéndose...

Siguió caminando por el pasillo. Abrió la puerta de su habitación y la cerró muy despacio. Ella se sintió más aliviada.

A la mañana siguiente cuando bajó, él la estaba esperando en el comedor.

-Buenos días. -le dijo. -Siento mucho lo de anoche.

-No te preocupes. -le contestó ella, encogiéndose de hombros. -Yo me quería ir pronto a la cama. Todavía no estoy a pleno rendimiento.

David asintió. Tenía el pelo mojado, como si acabara de ducharse, y se acordó que le dijo que todas las mañanas iba a correr por el parque.

-¿Has salido a correr?

-Sí. No te habré despertado, ¿verdad? Porque he salido muy temprano."

-No, no. He dormido como un troncó. Lo que quería decir es que...

-¿Qué?

¿Qué era lo que quería decir? Ya habían hablado de salir a correr juntos y él había dejado bastante claro que prefería hacerla solo.

-Que voy a salir a dar un paseo, ya que el parque está tan cerca.

-La semana que viene.

-¿Qué?

-Te he dicho que...

-Ya he oído lo que me has dicho. Lo que no quiero es creerme lo que estoy oyendo. ¿ Tengo que pedirte permiso para hacer algo?

-Tan sólo quería sugerirte que esperaras una semana, hasta que estuvieras más fuerte.

-No estoy enferma. -le dijo, echando chispas por los ojos. -Ya te he dicho que no...

-Eres una inválida. Ya lo sé. Pero salir sola a un sitio que no conoces, es un poco arriesgado.

-Nueva York estará indicado, ¿no? No te preocupes, que no me voy a perder. Dejaré miguitas según me voy alejando.

David empezó a reírse.

-No me extrañaría que lo hicieras. -se quedaron mirándose y permanecieron en silencio. Al cabo de unos segundos él se aclaró la garganta. -Se está haciendo tarde. Tengo que marcharme. ¿No te importa?

-Claro que no.

David agarró el maletín que había sobre una mesa. Después de unos segundos de duda, se agachó y le dio un beso en la frente.

-Que tengas un buen día. -le dijo. Y se fue.

-¿Señora Adams?

Joanna parpadeó, suspiró y se dio la vuelta, para mirar a la señora Timmons, que estaba en la puerta del comedor.

-¿Sí, señora Timmons?

-Su desayuno está listo. Media naranja y un café.

-Gracias. ¿Señora Timmons?

-Sí, señora.

-¿Eso es lo que yo desayuno?

-Eso era lo que desayunaba la señora.

-¿ Y no cree que podría cambiar?

-Bien podría, si lo deseara. ¿Qué le apetece?

-No lo sé. ¿Qué me sugiere?

-¡Una taza de chocolate caliente! -le dijo el ama de llaves, con los ojos clavados en Joanna. -Un zumo de naranja y una taza de chocolate caliente.

-¡Chocolate caliente! -Joanna se echó a reír. -No, mejor no.

-¿Café, entonces, con leche y azúcar?

-Está bien. -Joanna suspiró. -¿Tiene un minuto para hablar conmigo, señora Timmons?

-Si lo desea. -le contestó.

Joanna se pasó la lengua por los labios.

-Para empezar quiero que me llames Joanna.

La señora Simmons palideció.

-Yo no podría hacer eso, señora.

-Entonces llámame señora Adams, no señora todo el tiempo. -le dijo Joanna sonriendo. -Ya me cuesta bastante pensar que yo soy Joanna, como para que alguien me llame ahora señora.

La mujer se quedó boquiabierta. Al cabo de unos segundos, asintió.

-Intentaré recordarlo, señora Adams.

-Otra cosa, ¿sabes quién ha decorado esta casa?

-Usted, por supuesto.

Joanna suspiró. Aquella respuesta no le agradó, pero tampoco era una sorpresa.

-Una última. -dudó unos segundos. -¿Qué era lo que yo hacía a diario?

-Desayunaba a las ocho y se iba al gimnasio a las diez y luego hacía muchas cosas por la tarde.

-¿Quieres decir que trabajaba media jornada?

-No, señora Adams. Salía a comer con alguien, o asistía a reuniones de instituciones caritativas.

-Ya entiendo.

-Y además tenía hora con la peluquera tres veces a la semana.

-¿Qué iba a la peluquería tres veces a la semana? -Joanna le preguntó, sin creer lo que acababa de oír.

-Los viernes va a que le hagan las manos y luego va también a que le den masajes...

-Masajes. -Joanna repitió. Se hubiera reído a carcajadas. O mejor empezado a llorar. Era difícil decidir.

-Si quiere le enseño su diario. A lo mejor está en la biblioteca, o en el escritorio de su habitación.

-No te preocupes. -le dijo Joanna. -Me olvidaré de eso por el momento, hasta que no vuelva a ser como era antes...

Como era antes, lo cual le parecía cada vez más y más aburrido.

El día fue una copia del anterior.

Paseó por la casa. Leyó. Se sentó en el jardín. Comió y se echó la siesta y se despertó intranquila, como un tigre.

A media tarde, se puso una chaqueta y se fue hacia la puerta. Hollister, que apareció de nadie sabía dónde, se la abrió.

-Si la señora quiere que la lleve a algún sitio. -le dijo. -Estoy a su disposición.

-Gracias. -respondió Joanna. -Pero me voy a dar sólo un paseo.

-¿Un paseo, señora?

-Sí. -le dijo. -Ya sabe, un pie primero y luego el otro... A pasear por el parque.

-La señora a lo mejor desea...

-La señora se quiere ir de aquí. -abrió la puerta y la cerró de un portazo.

El paseo le despejó la cabeza.

Le había contestado a David por la mañana y luego a Hollister. Y no tenía por qué haberlo hecho, porque todos querían su bien.

Pero todo le resultaba muy extraño. Aquella era la vida que llevaba. ¿Pero era la vida que ella quería?

Parecía imposible.

Ellen estaba en el baño, echando sales perfumadas en la bañera.

-Hola señora, estoy preparándole el baño.

Joanna suspiró y se sentó en el borde de la cama.

-Ellen, ¿te importaría dejar de llamarme señora? Porque cada vez que lo haces estoy a punto de mirar para atrás a ver si veo a la reina de Inglaterra.

Ellen empezó a reírse.

-Como usted quiera, señora.

-Lo que yo quiero es que me llames señora Adams.

-Pero señora, cuando me contrató me dejó muy claro que quería que la llamara señora.

-Pues olvídate de lo que dije. -le contestó Joanna. -Quiero decir... las cosas han cambiado. Además si me llamas señora Adams, así podré acostumbrarme antes a mi verdadero nombre.

-Sí, señora Adams.

-Gracias. Por cierto, ¿para qué me estás preparando el baño?

-Porque se baña todos los días a esta hora, antes de vestirse para salir a cenar.

-¿Vestirme? -Joanna se miró.

-Sí, señora Adams.

-¿Con vestido largo y guantes blancos?

-No tan elegante. -dijo Ellen. -Un vestido, sin guantes. Además se recoge el pelo.

-¿Y eso es lo que hago todas las tardes? ¿Vestirme para salir a cenar?

-Sí, señora Adams.

Joanna dejó de sonreír. Una mañana sin hacer nada y una tarde haciendo lo mismo, después un baño de sales perfumadas antes de vestirse para salir a cenar.

Vaya existencia tan inútil.

¿Era así la vida de la mujer de David Adams? Pensó en el aspecto de David, cuando la fue a ver el domingo a Bright Meadows. Llevaba unos simples vaqueros viejos y una camiseta. Que marcaba sus pronunciados hombros.

¿Por qué se habría casado un hombre así con una mujer que no hacía nada?

-¿Y mi marido también se viste para salir a cenar?

-Sí. El señor Adams se ducha y se pone un traje negro. -suspiró Ellen. -Yo pienso que eso está pasado de moda, pero es muy romántico.

-Muy bien. -dijo Joanna. -Te diré lo que vamos a hacer. Me ducharé y dejaré que elijas tú el vestido que me voy a poner esta noche.

-¿Ducharse? Pero...

-Confía en mí, Ellen. Yo no me doy un baño, a menos que esté congelada de frío o esté con gripe.

La muchacha la miró con cara de asombro, de la misma forma que lo hizo la señora Timmons por la mañana. Estaba claro que a las dos les extrañaba la actitud de la nueva Joanna. Aquello la verdad era algo sorprendente.

A las siete, con un traje negro, Joanna bajaba las escaleras.

El vestido no le gustaba mucho. Era un vestido amplio, casi no tenía formas. Ni muy corto, ni muy largo, pero con él parecía más vieja. Pero el problema era que en su armario todos los vestidos eran casi iguales.

¿Por qué se habría comprado todos esos vestidos? Se lo preguntó a Ellen y ella se encogió de hombros.

-Usted compraba en las mejores tiendas, señora Adams.

-¿De verdad? -le preguntó, mirándose en el espejo. Bajó la escalera y se detuvo al lado de la biblioteca. David la estaba esperando, frente a la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos.

Era un hombre muy apuesto. Con unos hombros increíbles. Su gusto por los muebles y por la ropa, había que ponerlo en duda. Pero para elegir un hombre, su gusto había sido exquisito.

David se dio la vuelta.

-Joanna -dijo.

-David. -tragó saliva. -Hola.

La recorrió con su mirada. Ella esperó a que él dijera algo sobre su aspecto, pero no lo hizo. Le estudió la cara, intentando leer su expresión, pero era como leer la cara de una estatua.

-¿Qué tal hoy? -le preguntó ella.

-Bien. -le respondió él. -¿Y tú qué tal?

Se sintió descorazonada. Iban a tener otra de esas conversaciones aburridas.

-Aburrido.

-¿Aburrido?

-Sí. No he hecho nada.

-Me han dicho que te fuiste a dar un paseo.

-Ya veo que Hollister te ha informado.

-Hollister cumple mis órdenes.

-¿Es qué le has dicho que me espíe?

David se pasó la mano por el pelo.

-Ha sido un día muy duro. No quiero discutir.

-¿Es que estamos discutiendo?

-No. -le dijo. -La verdad, no. -lo cual era cierto. Incluso, cuando decidieron que se iban a divorciar, lo decidieron de forma civilizada. Sin gritos, ni llantos. -¿Por qué me lo preguntas?

-Por nada.

-Lo único que quiero es que no te agotes.

-Lo sé.

David la estaba mirando de una forma que la estaba haciendo sentirse incómoda. No podía expresarle lo que sentía por él, porque ni ella misma lo sabía. Se dio la vuelta y trató de hacer algo, para cambiar de conversación. Abrió el mueble bar.

-Mira, aceitunas y... ¿Qué es esto?

-Queso de cabra.

-¿Queso de cabra?

-Sí. Te encanta.

Joanna se estremeció y se puso un pañuelo en la nariz.

-Pues ya no.

Él sonrió.

-Es queso de cabra, envuelto en ceniza.

-¿Ceniza? -repitió ella, asombrada-. ¿Cómo la de los cigarros?

-No creo. ¿Pero qué más da?

-Tienes razón. Ceniza y queso de cabra. ¿Qué será lo próximo que inventen?

-Queso de soja bañado en chocolate. -respondió él. Ella lo miró con ojos como platos y él estiró su mano y le ofreció un trozo. -Fue lo que pusieron en la fiesta de la semana pasada.

-¿Y qué tal está?

-Yo no lo probé. Morgana sí lo hizo y dijo que estaba muy bueno, pero ya sabes que... -frunció el ceño. -Lo siento, Jo, pero siempre se me olvida. Morgana es mi secretaria.

-Ah. ¿Y fue a esa cena contigo?

-Claro. -dudó unos segundos. -Me ha dicho que le gustaría venir a verte, pero yo no creo que debas recibir todavía visitas, y menos de amigos de toda la vida.

¿Amigos de toda la vida? Una mujer llamada Morgana, que pasaba más tiempo con su marido que ella. Su secretaria.

-Eres muy amable, David. Dile a Morgana que todavía necesito un poco más de tiempo.

-Claro.

Joanna sonrió. David se dio cuenta que no se había pintado los labios con aquel color que ella adoraba y él odiaba. Tenía unos labios carnosos, muy sensuales. Se preguntó qué haría ella si la besara. No la tocaría, sólo besada, pasarle la punta de la lengua por aquella...

-Bueno. -dijo él, de pronto. -¿Te apetece algo de beber?

No esperó respuesta. Se sirvió un vaso de bourbon y un coñac para Joanna.

-Por que te recuperes pronto. -le dijo, levantando el vaso.

Ella repitió el brindis y bebió un poco. Cuando aquel líquido dorado pasó por su garganta, ella hizo una mueca de desagrado.

-¿Qué ocurre? -preguntó David. -¿Está malo el coñac?

-No, es que está un poco fuerte para mi gusto.

-¿De verdad?

-Pero está muy bueno. -dijo ella. -De verdad.

-No me mientas, Jo. Por la cara que has puesto, está c1aro que no te gusta.

-Pero me gustaba antes. -dijo ella. -¿No?

-Los gustos cambian. -respondió él. -Te serviré otra cosa. ¿Qué quieres?

De pronto se le vino a la cabeza una botella de color ámbar, con una etiqueta blanca y roja.

-¿Jo?

-A lo mejor esto te suena ridículo, pero... Se me ha venido a la cabeza algo que se llama *Pete's Wicked Ale*.

-¿De verdad?

-¿No es extraño? ¿Quién habría puesto un nombre así a...? ¿Qué pasa?

-Que antes bebías eso. -dijo en voz baja, casi en un susurro. -Hace mucho tiempo, antes de decidir empezar a beber coñac.

Joanna empezó a temblar.

-¡Oh, Dios!

-Tranquila. -David le quitó el vaso de las manos, la llevó al sofá y la ayudó a sentarse. -Baja la cabeza y respira hondo.

-Estoy bien.

-No estás bien. Estás pálida, como una sábana.

-¿Qué es lo que me pasa, David? -levantó la cara y lo miró a los ojos, que habían cambiado del violeta al negro.

-Que estás empezando a recordar cosas, eso es todo.

-Es más que eso. -dijo, temblándole la voz. –Me siento como atrapada en un túnel y de vez en cuando veo un destello, pero nunca dura lo suficiente como para ver algo.

-¡Venga Joanna, baja la cabeza! -David le puso la mano en la cabeza y la obligó a bajarla. -Sabía que te podía pasar esto, saliendo por ahí, como si no te ocurriera nada.

-¡No estoy enferma! -le quitó la mano y se levantó. -¿Has oído lo que he dicho? Estoy perdida, perdida, no puedo... no puedo...

De pronto se sintió mareada. David la levantó en sus brazos y salió del comedor.

-¡Ellen! -gritó. -¡Señora Timmons!

Cuando la señora Timmons vio a David con Joanna en brazos, subiendo hacia su habitación, se puso las manos en la boca.

-Oh, Dios mío, señor David, ¿qué ha pasado?

-Ellen trae algo de hielo. Señora Timmons, llame al médico. Dígale que mi esposa se ha desmayado y quiero que venga ahora mismo.

-Sí, señor. Lo haré, pero es que es muy tarde y...

-¡Llámele ahora mismo! -David empujó la puerta de la habitación de Joanna con el hombro. Ella abrió un poco los ojos, cuando él la dejó en la cama.

-¿David? -susurró. -¿Qué ha pasado?

-Estás bien. -le dijo, para tranquilizarla. -Te has desmayado, eso es todo.

-Desmayado. -tenía la cara muy pálida. -No debería haberme desmayado. Es algo tan pasado de moda.

-¿Señor? -David giró la cabeza. Ellen estaba en la puerta, con un recipiente con cubitos de hielo y una toalla.

-Está bien, Ellen, dame eso. Y cierra la puerta, cuando salgas.

-No puedo creer que me haya desmayado.

-Pues te desmayaste. Es que no debiste salir a dar el paseo. Era demasiado pronto. Gira un poco la cabeza. Eso es.

-Me duele. -le dijo. -¿Qué haces?

-¿Qué crees que hago? Te estoy quitando el vestido.

Ella le agarró la mano, cuando él fue a desabrocharle los botones de la blusa.

-David, no, por favor. No puedo...

-No puedes. -dijo él. -Y no debes. ¿Cómo puedes ponerte algo tan apretado al cuello y tan amplio por todos los demás sitios? Parece que estás en un saco de patatas.

-Un saco de... -Joanna se sonrojó. -¿No te gusta este vestido?

-No me gustan los sacos. ¿Y qué más da lo que a mí me guste o no me guste? Levántate un poco. Eso es. Levanta un brazo. Y ahora el otro. Muy bien.

Ella lo miró y él tiró el vestido a un lado.

-Pero yo creía... Yo pensaba... -pensó en los horribles vestidos que había en el armario, en los horrorosos muebles de aquella habitación, en los criados que David le había dicho que eran suyos. La boca le empezó a temblar. -No entiendo. -susurró ella.

-Ponte de lado.

Ella obedeció, sin pensar. La tocaba como tocaban los médicos. Sintió sus manos en la nuca y a continuación el pelo le cayó sobre los hombros.

-Ya está. -dijo. -Así es mejor. No me extraña que te duela la cabeza. Tienes tantas horquillas clavadas que...

Estaba enfadado. Le había dado la vuelta y la estaba mirando de nuevo.

Estaba preciosa. Era la mujer que él recordaba, la mujer que no había podido olvidar. Sin aquella ropa tan horrorosa, con aquellos ojos tan grandes, con su pelo sedoso, cayéndole sobre los hombros. Era como él la recordaba, incluso se le escapó cómo la había llamado en aquellos tiempos.

-Gitana. -le dijo, con voz ronca.

¿Qué? Joanna pensó. ¿Qué? Ella no se llamaba así, seguro. Pero cuando miró a David y se dio cuenta de la forma que la estaba mirando, sintió como si la estuvieran transportando a otro tiempo y otro lugar.

Gitana, pensó. Estaba dispuesta a ser su gitana, si eso era lo que él quería. Bailaría para él a la luz del fuego. Haría lo que él quisiera, y lo amaría para siempre...

-Joanna. -susurró él.

Se inclinó y dudó un instante. Joanna no se lo pensó.

Le puso la mano en el cuello y tiró de él.

Se besaron.

Fue un beso dulce y suave. Pero ella notó que él temblaba y se dio cuenta de lo que estaba pasando, que estaba luchando por controlarse. Lo sabía, porque a ella le pasaba lo mismo.

-David. -suspiró.

Se echó en la cama, al lado de ella. Tenía el cuerpo suave como la seda y caliente como el sol de primavera.

Le puso la mano en el pecho. Ella se quejó.

-¿Señor Adams?

Levantó la cabeza y miró a la puerta, que estaba cerrada. Alguien estaba llamando.

-¿Señor Adams? Soy Ellen. El doctor Corbett ha llegado. ¿Quiere que entre?

David miró a Joanna. Tenía la cara sonrojada, los ojos oscuros como la noche;

Pero aquello no quería decir nada. Nada. Si quería seguir sano y salvo, lo mejor era recordar eso.

Su mujer, su bella mujer era incomparable en aquel tipo de juegos. Su cuerpo recordaba perfectamente qué había que hacer, aunque su mente no.

-¿David? -él se incorporó, levantó el vestido de donde estaba, a los pies de la cama y se lo entregó.

-Tápate. -le dijo, con frialdad y luego le dio la espalda a su mujer y a la tentación.

CAPÍTULO 6

Joanna se asustó por el tono de voz de su marido.

-¿Qué?

-Ya me has oído. -gruñó. -Que te tapes, a menos que no te importe que Corbett se entere de lo que pretendías hacer hace un minuto.

Se quedó pálida.

-¿Lo que yo pretendía hacer?

-Está bien, lo que los dos pretendíamos hacer. ¿Mejor así?

Se puso la bata que él le había tirado. Estaba temblando, no por el deseo, sino de ira y humillación.

-Nada me haría más feliz, -empezó a decir. –que poder empezar mi vida el día anterior a conocerte.

-A mí me pasa lo mismo. Cuanto antes recuperes la memoria, mejor para los dos.

Joanna se puso de pie. David trató de ayudada, pero ella le rechazó.

-No me toques. No me toques nunca más. ¿Entiendes?

David la miró. Tenía los ojos inyectados en sangre.

De pronto se sintió culpable. Lo que acababa de pasar era tanto culpa de él como de ella. ¿A qué estaba jugando? Era culpa de él. Ella no podía recordar nada y él se acordaba de todo. Además, ella tenía razón. Ella no había iniciado aquella escena. Él lo había hecho.

-Joanna. -le dijo. -Escucha...

-Sal de mi habitación.

-Jo, por favor, intento disculpar...

Joanna agarró un bote de colonia del aparador y se lo tiró. El se agachó, el bote le pasó rozando y fue a parar a la pared, justo en el momento en que se abría la puerta.

El doctor Corbett se quedó parado. Miró los trozos de cristal que había en el suelo, se aclaró la garganta y miró de forma inquisitiva a David y Joanna.

-Perdonen. -les dijo. -¿Ocurre algo?

-¡Sí! -Joanna miró a David con rabia. -¡Quiero que salga este hombre de mi habitación!

Corbett miró a David.

-Señor Adams -le dijo, con educación. -le agradecería que nos dejara a solas unos minutos...

-Años si quiere, doctor Corbett. -gruñó David. Salió y cerró de un portazo.

El médico esperó y se aclaró la garganta de nuevo.

-Bien, señora Adams. -le dijo. -¿Por qué no me cuenta lo que estaba pasando?

Joanna lo miró.

-Le diré lo que estaba pasando. -le dijo, muy enfadada. -Yo se lo contaré... -de pronto se sintió agotada. -Quiero recuperar mi memoria. ¿Es que es pedir demasiado?

-Querida señora Adams...

-¡No me llame así! -gritó Joanna, muy enfadada. -No soporto la idea de estar casada con ese hombre de Neandertal. Y no quiero que nadie me lo esté recordando todo el tiempo.

Corbett suspiró. A continuación, sacó un pañuelo de papel de la mesilla de noche y se lo dio.

-Cuénteme lo que ha pasado. -le dijo. -Lo único que sé es que su ama, de llaves me ha llamado y me ha dicho que se desmayó.

-¡Sí, me desmayé! -Joanna se limpió los ojos, se sonó la nariz, hizo una bola con la servilleta y la tiró a la papelera. -David ha sacado las cosas de quicio. Me sentía un poco mareada.

-Mareada.

-¡Sí, me sentí mareada! Lo siento doctor...

-No importa.

-Es que estoy furiosa.

-¿Por qué?

-¿Cómo que por qué? -dijo, levantando las manos. -¡Por todo! Por sufrir de algo tan tonto como de amnesia.

-Sufrir de amnesia no es ninguna tontería. -le contestó Corbett, con amabilidad. -Y es algo que usted no eligió. Tuvo un accidente y tardará algún tiempo en recuperarse.

-¿Y usted cree que me recuperaré?

-No se puede garantizar nada, pero como ya le he dicho, confío en que podrá recuperar su memoria. -Corbett se sentó en una silla, frente a ella. -Ahora lo que más me preocupa es ese desfallecimiento que ha tenido. ¿Le ha venido, así, de pronto, o provocado por alguna situación?

-Tuve una especie de recuerdo, muy fugaz...

-¿Y cree que eso fue lo que le provocó el mareo?

-Sí.

-¿ Y luego, qué pasó?

-David le dijo a la señora Timmons que le llamara a usted y me trajo a esta habitación.

-Y se pelearon.

Recordó la forma en que David le había quitado la ropa, cómo le había soltado el pelo, la forma en que le había besado y la pasión con que ella había respondido.

-¿Joanna?

-Sí, más bien. -le contestó, sonrojándose, al tiempo que bajaba la mirada.

Corbett abrió el maletín y empezó a buscar algo dentro.

-Muy bien. Vamos a auscultarla.

-Auscúlteme lo que quiera, porque a mí no me pasa nada.

Y tenía razón. El doctor Corbett la examinó y comprobó que su salud era perfecta.

-Está usted perfectamente. Además ha empezado ya a recordar algunas cosas.

-Recordar una botella, no es recordar la memoria, doctor.

-Joanna. -le dijo Corbett, asiéndole la mano. -Tiene que tener paciencia. Sé que es difícil, tanto para usted como para su marido, pero...

-¡Por favor! -Joanna retiró la mano. -No intente ser comprensivo con David.

-¿No se da cuenta de que esta situación le está afectando tanto como a usted?

-Mire. -le dijo, al cabo de unos segundos. -Puede que esto le parezca un tanto extraño, pero no puede imaginarse cómo es David.

-No. -contestó Corbett. -No puedo. Sólo puedo juzgar por lo que he observado. Y he observado que iba a verla todas las tardes al hospital, que la trajo a casa, porque usted estaba a disgusto en Bright Meadows, que ha estado a su lado en los momentos más difíciles.

Joanna se quedó mirándolo. A continuación respiró hondo.

-Supongo que tiene razón. Yo también me he repetido mil y una vez que todo esto no es fácil para él.

-Joanna, lo peor, cuando uno pierde la memoria, es la tensión que eso produce en una relación. Por eso tienen que tomarse las cosas con tranquilidad y acostumbrarse a esta situación. .

-Sí, pero... -dudó. -Es muy difícil. -le dijo. -Sobre todo cuando no sé qué tipo de relación teníamos. ¿Cómo sé yo si nos llevábamos bien o mal? Uno de nosotros sabe la verdad y el otro tiene que caminar en la oscuridad.

Corbett sonrió.

-Algunos piensan que el que camina en la oscuridad es el más afortunado.

-¿Afortunado? -Joanna lo miró. -No sé. No se imagina lo difícil que es desconocer el tipo de relación que mantenía con mi marido.

-Una persona que no recuerde su pasado no puede arrepentirse de nada. Es como empezar de nuevo.

Joanna empezó a reírse.

-No sabía que hubiera una clase de optimismo en la universidad.

-Antes de decidirme por estudiar medicina, estudié filosofía, -contestó Corbett. -y en algunas situaciones me es de gran ayuda. -le dijo, dándole unos golpecitos en la mano. -Le voy a dar algo para que pueda conciliar el sueño. Y también le voy a recetar unas pastillas.

-¿Qué clase de pastillas? ¿No decía que estaba perfectamente?

-Quiero que deje de preocuparse por su pasado. Tiene que vivir el día a día. Lo que importa es el presente y el futuro.

-Otro apunte filosófico.

-Es una cita de los clásicos. -Corbett sacó un frasco con pastillas del maletín, le puso un par de ellas en la mano y le dio un vaso de agua. -Tiene que empezar a vivir su vida otra vez.

-Eso es maravilloso, doctor, pero el problema es que no sé qué tipo de vida llevaba.

-Entonces averígüelo -le dijo, al tiempo que cerraba el maletín. -Seguro que tiene amigos, hacía cosas...

-Por lo que he podido ver, no sé cómo me las arreglaba, pero no hacía nada. -le dijo, sonriendo.

-Entonces, intente hacer algo nuevo, algo que pueda compartir con David. Pero lo que no tiene que hacer es sentir pena por sí misma.

-¿Yo? -Joanna sostuvo el vaso en la mano. Levantó la voz, indignada. -Eso es una mezcla de medicina y filosofía.

Corbett sonrió.

-Se lo digo por su bien. -contestó. Se levantó, se despidió con la mano y salió de la habitación.

El médico tenía razón.

No podía recordar el pasado. Y no podía hacer nada por remediarlo. David no parecía sentirse muy atraído por ella. Pero a lo mejor ella no había sido precisamente una persona muy agradable.

No, eso era imposible, se dijo, sonriendo...

Pero también podía ser posible.

También era posible que en los últimos tiempos hubieran vivido bastante apartados el uno del otro.

Pero lo mejor, como el médico le había dicho, era empezar de nuevo, vivir el presente, en especial en lo que se refería a su marido.

Tenía que compartir algo con David, como Corbettle había aconsejado.

¿Pero qué? ¿Qué hacía su marido en su tiempo libre? ¿Qué intereses tenía? ¿Qué amigos?

Joanna se miró el reloj, mientras se hacía una coleta. Tenía un montón de preguntas sin respuesta. Pero estaba decidida a que alguien se las contestara.

Muy despacio, abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo.

David no se había marchado de casa.

Lo cual era una sorpresa, a juzgar por la cara que puso cuando David, que bajando por las escaleras, la vio.

-¿Joanna? -la miró, como si estuviera viendo una alucinación. -¿Qué estás haciendo levantada a estas horas?

-Buenos días. -saludó ella. -Tampoco es tan temprano.

-Pero si son las seis.

-Es que he decidido que en vez de quedarme en la cama vegetando, era mejor salir y hacer algo útil. He hecho café.

-Huele a café.

-¿Quieres uno?

-No, gracias. -pasó a su lado, con mucho cuidado. -Prefiero tomármelo después de venir de correr un poco. Pero tómate tú una taza, si quieres.

-Ya me la he tomado. -lo siguió hasta la puerta de la calle. -¿No te importa, verdad?

-¿Que hicieras café? Para nada.

-No, que vaya a correr contigo.

-¿Qué que...?

La miró. Llevaba unos pantalones cortos y zapatillas de deporte. ¿Había decidido salir a correr con él? No lo había hecho desde hacía un montón de tiempo y menos a aquellas horas de la mañana.

-¿David? ¿Te importa?

-No, para nada. -le dijo, sonriendo.

-Gracias.

-Este es un país libre. -le dijo él, mientras abría la puerta de la calle y bajaba las escaleras. -Y el parque es de todos. Lo único que te pido es que sigas mi ritmo, porque no voy a esperarte.

Muy gracioso. Esa era la palabra para describir la actitud de David. Gracioso y encantador, decidió Joanna, mientras trataba de seguir el ritmo que imponía David, a pesar de costarle un gran esfuerzo.

Hubo un momento en que pensó que David estaba intentando agotarla. No. A lo mejor era que no estaba en forma.

David pensaba que había cometido una equivocación al dejar que acompañarlo. ¿Por qué no le habría dicho que no quería saber nada de ella? Que le estaba muy agradecido por los años que habían pasado juntos, que prefería correr él solo y que ella podría ir a su gimnasio, si quería hacer ejercicio.

Le había pillado desprevenido. Esa era la razón. Pero no pasaría otra vez. No podía imaginarse qué bicho le habría picado, después de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Cuando bajó Corbett del dormitorio de Joanna le dijo que le había aconsejado hacer una vida normal.

¿Qué pensaría Joanna que era hacer una vida normal?

Empezó a correr tan deprisa como pudo, como no lo había hecho hacía muchos años. Para su sorpresa, ella mantenía el ritmo. David frunció el ceño y apretó el paso, un poco más. Seguro que así, a la mañana siguiente no le acompañaría.

A la mañana siguiente, Joanna le estaba esperando. Y después de tres días corriendo juntos, David volvió a correr al mismo ritmo que había estado corriendo normalmente.

El viernes por la mañana, cuando bajó, ella estaba haciendo estiramientos en el vestíbulo. David se detuvo en la escalera y se fijo en su trasero, tan sensual. Una sensación extraña se apoderó de él.

-Hola. -Joanna estaba al lado de la puerta de la biblioteca, sonriéndole.

-Hola. -respondió él.

-Te has levantado temprano.

-¿Sí? Puede ser. Bueno, estás lista para...

-Lista. Voy a dejar esta taza en la pila y enseguida estoy...

-¿Jo? -se pasó la mano por el pelo y se lo apartó de la cara.

-¿Sí?

-Iba a decirte que... Iba a decirte que...

Estuvo a punto de decirle que por qué no se quedaran en casa y desayunaran en la mesa que había en el jardín y charlaban un poco, como no habían hecho desde hacía muchos años.

-¿Sí, David?

La miró. ¿Estaba loco? Tenía que estarlo. No sólo habían estado saliendo a correr todas las mañanas, además también habían empezado a pasar las tardes juntos.

Ella esperaba que volviera de trabajar y cenaban juntos. Y a él aquello le gustaba.

¿Por qué estaba permitiendo que pasara todo aquello? Porque nada, nada había cambiado. Joanna había perdido la memoria, pero tarde o temprano la recuperaría. Recordaría lo que era y lo que quería. Se convertiría otra vez en la verdadera Joanna Adams.

-Me gustaría correr yo solo esta mañana, si no te importa. -le dijo. -Otra cosa. No me esperes a cenar esta noche, tengo que ir a una exposición, que prometí asistir.

Joanna se quedó mirándolo. Al parecer no le había costado ningún esfuerzo cargarse la relación que habían estado manteniendo esos días. Estuvo a punto de romper a llorar. Pero supo que lo mejor era sonreír.

-Que te lo pases bien.

-Gracias. -respondió, a pesar de que odiaba ese tipo de actos, donde tenías que dar la mano a gente que no te apetecía-. Morgana me lo recordó ayer.

-Morgana. -repitió ella.

-Mi secretaria.

-Ya, ya lo sé.

-Así que no me esperes, porque estas cosas terminan bastante tarde.

-Claro, claro.

David se fue.

Joanna se quedó de pie, con la puerta abierta, mirando a su marido. David salió corriendo por la Quinta Avenida y en ningún momento volvió la cabeza. Joanna empezó a hacer pucheros.

Pegó un portazo, se fue a la cocina y lavó la taza. El consejo del doctor Corbett era una estupidez.

Había malgastado el tiempo y sus esperanzas.

Lo cierto era que la podía haber invitado. Pero a lo mejor iba Morgana con él.

Puso la taza en el fregadero, subió corriendo las escaleras y se metió en su habitación. En la agenda que había encima del escritorio empezó a buscar. Pasó páginas en las que había apuntadas citas con la peluquería, con la modista y estupideces de ese estilo.

Por fin encontró lo que estaba buscando.

«Ocho en punto. Galería de Arte, a beneficio de Tico el Chimp»

¿Tico el Chimp?

Cerró la agenda y se quedó mirando a ningún sitio, abstraída. Tico el Chimp, Morgana y David, todos bajo un mismo techo.

Joanna se quitó la ropa y se fue a la ducha.

CAPÍTULO 7

La amnesia, como Joanna estaba descubriendo con bastante rapidez, era una enfermedad muy rara.

No podía recordar nada de lo que había hecho en su vida. Pero cuando Ellen le dijo que ella compraba en las mejores tiendas, enseguida se le vino a la mente los nombres. .

Aunque, a juzgar por su ropero, sólo compraba vestidos de color oscuro y muy modernos, seguro que tendrían otras cosas. Tendrían que vender también vestidos de colores, con un corte que no la hiciera parecer lo que David había dicho, un saco de patatas.

Y sólo había una forma de-averiguarlo.

Joanna se vistió, sin pensar mucho en lo que se ponía. ¿Para qué iba a molestarse, si sólo tenía vestidos oscuros? Incluso la ropa interior era negra.

Ni siquiera se molestó en peinarse de manera especial. Desde que llegó del hospital, Ellen se había encargado de peinarla, pero era su día libre. No obstante estaba muy impaciente, como para ponerse en esos momentos a arreglarse.

Se acordó de los comentarios que hizo su marido sobre los vestidos y su peinado. Recordó las palabras del médico, de que dejase de intentar averiguar el pasado y se concentrase en el momento presente.

Se acordó de Morgana y de la fiesta a la que iban a ir esa noche.

Suspiró hondo y se preparó para enfrentarse a Nueva York.

Le dijo a Hollister que la llevara a una tienda y que esperara.

Aquella orden no pareció gustarle mucho.

-Pero, señora...

-Venga, Hollister. Vete al parque o a dar una vuelta por ahí. -le dijo riendo.

-Pero, señora...

-Mira, prefiero ir de compras sola.

Una vez dentro, sintió pánico. Aquella tienda era inmensa. ¿Para qué habría ido? Nada le resultaba familiar.

No tenía ni idea por dónde empezar, ni qué buscar.

-¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Joanna volvió la cabeza y vio a una joven muy elegante que se materializó a su lado.

-Sí. -contestó ella. -Quisiera comprar un vestido: Algo especial, para llevar a una fiesta esta noche.

-Si me acompaña, le puedo enseñar algo...

A los pocos segundos se encontró rodeada de vestidos.

-¿Lo prefiere de algún color especial?

-No sé qué elegir, si todos los vestidos son negros.

La chica sonrió.

-El negro siempre está de moda.

Joanna se miró. Llevaba lo primero que había sacado del armario. Un vestido con las mangas muy largas, por debajo de la rodilla y naturalmente negro.

-Pero no siempre es interesante. ¿No tiene otros colores? Algo amarillo, o azul clarito. -se fijó en un maniquí que había en la sección de al lado. -Algo como eso, por ejemplo.

-¿Eso? -le preguntó extrañada la dependienta.

Joanna se dirigió hacia el maniquí y la chica la siguió.

-Yo creo que no es eso lo que usted está buscando. -le dijo la chica. -Tiene demasiado escote.

-Muchísimo.

-Y la falda muy corta.

-Tiene razón.

-Yo pienso que no es un vestido apropiado para la señora.

-¿Y cómo lo sabe, señorita Simmons? -le dijo, fijándose en el nombre que llevaba en su tarjeta identificativa.

-Mi trabajo es escuchar a los clientes y satisfacer sus necesidades.

-Pues eso es lo que yo quiero. -le contestó Joanna, sonriendo. -Quiero este vestido, para ir a una fiesta esta noche. Tráigame uno de mi talla al probador. ¿Qué talla cree que uso? ¿La diez?

-No sé. Eso es lo que estoy intentando averiguar.

Es difícil saberlo, con el vestido que lleva puesto.

Joanna sonrió.

-Ya me lo habían dicho antes.

La talla diez era muy grande.

La ocho le quedaba perfecta. Y perfecto le quedaba el vestido, pensó Joanna, mirándose en el espejo.

El color era precioso, casi del mismo tono de sus ojos.

-Está guapísima. -le dijo la dependienta.

Joanna se dio la vuelta, frunció el ceño y se miró otra vez en el espejo.

-No sé. -dijo Joanna. -A lo mejor tiene razón. El vestido es un poco...

-Le sienta muy bien. Con un peinado diferente y otros zapatos...

-Me lo llevo. -le dijo, antes de cambiar de opinión.

El resto fue fácil.

Encontró los zapatos que iban con el vestido en la misma tienda. Compró unas sandalias plateadas de tacón bajo y un bolso con una cadena plateada, que hacía juego con los zapatos. También compró ropa interior.

Tan sólo le faltaba una cosa.

Joanna se fue a un salón de belleza. En su agenda había visto que iba a aquel sitio tres veces por semana. Abrió la puerta y le llegó el olor a laca para el pelo y colonia de la más cara.

Joanna, muy decidida, entró dentro.

La recepcionista la saludó:

-Hola, señora Adams. -dijo con una voz bastante chillona. -¡Qué alegría! Nos dijeron que había tenido un accidente.

Joanna admitió aquel hecho, le aseguró que se encontraba muy bien y le dijo que había ido a peinarse.

-Ya sé que no me toca venir hoy, pero me gustaría que me arreglaran un poco.

La chica sonrió.

-Claro, claro. Arturo está terminando. Si espera un par de segundos...

Joanna miró en la dirección en la que apuntaba el dedo de la chica. Al parecer Arturo era el peluquero que la atendía, a juzgar por cómo la saludó. Era un hombre de pelo gris, cincuentón.

-No me importa que me peine cualquier otra persona.

-Le prometo que Arturo sólo tardará un par de segundos.

-¿Y por qué no ese?

La chica la miró con cara de sorpresa. El hombre que había indicado Joanna era joven, con el pelo largo hasta los hombros y un pendiente en la oreja. Le estaba cortando el pelo a una mujer de unos veintitantos, haciéndole un peinado muy femenino y sensual.

-Pero señora Adams. -le dijo la recepcionista, nerviosa. -No creo que Mick sea la persona que...

-Creo que es el más indicado. -dijo Joanna, sin hacer caso del cosquilleo que sentía en el estómago. Sonrió, se sentó en una silla y puso todas las bolsas que llevaba a su lado. -Esperaré hasta que se quede libre.

Se fue a casa en taxi y cuando llegó, se encerró en su habitación. Una vez dentro, empezó a desnudarse y ponerse la ropa que había comprado.

Primero la ropa interior, después el vestido violeta, los zapatos plateados. Gracias a Mick, llevaba el pelo suelto. Tan sólo tenía que peinárselo un poco, para estar arreglada. La habían pintado los labios y maquillado en la peluquería.

Se miró al espejo. Hacía tan sólo unas semanas había despertado en la habitación de un hospita1. Y en aquel momento parecía una mujer completamente diferente.

Joanna sonrió.

David estaba sentado, detrás de la mesa de roble de su espaciosa oficina de Manhattan, mirando por la ventana y dando la espalda a la puerta. Estaba mirando las aguas del río Hudson y maldiciendo su estupidez.

¿De qué otra forma podría llamar a su actitud, por la que iba a terminar aburrido toda la tarde?

Ya había asistido a muchas fiestas como la que iba a ir aquella noche. Joanna pertenecía a todos los comités del mundo. Siempre le llevaba de una gala a otra, en nombre de alguna buena causa, como ella lo denominaba. Pero siempre se encontraba con la misma gente aburrida que hablaban siempre de las mismas cosas aburridas y que bebían champaña.

Con cierta ironía, decidió extender cheques para salvar a los caracoles somalíes, o a los artistas andróginos de América.

No tuvo más remedio que admitir que se había casado con una mujer que había cambiado tanto que no la entendía. Al principio parecía tan joven e inocente, que incluso le llegó a preocupar que ella se asustara por la intensidad de su amor.

Se lo tuvo que admitir a Morgana, que era una mujer que había trabajado con él durante los últimos cinco años y que lo conocía mejor que nadie.

-Yo creo, David, -le había dicho. -que Joanna es una niña. Sólo tiene veintidós años y tú treinta. Tienes que tener mucho cuidado, para no hacerla sentirse atrapada.

Hizo un gesto con la boca. No tendría que haberse preocupado. Porque durante todo el tiempo que él había intentado que su mujer no se sintiera atrapada, ella le había estado orgarizando la vida, hasta la noche en que fueron a una de esos bailes a los que ella iba, y se dio cuenta de que era él, el que estaba atrapado, en un matrimonio, en el que no había amor y en el que no tenían nada en común.

Hasta lo del accidente. Hasta que Joanna se dio un golpe en la cabeza y perdió la memoria.

Aquel accidente la había cambiado. Pero cuando recuperara la memoria, la vida volvió a a ser igual que antes, y volverían a encontrarse en la misma situación en la que habían estado meses atrás, a punto de divorciarse. Para él, aquello suponía la libertad.

-¿David?

Volvió la silla. Morgana había abierto la puerta de la oficina, lo justo para mirar si estaba dentro.

-Perdona que te moleste. Llamé a la puerta, pero... -Morgana -se estiró en la silla, sintiéndose culpable, porque le habían pillado distraído en sus pensamientos, en vez de estar trabajando. -Pasa.

-Si estás ocupado...

-No seas tonta. Nunca estoy ocupado para hablar contigo. Además, no estaba trabajando. Estaba pensando en la fiesta a la que vamos esta noche. ¿Llamaste para decirles que cambié de opinión y que voy a ir?

-Sí. Y la señora Capshaw me ha dicho que están encantados de que vayas.

-Qué amabilidad. -dijo, sonriendo.

-Me preguntó si iba a acompañarte Joanna. -le comunicó. Morgana, muy seria. -Le dije que quizá era pronto todavía para que asistiera a fiestas. Por cierto, se me había olvidado decirte si crees que puedo ir a verla.

-Eres muy amable, Morgana, pero...

-No me molesta en absoluto. Siempre me ha gustado Joanna. Y sé que esta situación debe ser muy difícil para vosotros dos -hizo una pausa, para humedecerse el labio inferior. -¿Ha logrado recordar algo?

-No. -respondió David.

-Seguro que le alegrará saber que vas a ir a una fiesta que ella planificó.

-No sabe que ella planificó esa fiesta.

-Pues yo pensé que por eso habías decidido asistir.

David frunció el ceño. Morgana era su secretaria, pero también su amiga. Y desde el momento en que se casó, también se convirtió en la amiga de Joanna. Pero no estaba dispuesto a contarle que asistía a aquella fiesta sólo para que su esposa supiera que vivían vidas diferentes.

Pero fue una estupidez tremenda, porque podía haberlo dejado lo mismo de claro, yéndose a casa y diciéndole a la señora Timmons que le sirviera la cena en su estudio.

-La verdad, -le dijo sonriendo. -no sé por qué voy a ir. Odio ese tipo de fiestas, en las que bebes champaña y miras los cuadros de un artista cualquiera...

-Pero si es Tico el Chimp.

-¿Qué es Tico el Chimp?

-El artista. Salió en la portada del Times, hace un par de semanas. La fiesta es en su honor.

-Magnífico. -David empezó a reír.

-El crítico del Times dijo que tenía un gran talento.

-Mira Morgana, me lo he pensado mejor. Llama a la señora Capshaw, pídele disculpas y...

-El alcalde también va a ir. Y el senador Williamson, y el Secretario General de las Naciones Unidas. Sé que son todos amigos suyos pero...

-Conocidos.

-Da igual. Además, no te vendría nada mal salir un poco. Estoy segura que estas últimas semanas han sido bastante tensas.

David asintió. Morgana era la única persona, aparte de su abogado y el de Joanna, que sabía que estaban a punto de divorciarse, cuando pasó lo del accidente. Por supuesto, no conocía todos los detalles. Pero por lo menos no tenía que fingir.

-Sí. -contestó él. -Ha sido bastante duro. -respiró hondo. -Y también para Joanna.

-Seguro.

Morgana se sentó en el borde de la mesa, como hacía de costumbre, y la falda de color amarillo clarito se le subió unos centímetros por encima de la rodilla.

A David casi se le escapó una sonrisa. Cada vez que se concentraba mucho en algo, la falda se le subía, o se olvidaba que llevaba escote, al inclinarse para enseñarle algo.

Al principio, David pensó que aquello lo hacía deliberadamente. Cualquier otra mujer lo habría hecho, pero no. Morgana. Era incapaz. Era una mujer muy profesional.

Cuando la contrató, David había admirado su energía. Era una mujer con las ideas muy claras, distinta a las mujeres que habían estado en su puesto antes, que movían mejor las pestañas, que hacían su trabajo.

Y no era que no tuviera sentimientos. Cuando David fue a la oficina y le dijo que se iba a casar con la chica que había conocido sólo hacía diez días, se quedó tan sorprendida como los demás de sus amigos. Pero no se lo demostró. Lo que hizo fue ir a conocer a su joven esposa y facilitarle el acceso al mundo sofisticado en que él se movía.

Poco sabía Morgana que ella estaba más que preparada para hacerlo por sí misma.

Librodot

Desde que Joanna tuvo el accidente, Morgana se olvidó completamente de que tenía una vida propia. Se quedó en la oficina todo el tiempo que fue necesario, mientras él estaba ausente. Y sabía que Morgana le estaba obligando casi a que fuese a la fiesta, porque allí se encontraría con gente que le abrirían muchas puertas en su negocio.

-¿Sabes una cosa? -le dijo David. -Podrías venir tú también.

-Eres muy amable, David, pero...

-¿Por qué no vienes?

-No sé. La verdad es que sí podría ir.

-Pues entonces, ven.

-Eres muy generoso. Gracias, David.

-Toma. -le dijo, abriendo el cajón de su mesa y sacando las invitaciones. -Toma.

-No, guárdalas tú. -Morgana se puso de pie. -Me iré a casa a cambiarme. No tardo mucho. Si quieres, nos podemos ver en la galería. ¿De acuerdo?

-Morgana. -le dijo. -No es necesario...

-Eres muy amable, David, pero no puedo ir a una fiesta vestida así. Te prometo que estaré allí a las ocho en punto.

-Espera. Te acompaño a tu casa, en taxi. Esperaré mientras te cambias.

-¡Gracias, David! Ya verás que bien nos lo pasamos.

-Seguro.

La comida que dieron estaba asquerosa. Y el champaña horrible.

Y Tico el Chimp... El artista se paseaba por la galería, vestido con chaleco y una pajarita.

Aquello era un espectáculo grotesco, desde los cuadros que colgaban de las paredes, hasta la gente que preguntaba muy seria, cosas al artista. Incluso Morgana.

Pero ella era demasiado inteligente como para tragarse una basura como aquella. No obstante ponía cara de asombro y miraba con mucho interés los cuadros. La observó estrechar la mano de Tico. O la garra.

Era difícil imaginarse a Joanna en el comité que había organizado todo aquello, a pesar de saber, como él sabía, que a su mujer le gustaba muchísimo rodearse de gente adinerada que no hacía nada en esta vida. Una y otra vez, sin saber bien por qué, recordaba la primera vez que asistieron juntos a un acto de ese tipo.

Tan sólo llevaban casados un par de meses y decidió ir a una fiesta, porque estaba ansioso por presumir de mujer.

-¿Tenemos que ir de etiqueta? -le había preguntado ella, mientras le daba un beso en la frente. Él le había contestado que daba igual lo que se pusiera, porque estaba guapa de todas maneras.

Se puso un vestido rosa, muy adecuado para la ocasión. Llevaba el pelo suelto y toda la noche estuvo agarrada de su brazo.

La exposición consistía en una serie de cajas de cartón, algunas en el suelo, otras en las pareces, todas con etiquetas, de las que indican el precio. Recorrieron toda la sala y él se había acercado a Joanna y le susurró al oído que tenían que volver a Connecticut, firmó todas las cajas y las donó al museo.

David sintió una punzada en el corazón. ¿Por qué se le venían todas aquellas imágenes a la cabeza? Aquello había sucedido hacía muchos años. Y en realidad había sido una ilusión, como la misma Joanna.

Ojalá pudiera olvidarse de ella, de su cara, del sonido de su voz...

-Hola, David.

Se quedó sin respiración. Se volvió y allí estaba ella.

No iba nada artificial. Poco maquillada, con el pelo suelto sobre los hombros. Llevaba un vestido del mismo color que sus ojos, ceñido al pecho y justo por encima de las rodillas, resaltando sus bonitas piernas.

¿Estaría soñando? No, era real. Aquella era Joanna, la mujer por la que una vez perdió la cabeza.

-Ya sé que debía haberte llamado por teléfono y decirte que iba a venir, pero...

Tenía que decir algo. ¿Pero qué?

-Espero no haberte molestado. Es que he mirado la agenda y he visto que se suponía que tenía que estar aquí esta noche. Así que decidí venir y... y...

Joanna se mordió el labio. Antes de llegar a la galería se había repetido una y otra vez que no tenía que ponerse nerviosa. Y nada más ver a David, empezaba a tartamudear.

-Y aquí estoy. -finalizó. -¿Te molesta?

David se quedó mirándola. Estuvo a punto de agarrarla por los hombros e indicarle el camino de vuelta a casa. Al mismo tiempo deseó abrazarla y besarla.

-No. -dijo, muy tranquilo. -No me importa,

-Joanna. ¿Pero crees que estás preparada?

¿Estaba preparada para tener un marido que deseaba que desapareciera de su vista cuanto antes? ¿Estaba preparada para ver la cara que ponía la gente al verla?

Joanna intentó no empezar a reírse a carcajadas. O a llorar. O a hacer las dos cosas.

-Estoy más que preparada. -le contestó. -De hecho creo que me hará bien estar aquí.

-¿Joanna? ¿Eres tú, Joanna?

La voz procedía de una mujer que surgió detrás de David. Era una mujer alta y delgada, de pelo rubio y corto, que resaltaba la forma de su cara. Tenía los ojos azules, muy claritos y las cejas tan negras como el carbón. Su boca, rosada y gruesa. Llevaba puesto un vestido de seda blanco, con un diseño que resaltaba su cuerpo.

Joanna sonrió, dubitativa. Miró a David, quien estaba serio como una piedra.

-Lo siento. -dijo Joanna a la mujer. -Pero creo que no...

-Soy Morgana.

Morgana. La asistente personal de David. Una diosa noruega, con un rostro inmaculado. Joanna sintió pánico.

-Morgana. -dijo, y le ofreció la mano. -Encantada de saludarte de nuevo.

Morgana pareció dudar unos segundos. A continuación le estrechó la mano, se acercó a ella y le dio un beso en la cara.

-Qué sorpresa. -se retiró, miró a David y sonrió. -No me dijiste que Joanna iba a venir.

-No. -le contestó, manteniendo su mirada. -Para mí también ha sido una sorpresa.

Joanna se sonrojó y retiró la mano de la de Morgana.

-Decidí venir en el último minuto. -mintió. -Le estaba diciendo a David que tenía que haberle avisado...

-Hola a todos. Tico esta es la mujer a la que le tenemos que agradecer la fiesta de esta noche.

Joanna se volvió y miró con asombro a un hombre acompañado de una especie de chimpancé, los dos con chaleco y a los que seguían todo un cortejo de personas.

-¿Es usted la señora Adams? -preguntó el hombre.

-Sí, sí, yo...

-¡Hola Joanna! --alguien la saludó.

Joanna miró hacia donde procedía la voz. Una mujer, con unos pendientes de diamantes, la estaba saludando con la mano.

-Lo siento. -dijo Joanna. -Mucho me temo que no...

-Tico insistía que no era la señora Adams. -dijo el hombre. -Pero yo le dije que sí. Y tenía razón. A veces Tico se pone muy terco.

-¿Jo? Aquí. Que alegría verte de nuevo. ¿Te acuerdas de mí?

-No. -respondió Joanna. -Me temo que no...

-De todas maneras, Tico quería conocerte.

-¿Te refieres al chimpancé? -dijo Joanna, mirando al hombre con chaleco.

-No le llamamos así. No en su cara. Ya sabes que los artistas un...

-Oh, Joanna. -se oyó una voz chillona. -No sabía que te hubieran dejado salir del hospital.

-Nadie me ha dejado salir de ningún sitio. -contestó Joanna. -No estoy enferma. Ni tampoco loca.

-...ego muy delicado.

Joanna se dio la vuelta.

-¿Egos?

-Egos. -repitió el hombre, asintiendo con la cabeza. -Muy delicados. Todos los artistas son igual, ¿no cree? -se acercó a Joanna y le echó el aliento en la cara. -Tico en particular. Le molesta mucho que la gente le llame mono.

-Le molesta que le llamen mono. -repitió Joanna, como un autómata.

-Eso es. Perdone que no me haya presentado. Me llamo Chico.

-Chico. -repitió Joanna. -Él es Tico y usted es...

-Señora Adams. -un hombre joven, con el pelo echado para atrás y un micrófono en la mano se acercó a ella. -Me llamo Tom Jeffers. ¿Le importaría decir algunas palabras para la televisión WBQ? ¿Qué tal está?

-Pues en realidad...

-¿Es verdad que ha perdido la memoria y que ha estado en coma dos días?

-No, quiero decir, sí, pero...

De pronto apareció una rubia con minifalda, con una grabadora.

-Me llamo Mona Washboume, de The Sun. ¿Es verdad que se ha roto todos los huesos del cuerpo?

-Eso no es cierto.

-¿Y que le han tenido que hacer la cirugía estética?

-¿Algún comentario?

-En realidad, yo...

-Señora Adams. -le llamó el hombre llamado Chico. -A Tico no le gusta esperar. Si quiere conocerlo, tendrá que...

-Ya está bien. -dijo David, con brusquedad. –Mi esposa no tiene nada más que decir.

-Claro que puede. -dijo la rubia. -Las mujeres son capaces de expresarse sin ayuda de nadie. ¿No es verdad, señora Adams?

-Por favor. -susurró Joanna. -No puedo...

Joanna sintió que se le saltaban las lágrimas y escondió su cara en el pecho de David.

-Ya está bien -dijo él, al tiempo que la abrazaba.

Ella lo rodeó con sus brazos.

Alguien disparó una foto.

-Cerdos. -gritó David, y sin disculparse de nadie empujó, para abrirse paso.

Joanna no levantó la cabeza hasta que no sintió el aire frío de la noche.

-Dios mío. -se quejó.

La gente los había seguido, con Chico y Tico a la cabeza.

-¡Señora Adams! -gritó indignado Chico. -¡Si no habla con Tico ahora mismo, se va a enfadar mucho!

-Pues dale un plátano. -murmuró David. -¿En qué has venido? ¿Te ha traído Hollister?

Ella asintió.

-Me ha dicho que me esperaba en la esquina.

-Por lo menos has hecho algo bien. -le espetó.

A los pocos segundos, estaban sanos y salvos en el Bentley, con el cristal que les separaba del conductor, subido, camino de casa, David todavía la tenía abrazada.

El corazón de ella latía con fuerza. Él estaba muy enfadado. Más que enfadado, furioso. Ella notaba la rigidez de su cuerpo. La abrazaba con tanta fuerza, que casi no podía respirar.

-David, lo siento. -tragó saliva.

En aquella oscuridad, sólo veía el brillo de sus ojos.

-De verdad que lo siento. Nunca imaginé que...

-No. -gruñó él. -Claro que no. Tú nunca te imaginas nada. Lo único que piensas es en ti misma.

-Eso no es verdad. Nunca se me ocurrió que...

-¿Pero tú que crees que pasa, cuando los tiburones huelen la sangre?

-Intento decirte que yo no pensaba que...

-¿Para qué he intentado yo mantenerlos alejados, mientras estabas en el hospital?

-David, estoy intentando decirte que...

-¿ Y para qué has venido aquí, con esa pinta?

Joanna se sonrojó.

-Está bien. Supongo que me lo merezco. Es que la otra noche, cuando me dijiste que no te gustaba el vestido que llevaba, pues yo... yo...

-Por Dios, Joanna, nunca tenías que haber venido.

-Ya lo has dejado muy claro. -le dijo ella. -Y te prometo que no os volveré a molestar a ti ya tu amiga.

-¿Qué amiga?

-Morgana. -le dijo ella. -Suéltame, David, Si no me sueltas...

-¿Qué harás, si no te suelto?

Intentó contestarle, pero no se le ocurrió nada. Ni tampoco hubiera servido de mucho, porque él la estaba abrazando con fuerza y de pronto acercó su cara y la besó, como si el mundo se fuera a acabar en cualquier momento.

Joanna dudó. Pero a continuación, le puso la mano en la nuca y le devolvió el beso.

CAPÍTULO 8

Tenía la boca caliente, igual que su boca.

Ella ardía. No estaba bien lo que estaban haciendo.

¿Cómo no iba a estar bien, si los besos de David provocaban aquella reacción en ella?

Joanna susurró el nombre de él y se apretó más, agarrándose de los hombros, mientras se besaban en la boca.

-Abre la boca. -le susurró él, y ella obedeció, quejándose cuando él le mordió un labio y se lo acarició con la lengua.

David le desabrochó el vestido y se lo empezó a quitar por los hombros.

-No. -dijo ella, sujetando la tela de seda. –No podemos, David...

-¿Por qué no?

-Hollister...

-Está subido el cristal. Hollister no nos puede ni ver, ni oír. -en la oscuridad sus ojos tenían un brillo feroz. Se acercó y la besó hasta que tembló en sus brazos. -Nadie nos puede ver aquí. Ni siquiera nadie sabe que estamos aquí. -la volvió a besar. -Además, eres mi esposa.

Su esposa.

Joanna se quedó casi sin respiración. Aquellas palabras eran demasiado eróticas. Tenía razón. Por la noche, rodeados por el anonimato de la ciudad, se sintió como si estuvieran solos en el universo.

Cuando él le besó el cuello, ella suspiró.

-Nunca se me ha olvidado tu sabor. -le susurró él.

Sus besos eran suaves como la lluvia, cálidos como la luz del sol-. Sabes a miel, a leche, a...

Le puso los labios en el pezón, cubierto por la tela de seda y ella se quejó y arqueó el cuerpo hacia él.

-Sí. -dijo, mientras ella decía su nombre y le ponía las manos en el cuello.

David la levantó y se la puso sobre él, de rodillas sobre el asiento de cuero, con la falda sobre sus piernas, como si fueran pétalos de una rosa.

Le metió la mano por debajo de la falda, sintiendo la humedad de su sexo.

Joanna suspiró y echó la cabeza para atrás.

-Estamos sólos. -susurró David. -Sólos tú y yo. Y te quiero, más de lo que he querido jamás a ninguna otra mujer.

La besó y ella respondió con un ardor igual al de él. Eso era lo que ella quería también. Sin juegos preliminares. Sin dulces palabras. Sólo una pasión que quería satisfacer.

¿Cómo podría haber estado tan ciega? Amaba a aquel hombre. Siempre había amado a aquel extraño que era su marido.

Era posible que por el accidente se hubiera olvidado de él, pero su alma lo recordaba. Era y siempre había sido parte de ella. Mientras, él esperaba su respuesta. Y ella se la dio, ofreciéndole la boca, para que le metiera la lengua, agarrándole la cara y acercándosela hacia la de ella.

-Quítame el pantalón. -le pidió él, y ella obedeció de inmediato, temblándole las manos de puro deseo. Sintió la palpitante dureza de su erección.

-Joanna. -le dijo él, mientras que con la mano le buscaba y acariciaba su sexo.

-David. -suspiró ella, apretando su mano contra la cremallera de su pantalón.

El Bentley dio un bandazo. Se oyó una bocina y el coche volvió a dar otro bandazo.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Joanna.

-No lo sé. -la abrazó. -Ni me importa.

-No, no, espera... -le puso las manos en su pecho. -David, espera.

-¡Vuelve aquí! -su voz estaba cargada de deseo. Le puso una mano en la cara y la besó. -No puedo aguantar más. Quiero estar dentro de ti, oírte gritar mi nombre.

Joanna se sintió como si estuviera despertando de un profundo sueño. El Bentley había reducido la marcha. Joanna volvió la cabeza y miró a través de la ventanilla oscura del coche. Estaban atravesando una zona en construcción, las luces amarillas intermitentes advertían del peligro.

Nadie los podía ver. Ella lo sabía. Aquellos cristales oscurecidos lo impedían. Pero no pudo evitar sentirse observada.

-David. -dijo. -Por favor...

Le besó el pecho.

-No. Para. -empezó a intentar separarse de él. -David. ¡Para!

Él levantó la cabeza. Tenía los ojos casi desenfocados. En aquel momento, su marido era un completo extraño para ella.

-David. -le dijo, mientras le apartaba. -Déjame.

-¡No seas tonta! Tú lo estás deseando tanto como yo. Ven...

-¡No! -intentó separarse, pero no pudo. -Tú no sabes lo que yo quiero.

-Sé perfectamente lo que quieres.

Joanna le pegó una bofetada. Se quedaron mirándose y David la soltó, se dio la vuelta y apoyó la frente contra el cristal.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? Allí estaba él, un hombre ya crecido, en una limusina, con su mujer sobre las piernas, desnuda de medio cuerpo para arriba y la falda subida hasta la cadera, y si ella no le hubiera detenido, él habría hecho el amor allí mismo, en el asiento de aquel coche, como si fuera la primera vez que se conocieran.

Y encima estaba enfadado con ella, cuando no había hecho nada. Lo único que había hecho era aparecer de pronto en su vida otra vez, como él siempre la había recordado y, como la primera vez que la conoció, había vuelto a perder la cabeza, dándose cuenta que amaba a la mujer con la que se había casado.

Pero cuando ella recuperara la memoria, todo volvería a ser como antes de que tuviera el accidente. Dos personas que no tenían nada en común y que estaban a punto de divorciarse.

¿Pero, cómo le iba a decir que su pérdida de memoria la había convertido en una persona mejor?

Hacer el amor con Joanna sería como hacer el amor con un sueño.

-¿Joanna? -estiró la mano y ella se la retiró. -Escucha, Jo. Sé cómo te sientes...

Ella se volvió hacia él. Esperaba ver una cara angustiada, boca temblorosa. Pero estaba equivocado.

En vez de angustia vio ira.

-Es increíble. -dijo ella. -Primero dices que sabes lo que quiero, y ahora me dices que sabes cómo me siento.

-Jo, estoy intentando disculparme. Nunca debería haber... e

La limusina se detuvo. El motor se paró. Joanna lo miraba en la oscuridad.

-No se te ocurra volver a tocarme otra vez, o... o...

No pudo terminar la frase. La puerta se abrió y Hollister miró sorprendido cómo Joanna salía y se marchaba corriendo hacia la casa.

A las cinco de la mañana, David seguía sentado en la oscuridad del salón.

Llevaba allí más de tres horas. Se había quitado la chaqueta, la corbata y tenía desabrochados los tres primeros botones de la camisa. Había dejado los zapatos al lado de la silla. En la mesa había una botella abierta de coñac. Él tenía un vaso en la mano. No estaba borracho, aunque había bebido lo suyo.

Se oyeron pasos en las escaleras.

Se levantó y se pasó la mano por el pelo. Caminó hacia la puerta y se asomó al recibidor.

-¿Joanna? -llamó, muy bajo.

Ella se detuvo a mitad de camino. Llevaba puesto un camisón amarillo, tenía el pelo recogido y aunque le sorprendiera verlo allí, no lo demostró en la cara.

-Hola, David. -le dijo, en un tono neutro.

-¿Estás bien?

-Sí, estoy bien.

Pero no era cierto. Tenía unas ojeras muy pronunciadas.

-Estaba bebiendo una copa de coñac.. ¿Te apetece una?

-No, no. Gracias. -levantó sus manos y se las puso en las sienes. -La verdad es que he bajado para buscar una aspirina. No, he encontrado ninguna en mi cuarto de baño.

-Iré a buscarlas.

-No te preocupes, iré yo.

David suspiró, volvió al salón y se sentó, con la copa en la mano, esperando su regreso, intentando averiguar cómo decirle que de verdad lo sentía.

-Con respecto a lo que ha pasado en la limusina...

Sus mejillas se sonrojaron, pero tenía fija su mirada.

-No soy una niña, David. Yo soy tan responsable como tú. No debería haberte permitido...

-¿Me quieres escuchar, por favor?

-¿Por qué? No hay nada que discutir, a menos que hablemos de una separación.

David se echó para atrás, como si le hubieran dado un golpe. No podía reprochárselo. Incluso a ella le sorprendió lo que acababa de decir. Ni siquiera se le había ocurrido hablar de

una separación, aunque fuera lo que le había estado rondando por la cabeza durante las últimas horas.

-¿De qué estás hablando?

-Sería lo mejor. -respondió ella. -No podemos seguir así.

-¡No digas tonterías!

-Déjame sólo un par de días y encontraré un sitio donde...

David le puso las manos en los hombros.

-¿Estás loca? ¿Dónde diablos vas a ir?

-No lo sé. -levantó el mentón. -Ya encontraré algún sitio. Sólo necesito un poco de tiempo.

-¿No comprendes que estás enferma?

-No lo estoy. Yo sólo...

-Sí, lo sé. Lo que te ocurre es que no puedes acordarte de nada. -dijo David. -Olvídalo, Joanna. Tú no te vas de aquí.

-Yo no necesito tu permiso. Ya soy mayorcita, para decidir por mí misma.

-Pues te estas comportando como una niña.

Se quedaron mirando el uno al otro.

Joanna dejó en la mesa el vaso de leche que había llevado y se marchó a su habitación.

-¿Joanna? -David la siguió. -¿Dónde vas?

-Deja ya de utilizar ese tono conmigo. -le dijo muy enfadada. -Me voy mi habitación. ¿O es que necesito pedirte permiso?

-Lo único que quiero es que te metas en la cabeza que no va a haber separación.

-Dame sólo una razón.

-Porque lo digo yo.

-Magnífico. Como no puedes ganar la pelea, tienes que recurrir a la típica tiranía machista... -por un momento vaciló y puso cara de asombro. -Típica tiranía machista. -susurró. Lo miró. -¿David? ¿No he dicho yo ya eso antes?

David subió lentamente las escaleras y se puso a su lado.

-Sí. -respondió.

-Eso pensaba. -dudó. -Por un momento casi he logrado recordar algo. ¿Te llamé yo algo así, discutiendo una posible separación?

David sonrió. Estiró la mano y le acarició la barbilla.

-No fue en una discusión. -le dijo. –Habíamos estado montando a caballo...

-¿En Connecticut?

David asintió.

-Yo te había amenazado con tirarte a un estanque y tú lo pusiste en duda...

-Y entonces lo intentaste, yo me aparté y tú te caíste en el agua.

-¿Te acuerdas de eso?

Los ojos de Joanna se llenaron de lágrimas.

-Sólo de eso, -susurró. -Nada más. Es como si hubiera visto sólo unos fotogramas de una película.

David le puso las manos en la cara.

-Yo salí del agua y tú te estabas partiendo de risa. Saliste corriendo, yo te perseguí y cuando te alcancé, te agarré y te iba a tirar al agua, cuando dijiste...

-Típica tiranía machista.

-Eso es. Y no te tiré.

-¿Y qué hiciste?

-Pues te llevé a un prado.

-Un prado muy verde. -dijo Joanna. -Con muchas flores.

-Y allí te desnudé e hicimos el amor, rodeados del dulce aroma de las flores, el sol calentando nuestros cuerpos. ¿Te acuerdas de eso?

Ella negó con la cabeza.

-No. -susurró. -Ojalá me acordara...

Se quedaron en silencio. David suspiró.

-Ve a tu habitación. -le dijo.

-Allí es donde iba, antes de que tú...

-Y vístete y mete en la maleta lo que necesites para un fin de semana.

-¿Por qué?

-O mejor no te preocupes. -le dijo, sonriendo. -Creo que dejaste tu segunda piel en la habitación de Connecticut.

-¿De qué estás hablando?

-De que nos vamos a ir allí el fin de semana. Confía en mí. -le dijo él, cuando vio. que ella abría la boca para protestar. -Es algo muy civilizado en nuestro entorno.

-Me importa un bledo. Yo no vaya ningún sitio contigo. Me niego en redondo.

-¿Aunque si vas puede que empieces a recordar cosas?

-¿Tú crees?

-No sé. -admitió él.

-¿Pero crees que...?

-Venga. -le dijo, invitándola a que se fuera a su habitación. -Te concedo sólo diez minutos, ni un segundo más.

-¿David?

-¿Qué ocurre ahora?

-¿Por qué me llamas algunas veces gitana?

-Ya te lo contaré en otro momento.

Inclinó un poco la cabeza y ella fue consciente de que la iba a besar. Pero sólo fue un beso muy suave. Cerró los ojos, suspiró y se acercó a él. Y así se quedaron un rato, besándose, hasta que David se apartó. Cuando Joanna abrió los ojos, vio una expresión en su cara que no había visto antes.

-¿David?

-Venga. -dijo él. -Ve a ver si encuentras algunas zapatillas y algo cómodo para ponerte y no tardes más de diez minutos.

Joanna sonrió. Era una estupidez, pero se sentía feliz como una chiquilla.

-Que sean quince. -dijo ella.

Se acercó a él y le dio un beso. Y después se marchó a su habitación y cerró la puerta.

CAPÍTULO 9

Hubo un tiempo en que David habría dicho que podría conducir hasta Fenton Mills con los ojos cerrados.

No tenía que mirar las señales para saber la salida de la autopista, ni los desvíos por las carreteras secundarias.

Lo que le sorprendió fue que todavía era capaz de recordarlo. Después de todo el tiempo que había pasado, parecía que el Jaguar se conocía el camino a su hogar.

Aunque la verdad, desde hacía tres años no había sido su hogar.

Una joven pareja, que cultivaban una tierra cerca de la casa, se encargaban de su cuidado. Limpiaban el caminó, cuando nevaba y cortaban el césped durante el verano, aunque David nunca iba allí casi nunca.

A veces se preguntaba por qué tenía una propiedad allí. Esa misma pregunta se la había hecho su contable, hacía sólo unos meses.

-No obtienes ningún beneficio de aquella propiedad. -le había dicho Carl-. Además, me dices que nunca vas. ¿Por qué no la vendes?

David le contestó que por las condiciones del mercado, que las propiedades se habían depreciado y una docena de razones más, después de lo. cual Carl no tuvo más remedio que dejarlo.

-No sé cómo se me ocurre darte consejos financieros. -le había dicho, y los dos se echaron a reír y hablar de otros asuntos.

Las razones que le había dado a Carl estaban tan argumentadas, que casi se convenció a sí mismo.

Pero no eran ciertas.

Seguía conservando aquella casa por una sola y estúpida razón.

Porque le recordaba la vida que tina vez había soñado vivir con una mujer que había amado.

Con Joanna.

Había comprado aquel lugar hacía años, con el primer dinero que ganó. En aquel momento no supo bien por qué. No era la parte más solicitada de Connecticut, aunque era una zona bastante bonita. Y la casa tenía más de doscientos años. Incluso el agente inmobiliario se extrañó de que le interesara aquel sitio.

Pero David, en uno de sus viajes de vuelta de esquiar durante el fin de semana, había visto el cartel de que se vendía y supo que aquella casa estaba destinada para él. Y había extendido un cheque, firmado los documentos necesarios y la casa fue suya.

Al principio había ido todos los fines de semana, con un saco de dormir, y había acampado en el destartalado salón, compartiéndolo con un par de ratones, un murciélago y una vez con una inofensiva serpiente.

Cuando mandó llamar a los carpinteros, estos aparecieron, se frotaron el mentón y le dijeron que para arreglar aquello hacía falta mucho trabajo. También llamó a los pintores, cristaleros y profesionales que nunca jamás sabía que existieran.

Pero cuando más tiempo pasaba David en aquella casa, más le apetecía hacer los arreglos él mismo. Se compró libros de carpintería y se los leyó en su casa de Manhattan, que se había comprado como inversión, nunca para que fuera su hogar de verdad.

Al principio hizo trabajos sencillos y pidió consejo cuando lo necesitó. Si aquello lo hubiera hecho en la ciudad, la gente le habría dicho que estaba loco, pero allí nadie le prestó mayor atención.

Descubrió que le gustaba hacer trabajos con sus manos. Aprendió a cepillar la madera y a hacer trabajos de albañilería.

La gente del lugar, los que le vendieron los tablones de roble que necesitó para construir la mesa de la cocina, miraron la casa y expresaron su admiración. El editor del periódico local se enteró de lo que estaba haciendo y un día lo llamó por teléfono y le pidió que escribiera un artículo sobre el trabajo que estaba haciendo. Pero él se negó.

Aquella casa, que estaba restaurando con sus propias manos era su hogar. Una casa que no quería compartir con nadie.

Hasta que conoció a Joanna.

La llevó allí un fin de semana, a las dos semanas de conocerse. Por desgracia las viejas tuberías se rompieron y terminó con la cabeza debajo del fregadero. Joanna se agachó con él, y le daba las herramientas para reparar todo lo necesario.

-No es necesario que me ayudes. -le dijo David, y ella se reía, diciéndole que se lo estaba pasando en grande.

Aquel fin de semana, se dio cuenta de que, quería a Joanna, no sólo en la cama, sino en su vida y para siempre. A los pocos días se casaron.

Al principio, todo fue felicidad. Las horas que pasaba en la oficina eran menos importantes que las que pasaba junto a su nueva esposa.

Morgana incluso llegó a sentir pánico.

-No sé qué decirle a la gente cuando llama por teléfono, David. -se quejó Morgana.

David pensó en el problema y se fue a ver a los clientes y lo solucionó.

A los pocos días, vino un equipo de electricistas, que instalaron en el ático de la casa, ordenadores, módems e impresoras, conectando la casa con la oficina de Nueva York.

Desde allí podía hacer su trabajo, sin moverse del sitio, aunque iba los jueves y los viernes, siempre acompañado de su bonita esposa, para reunirse con algunos clientes. Algunas veces las reuniones terminaban tarde. Joanna nunca se quejó. Morgana la entretenía el tiempo que duraban las reuniones.

Pero las cosas empezaron a cambiar.

Todo empezó muy lentamente, casi sin notarlo.

Un día Joanna sugirió quedarse a pasar un día en la ciudad.

-Me gustaría ir a la ópera. -dijo.

Por correo había llegado una invitación. David iba a tirarla cuando Joanna se lo impidió, diciendo que nunca había asistido a la ópera.

Antes de que él se diera cuenta, se pasaban cinco días a la semana en Nueva York y, al poco tiempo, toda la semana. Joanna empezó a salir con gente, hacer amigos y formar parte de algunos comités.

Connecticut, y la vida sencilla que allí disfrutaban, se fue alejando cada vez más.

Morgana, que lo conocía muy bien, vio que no era feliz, así que intentó ayudarle.

-No debes ser tan posesivo. -le dijo ella. -Una mujer tan joven como Joanna necesita espacio para desarrollarse.

Así que él cedió. Pero aquello no sirvió de nada. La distancia entre ellos sé convirtió en un abismo. Joanna dejó de fingir que le gustaba el campo. Le dijo claramente que prefería el lujo de Manhattan y antes de que David se diera cuenta, la casa de campo se llenó de muebles horribles.

La chica de la que se había enamorado había cambiado y se había convertido en una mujer que no le gustaba.

Joanna cambió de los vaqueros y la franela, a la seda. Se reía de las hamburguesas a la parrilla y prefería los filetes de ternera, servidos en platos de china.

Y dejó claro que prefería un café en la cama, servido por un criado, que un marido con un delantal, especialmente si ese marido estaba dispuesto a endulzárselo con besos, en vez de azúcar.

David apretó el volante del Jaguar. Aquello fue lo más duro de todo. El darse cuenta de que a su mujer no le gustaban sus manifestaciones de cariño.

¿Habría estado fingiendo todo el tiempo? ¿O era que el dinero y su posición social la habían convertido en una persona diferente?

Al cabo de un cierto tiempo, dejó de tocarla, o de quererla. Había cometido un error, e iba a darle solución.

El divorcio parecía que era la única salida...

Hasta la noche anterior, en la que los besos habían encendido de nuevo el amor que había sentido por ella.

¿Era esa la razón por la que había decidido ir allí ese fin de semana?

No, por supuesto que no. No estaba dispuesto a hacer el amor con Joanna, ni aquel fin de semana, ni ningún otro. La nevaba a Connecticut para ver si empezaba a recordar cosas.

Cuanto antes empezara a recordar, mejor. Antes podría dejar de fingir que eran marido y mujer y podría continuar su vida.

-¿Falta mucho para llegar?

La voz de Joanna tenía un tono de duda. David la miró. El sol le iluminaba el pelo.

-Sólo unos kilómetros. -dijo. -¿Por qué? ¿Te suena algo?

Ella negó con la cabeza.

-No. Es una carretera preciosa.'

-Sí, lo es.

-Me encantan los muros de piedra que hay al lado de la carretera. ¿Son muy antiguos?

-La mayoría de ellos son de la época colonial. Los campesinos los hicieron con las piedras que se encontraban cuando araban las tierras.

-¿Tantas piedras se encontraron? Debió ser una tierra muy difícil de cultivar.

-Y todavía encuentran. Algunos dicen que aquí lo único que se puede cultivar son piedras.

Joanna sonrió.

-Me lo creo. ¿Y cómo es la casa?

-Pues una casa que espero que te encante. -le contestó él. -Es una casa vieja. La parte principal fue construida en mil setecientos sesenta, por un campesino llamado Uriah Scortt. Su hijo, Joseph, construyó otra ala, cuando la heredó y cada una de las generaciones siguientes la fueron modernizando.

-Entonces siempre ha sido la casa de la familia Scott. -suspiró Joanna. -Qué bonito, todas esas generaciones compartiendo el mismo sueño. Debe ser maravilloso.

David se quedó mirándola. Había hecho el mismo comentario la primera vez que fue allí. Un comentario que la primera vez fue un tanto venenoso, viniendo de una chica que había sido criada por un padre viudo que se había dedicado más al whisky que a ella. Y él le quiso dar todo el amor que a ella le había faltado...

-No creas que todo es tan romántico, Joanna. -le dijo, sonriendo. Miró al espejo retrovisor y se metió por el camino por el que se iba a la casa. -Las casas viejas son bastante incómodas. La calefacción casi nunca funciona, están siempre llenas de arañas y ratones en la bodega...

-¿Es esa?

David miró a la casa con contraventanas de color negro que había en lo alto de una colina. Era una casa pequeña, comparada con las que habían visto en el camino. Tenía un aspecto de abandonada. El invierno había sido muy duro y las tormentas habían soltado algunas tejas.

Sintió un sabor amargo en su boca.

¿Qué era lo que habría visto en aquel sitio, para parecerle mágico?

-Sí. -dijo él. -Esa es. Siento mucho que esperaras algo más, pero...

-¿Algo más? ¿Qué más podría esperar? Es preciosa.

¿Qué diablos era aquello? Eso mismo había dicho la primera vez que la vio. Más tarde descubrió que sólo lo había dicho para complacerle.

David se enorgullecía de ser un hombre al que sólo se le podía engañar una vez. .

-¿De verdad te gusta? -le preguntó.

Joanna asintió.

-Sí. Es perfecta.

Y familiar.

No lo dijo, pero lo pensó. Era muy pronto para saber si aquel fin de semana iba a poder recordar cosas. Pero tenía la sensación de que lo iba a lograr. Porque de no ocurrir nada, su desilusión iba a ser difícil de soportar.

-¿Jo?

Ella parpadeó y lo miró. David había aparcado el coche y había salido. Le había abierto la puerta.

-¿Quieres que entremos?

Lo miró a los ojos. Tenía una mirada fría. Tuvo la sensación de que él esperaba que ella le dijera que no, que quería volver a la ciudad. Pero habían llegado muy lejos, para volverse atrás.

-Sí. -le contestó. -Vamos dentro.

David no estaba seguro de cómo iba a reaccionar Joanna cuando entrara en la casa. ¿Se daría un golpecito en la cabeza y diría que se acordaba de algo? ¿O echaría un vistazo por las habitaciones y diría que no se acordaba de nada y que quería volver a casa?

No hizo ninguna de las dos cosas. Hizo lo que había hecho años atrás. Se fue de habitación en habitación, diciendo que eran preciosas y suspiró sobre el pasamanos de la escalera, que juntos estuvieron barnizando.

Antes de ir, había llamado a los que se encargaban de cuidar la casa. Habían pasado por allí, porque los muebles estaban limpios y las ventanas abiertas. Les habían hecho café y habían dejado algunos pasteles en la mesa de la cocina. También dejaron mermelada de fresas y una docena de huevos, mantequilla y leche en el frigorífico.

Joanna dijo que aquello era maravilloso, en especial la chimenea. Y además dijo que le alegraba ver que también había gas y agua corriente.

David pensó que aquella mujer vestida con un jersey de lana de cachemira, pantalones de nylon y zapatillas, sin maquillar, con el pelo recogido, era la mujer que él una vez había amado.

-¿Qué te pasa, David?

-Nada. Vamos arriba. Te enseñaré tu habitación. Anoche no dormiste mucho y después de este viaje, seguro que querrás echar una cabezada.

-Pero... -estuvo a punto de decirle que no estaba cansada.

Pero lo que estaba claro era que se la quería quitar de en medio, pensó ella. Seguro que se arrepentía de haberla llevado allí.

Joanna asintió.

-Está bien. Enséñame la casa.

En la parte de arriba había tres puertas cerradas. Una daba a un baño, otra daba a una escalera por la que se subía al ático y la tercera a una: espaciosa habitación, en la que las vigas estaban a la vista. Había una chimenea y en el centro de la habitación una cama con dosel. . ¿Una habitación? ¿Sólo una?

Joanna se quedó en la puerta.

-Yo pensaba que...

David entendió al instante.

-No te preocupes. -le dijo. -Hay otra habitación abajo. Yo me quedaré allí. Tú puedes quedarte en esta a dormir un poco. Cuando te levantes te enseñaré New England. ¿Quién sabe? A lo mejor ves algo que te refresca la memoria.

Salió y cerró la puerta. Ella se quedó en la habitación y se fue a mirar por la ventana, desde donde se veían unas colinas cubiertas del manto verde de finales de primavera. Se quedó pensando por qué no le había preguntado la razón por la que no compartían cama, o habitación.

Y si alguna vez lo habían hecho.

Joanna durmió la siesta y al cabo de un rato se despertó. La habitación estaba casi en sombras.

Se levantó, se fue al cuarto de baño y se lavó las manos y la cara. Mientras estaba adecentándose se miró al espejo.

Tenía un aspecto horroroso. Estaba despeinada y un poco de lápiz de labios no le vendría nada mal. Además llevaba una ropa ridícula. En la habitación había visto un armario. Además David le había dicho que no tenía que llevar nada. A lo mejor encontraba algo en aquel armario.

Cuando lo abrió, se quedó boquiabierta. Estaba repleto de ropa. Cosas que seguro que ella había comprado, con un estilo completamente diferente a la que tenía en Nueva York. Había pantalones vaqueros y de pana, camisas de algodón y jerséis. Zapatillas, botas de cuero y de goma.

Y, además, también estaba la ropa de David. Vaqueros tan viejos como los de ella, botas y zapatos y camisas de franela...

¡Habían compartido aquella habitación y aquella cama!

-¿Jo? ¿Estás despierta?

Se dio la vuelta hacia la puerta.

-Sí. -dijo y se aclaró la garganta. -Sí, David, lo estoy. Bajaré en un minuto.

-Tranquila.

Se puso unos pantalones vaqueros, una camisa de algodón de color rosa y unas botas de cuero, en las que se encontró muy cómoda, nada más ponérselas. Se puso un suéter de color azul marino, se peinó y bajó a la parte de abajo.

-Hola. -le saludó, muy animada, cuando llegó al salón.

David se dio la vuelta.

-Hola. -respondió, con una sonrisa en sus labios al verla. -Ya veo que has encontrado tu ropa.

-Oye David, ¿por qué me dijiste aquello de que dejé mi piel en Connecticut?

-Fue una estupidez.

-¿Pero qué era lo que querías decir?

-Pues que yo sabía que tenías el armario lleno de ropa...

-Sí, pero...

-¿Dónde te apetece ir a cenar?

-¿Qué? Pues no sé, no había pensado en nada...

-Hay un sitio a media hora de aquí, un restaurante de cocina francesa.

-¿Cocina francesa por aquí?

David sonrió.

-No estamos en la luna, Jo.

-Ya lo sé. Lo que quería decir... Ya sé que vas a pensar que estoy loca, pero...

-¿Qué?

-No, nada. Vamos a ese restaurante. -le dijo. -Con tal de que no tengan sólo queso de cabra.

David se echó a reír, se apoyó en la pared y se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

-Te aseguro que tienen otras cosas aparte del queso de cabra. -le dijo. -Dime lo que me ibas a decir.

Joanna suspiró y antes de que pronunciara una sola palabra, él sabía lo que iba a salir por su boca.

-Te vas a reír, pero he echado un vistazo al frigorífico, y lo que de verdad me apetece para cenar es una hamburguesa.

Todo había sido una equivocación.

Desde el momento en que salieron de Manhattan, hasta ese momento, en que estaba sentado en la alfombra, frente a la chimenea del salón, junto a su esposa, su bella esposa, viéndola comer una gigantesca hamburguesa, escuchando la música de la radio.

¿A qué diablos estaba jugando? ¿Por qué fingía estar escuchándola, cuando en realidad tan sólo estaba concentrado en el reflejo del fuego en su rostro tan encantador?

Trató de concentrarse en lo que decía. Le estaba contando una historia de una mujer que había conocido en Bright Meadows, que estaba convencida de que vivía en Plutón.

-Sé que no tenía que haberme reído. -le estaba contando, mientras se comía la hamburguesa. -Pero si hubieras oído lo seria que lo contaba...

David se echó a reír, porque era lo que ella esperaba de él. Pero no sentía lo mismo por dentro. Lo que en realidad deseaba era que Joanna no fuera capaz de recordar nada, después de aquel fin de semana. Porque se estaba enamorando otra vez de ella, de la Joanna que tenía delante de sus ojos.

-... me preguntó dónde había nacido y yo no pude contestarle, porque.. ¿David? ¿Qué te pasa?

David se puso de pie.

-Escucha Joanna...

«Escucha Joanna, nos vamos». Eso era lo que le hubiera querido decir. «Nos vamos de aquí, mientras estemos a tiempo».

Pero no fue lo que dijo.

-Jo. -dijo y estiró la mano. -¿Quieres bailar conmigo?

Se miraron alas ojos. Joanna se sonrojó, sonrió y se puso también de pie.

David se la llevó al centro de la habitación y la rodeó con sus manos. Ni siquiera intentó fingir que sólo quería bailar con ella. La apretó contra su cuerpo. Ella se puso muy tensa y por un momento pensó que se iba a resistir. Pero entonces, suspiró, le puso las manos alrededor del cuello y se dejó llevar por la música.

Fue una sensación maravillosa sentir sus pechos, la calidez de sus muslos. Le puso las manos en el trasero y la apretó contra su endurecido miembro.

Joanna sintió que la deseaba, no de la forma que la había deseado en el coche, sino de otra manera. En esos momentos era amor.

Estaba segura de ella. Ella también lo amaba, con todo su corazón., Y él a ella. Lo sabía por sus caricias.

Se echó un poco para atrás y miró los ojos de su marido.

-¿David? -susurró ella.

-Gitana. -le dijo él. -Mi gitana. -y empezó a besarla. Le puso las manos en los pechos. La echó en la alfombra y frente al fuego de la chimenea se dejaron llevar por la pasión.

CAPÍTULO 10

El sonido del viento y la lluvia contra las ventanas despertaron a David.

Intentó levantarse en aquella oscuridad, rota tan sólo por el resplandor de las ascuas de la chimenea. Sintió el calor del cuerpo de Joanna, contra el suyo, olió su fragancia y se sintió feliz.

Tenía apoyada la cabeza en su brazo, la mano en su pecho y la pierna descansando en la de él.

Así era como se habían quedado dormidos después de haber hecho el amor, de la misma forma que se quedaban años atrás, un tiempo que él jamás pensó que podrían recuperar.

Pero lo habían recuperado.

¿Era un milagro? ¿O era una jugada del destino? ¿Seguiría ella comportándose de igual manera cuando recuperara la memoria, o volvería ser aquella mujer fría y calculadora de la que había estado apunto de divorciarse?

Había tantas preguntas sin responder.

David se puso de lado, abrazó con la otra mano a Joanna y se pegó a ella. Un último rescoldo del fuego iluminó su cara. Era una mujer muy guapa y más después de hacer el amor. Supo que en aquel momento las preguntas dejaban de tener importancia.

Lo único que importaba era el presente.

Escondió la cara en su pelo y dejó su boca en el cuello. Todavía dormida, suspiró y se acurrucó contra él.

Su olor era una mezcla de olor a flores, sol y almizcle de su sexo. La besó otra vez, empezando en el cuello, hasta llegar a su boca.

-Mmm. -susurró y le puso las manos en el cuello.

-Hola -le dijo, con la boca pegada a la de ella.

-Me he dormido.

-Los dos nos hemos dormido. Es muy tarde.

-Mmm.

-El fuego casi se ha apagado y es ya de noche.

-Mmm.

-Vamos a la cama.

-¿Para qué necesitamos una cama? Aquí estamos bien.

-Sí, pero ahora quiero hacer el amor con mi mujer en un sitio más cómodo.

La metió la mano por debajo e intentó levantarla.

-David, me gustaría saber si antes del accidente dormíamos en la misma habitación.

Joanna sintió que se ponía tenso, y se arrepintió de habérselo preguntado. Pero en vez de apartarse de ella, se echó para atrás, todavía con ella en los brazos.

-Sí. -le contestó, después de un largo silencio. Habían compartido habitación, pero hacía mucho tiempo. Pero no le podía decir eso, sin contarle el resto, lo del divorcio y cómo había cambiado...

Joanna se puso encima de él, apoyó los codos en la alfombra y lo miró a la cara.

-¿Incluso cuando vivíamos en la ciudad?

-Incluso allí. -estiró el brazo y le apartó el pelo de la cara. -Dormíamos en mi habitación hasta que...

-¿Por qué decidimos dormir cada uno en una habitación? ¿Cuándo lo decidimos? ¿Hemos estado durmiendo separados desde hace mucho?

David suspiró. No sabía cómo responder aquella pregunta. Lo cierto era que nunca habían decidido dormir separados. Lo habían hecho sin hablarlo. Él se quedaba a trabajar en el estudio y se quedaba dormido en el sofá. La excusa fue que no quería despertarla.

Y Joanna le había dicho que no tenía que quedarse en el sofá, cuando tenían una habitación de más.

Además ella quería tener una habitación para ella y decorarla a su gusto.

David había accedido y al día siguiente, cuando llegó a casa, Joanna había trasladado toda su ropa a su habitación.

-¿David?

Miró a su esposa. Todavía estaba esperando una respuesta y decidió darle la única que podía.

-La verdad es que no lo sé. Ocurrió y no sé con exactitud cuándo.

-Te pregunté una vez si no éramos felices y me respondiste de la misma manera. -le dijo Joanna. -Pero sé que no éramos felices.

En la oscuridad, David vio las lágrimas en sus ojos. Por un momento estuvo a punto de contarle toda la verdad.

Pero la verdad también era que en un tiempo fueron felices. Y que podrían volverlo a ser.

-Lo que quiero decir es que si no dormíamos juntos y llevábamos vidas separadas...

David no dudó un instante. Acercó su boca a la suya y le dio un beso apasionado.

-Pero eso se ha acabado. Ya no vamos a volver a dormir separados. Vas a ser mi esposa otra vez.

-Eso es lo que quiero, porque yo... -se detuvo justo a tiempo. Estuvo a punto de decirle que lo amaba.

Pero le dio miedo ser ella la primera en pronunciar aquellas palabras. Era una tontería. No tenía que temer decirle a su marido que lo amaba.

-Quiero ser tu esposa. -susurró, y le sonrió. -Y quiero saber por qué me llamas gitana. Me dijiste que... ¡David! ¿Qué estás...?

-Reencontrándome con mi esposa. -murmuró, mientras le besaba los pechos y la tripa. -Tienes una piel tan suave como la seda. Como la seda caliente, especialmente aquí.

Ella gritó, cuando él metió su cara entre sus muslos y la besó, una y otra vez, hasta que ella se estremeció de placer. David se levantó y se puso encima de ella, metiéndose dentro y empujando, hasta que no pudiendo soportar más de placer y alcanzaron juntos el orgasmo.

Cuando David, al cabo de un rato, se apartó, vio que tenía lágrimas en los ojos. La besó.

-No llores. -le susurró.

-No estoy llorando. -le contestó y se puso a llorar más. -Es que soy muy feliz.

-Joanna. -dijo. -Yo...

Pero no pudo terminar la frase. Casi le confiesa que la amaba.

Era demasiado pronto, porque en realidad no conocía a la Joanna que tenía en aquel momento entre sus brazos.

-Yo, me siento feliz también. -le dijo. Se puso de pie y la llevó a la habitación en brazos y en brazos la tuvo en la cama, el resto de la noche.

Cuando despertó, ya había amanecido.

Había dejado de llover, brillaba el sol y entraba una brisa cálida por la ventana.

Un maravilloso aroma a café llegó hasta la habitación.

David se levantó. Se puso unos vaqueros y una camiseta blanca. Se fue al cuarto de baño. La cortina de la ducha estaba mojada, al igual que la toalla que había colgada detrás de la puerta.

Descalzo, se fue hacia la cocina.

Joanna estaba de espaldas a él. Tenía el pelo todavía mojado y suelto sobre los hombros. Ella también iba descalza. Llevaba pantalones cortos y una camiseta vieja de algodón, que todavía tenía manchas de pintura amarilla, de cuando pintaron la despensa.

-Buenos días. -saludó él.

Ella se dio la vuelta. Su cara cambió de expresión, la alegría de verle en conflicto con la típica vergüenza que se sentía después de haber compartido cama con un hombre por primera vez. Él le sonrió y abrió sus brazos. Después de un segundo de duda, ella lo abrazó.

-Buenos días. -susurró ella. David la besó. -¿Te he despertado?

-No. Y quiero hablar precisamente de eso.

Joanna frunció el ceño.

-¿De qué?

-De que me encanta que me despiertes. Porque estaba dispuesto a agradecértelo con un ritual pagano.

-¿ Un ritual pagano?

-El sol, la cama y todos los miembros de mi cuerpo preparados...

-¡David! -Joanna se sonrojó.

-No decías lo mismo anoche.

-Bueno, no... pero, era diferente. Lo siento no haber pensado en ello, pero es que me apetecía tomarme un café.

-A mí lo que me apetece es besarte.

-Pensé que nunca me lo ibas a decir..

Se besaron. Y cuando terminaron David siguió abrazándola, mientras ella le servía una taza de café.

-¿ Qué quieres hacer hoy?

-Elige tú. -contestó ella.

-Pues si me dejas a mí elegir, -dijo inclinando la cabeza y dándole otro beso. -creo que nos vamos a la cama y pasamos allí el día.

-No es mala idea. -susurró ella.

David dejó la taza de café en la mesa.

-Prefiero no agotarte, Jo. Ya sé que no estás enferma, pero has tenido que soportar mucha tensión.

Joanna le puso las manos en el cuello.

-Hacer el amor contigo no me puede agotar. Pero tengo que reconocer que me apetecería salir al campo. Esto es precioso.

-Sí lo es. -dijo él y la volvió a besar. Cuando acabaron de besarse, él supo que tenía que hacer algo inmediatamente, porque de lo contrario se la llevaría a la cama y no saldrían de allí en todo el día. -Venga, me vaya duchar y luego nos vamos a desayunar.

-Yo puedo hacer el desayuno. Tenemos huevos en el frigorífico...

-Ya veremos. Tardo sólo diez minutos en ducharme. Pero, ahora que lo pienso. Esa era otra cosa que había pensado.

-¿Qué?

-Pues primero un ritual pagano y después una ducha juntos. -le dijo, con una mirada traviesa en sus ojos. -Pero aunque no hagamos el ritual pagano, no tenemos por qué no hacer juntos lo otro.

-¿David? -Joanna se alejó de él, cuando intentó levantarla en brazos. -¡No, David! ¿No ves que ya me he duchado? ¡David! -riendo a carcajadas, le golpeó la espalda, mientras él la llevaba del hombro escaleras arriba. -Estás loco. Eres...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, ya estaban en la ducha, con ropa y todo. Ella gritó cuando David abrió el grifo del agua. Y al final acabaron haciendo el ritual pagano.

-Dímelo otra vez -le dijo Joanna, secándose el sudor de su frente, con el dorso de la mano. -¿De verdad que hacíamos esto?

David asintió. Estaban en lo que parecía un cementerio de automóviles.

-Siempre. -le contestó él, en tono ausente. -Oye, ¿eso es lo que creo que es?

-¿El qué? -Joanna lo siguió, mientras él corría entre lo que en una época anterior eran coches.

-Sí. -dijo él, exultante. -Mira.

-¿Yeso qué es?

-Un inyector. Si supieras cuánto tiempo he andado buscando uno...

Joanna se echó a reír.

-Lo que no entiendo es que alguien se moleste en guardar toda esta chatarra.

-No es chatarra. -le dijo David. -Son piezas de coches deportivos.

-Ya.

-Y esto es justo lo que necesitaba.

-¿Y se lo vas a poner al Jaguar?

-Claro.

-¿Y de verdad lo necesitas?

-Claro. Venga, dame la mano, que lo vamos a pagar... -se dio la vuelta, para mirarla. -Eso era lo que siempre me preguntabas.

-¿El qué?

-¿Y de verdad lo necesitas? -le acarició la cara con la mano. -Compramos juntos el Jaguar. Y nos lo pasábamos muy bien, pero tú siempre me tomabas el pelo y decías que no sabías que comprar un coche supusiera tener que ir...

-... de desguace en desguace buscando piezas. -Joanna terminó la frase. -¿Era eso lo que decía?

-Sí. -David asintió.

-Lo recuerdo perfectamente. -le dijo ella, sintiendo la garganta seca. -¿Crees que las cosas entre nosotros se pueden estropear, si recupero la memoria, David?

Vio el temor en sus ojos, pero él no quiso admitirlo.

-¿ Y por qué?

-No sé. Pensaba que...

-Entonces no pienses. -le dijo, y la besó.

Pararon a comer en un restaurante pequeño que había en una de las carreteras secundarias.

-No necesitamos la carta. -dijo David, dejando a un lado las que les había entregado la camarera. -Comeremos chile con carne y dos botellas de...

-Pete's Wicked. -dijo Joanna y sonrió. Esperó hasta que la mujer se fuera para hablar con David.

-¿Me gusta el chile con carne? -susurró.

-Te encanta. Yo solía decir que debías haber nacido en Méjico, para gustarte tanto el chile con carne.

-¿Es por eso por lo que me llamas gitana?

-Los gitanos no son de Méjico. Te estás confundiendo de continente.

-Ya lo sé. Pero cada vez que te pregunto por qué me llamas así, tú cambias de tema. -estiró el brazo y le apretó la mano.

-No es ningún misterio, Jo. Así era como te veía. Eso es todo.

-¿Cómo?

-Como una gitana maravillosa y salvaje.

-¿Era salvaje?

-Eras una persona muy vital...

-Aquí están las bebidas. -dijo la camarera, dejando dos botellas de cerveza en la mesa. Cuando se fue, David se acercó a Joanna y le susurró:

-Eras una mujer diferente. Te saltabas todas las normas.

-¿Yo? -dijo Joanna, completamente extrañada.

-Cuando te conocí, llevabas botas, calcetines de lana, una falda larga de lana y una camisa de franela.

-¿Y dónde estábamos? ¿En un baile de disfraces?

-Estabas en la recepción de Adams Investments.

-¿Dónde?

-Nuestra recepcionista se había puesto enferma, así que Morgana llamó a una agencia de empleo y pidió que enviaran a alguien, para sustituirla.

-Morgana. -dijo Joanna, frunciendo el ceño.

-Sí. -dijo David. -Ella no quería contratarte, por que decía que no ibas con nuestra imagen.

Hizo una pausa al ver que la camarera les traía los platos de comida.

-Y yo estaba de acuerdo con ella. -continuó cuando se quedaron otra vez solos. -Pero estábamos desesperados. Había seis personas en la sala de espera, todos los teléfonos sonando y no teníamos nadie más a mano.

Joanna sonrió.

-Me encanta que me contraten porque te necesitan. -le dijo ella. -Gracias, David. -se metió una cucharada de chile con carne en la boca.

-¿Está bueno?

-Buenísimo. Continúa. Así que parecía que acababa de venir de un campo de refugiados, pero a pesar de ello me contratasteis...

-Y yo me ofrecí a llevarte a casa esa misma noche, porque te quedaste hasta muy tarde.

-Apuesto a que eso no le gustó mucho a Morgana.

-No te gusta mucho Morgana, ¿verdad?

-No seas tonto. -le contestó ella. -¿Por qué no me va a gustar, si no la conozco?'

-Morgana fue muy buena contigo. Cuando nos casamos, tú te sentiste perdida y ella te ayudó todo lo que pudo a acostumbrarte.

-¿A acostumbrarme?

-Sí. -se aclaró la garganta. -Todo era muy nuevo para ti. Vivir en Manhattan, asistir a...

-Quieres decir que yo era la típica chica pobre que se casó con el príncipe azul y se fue a vivir a su castillo. -le dijo ella.

-No, no. -le apretó la mano. -No estabas acostumbrada a... -«al dinero, a la posición social. Pero muy pronto te acostumbraste».

-Lo entiendo. -suspiró Joanna. -Y estoy convencida de que Morgana se portó muy bien conmigo. No sé por qué... -suspiró otra vez. -Bueno, es que es tan guapa y pasa tanto tiempo contigo, que pensé que... bueno, me imaginé...

-Morgana es mi brazo derecho. -dijo David. -Es una mujer eficiente, brillante y confío en ella. Pero eso es todo entre ella y yo.

-Me alegra oírte decir eso. -dijo Joanna y sonrió. -Continúa. Dime lo que pasó cuando me llevaste a casa.

David se sintió menos tenso. Le soltó la mano y empezó a comer.

-¿Y tú qué crees que pasó?

-¿Qué?

-Nada.

-¿Nada?

-Te lo juro.

-Menos mal. Por un momento pensé que...

-Me di cuenta de que te quería con toda mi alma.

-¿Nada más conocerme?

-Sí. Desde el momento en que te vi. Pero esperé a la segunda vez que salí contigo.

-La segunda vez... -Joanna se sonrojó. -¡Dime que no es verdad!

-Hicimos el amor. -le dijo. -Y fue increíble.

-Increíble. -susurró ella, fascinada y sorprendida, al mismo tiempo.

-Eso es. Y a los pocos días nos casamos.

Joanna dejó caer la cuchara en el plato.

-¿Que nos casamos? ¿Tan rápido? ¿Conociéndonos sólo dos semanas?

-Diez días. -dijo él, sin darle importancia, deseando contarle cómo él se lo propuso con el corazón en la mano, por miedo a que desapareciera de su vida... y cómo al cabo de un año deseó que lo hubiera hecho.

Diez días, pensó Joanna. ¿Y por qué no? No se tardaba ni diez minutos en enamorarse de David.

¿Pero, y él? ¿Qué le habría pasado? ¿Le habría propuesto irse a la cama con él, y al rechazarle, le habría propuesto matrimonio?

¿Por qué no había funcionado su matrimonio? ¿Se habría levantado una mañana y se habría planteado que por qué estaba casado con ella?

¿Reaccionaría de la misma forma cuando acabara ese fin de semana?

-¿Jo? -David intentó tocarle la mano. -¿Qué te pasa? Estás pálida.

-Creo que tenías razón cuando dijiste que debía tomarme las cosas con calma. ¿No te importaría si nos marchamos a casa ahora?

Antes de que ella terminara la frase, él se había levantado.

-Vamos. -dijo, dejando unos cuantos billetes en la mesa.

Ella se levantó, le puso un brazo alrededor de la cintura y de lo siguiente que fue consciente fue de que él la estaba llevando en brazos.

-David, déjame en el suelo. No tienes que llevarme en brazos cada vez que...

La besó, silenciando sus palabras.

-Me encanta llevarte en brazos. -le susurró. -Si pudiera, te llevaría siempre así.

La metió en el coche, le puso el cinturón de seguridad, se sentó en su asintió, y se fueron a casa. Y durante todo ese tiempo, ella siguió preguntándose si todo aquello no se acabaría con el fin de semana.

David insistió en llevarla en brazos a la casa.

-Te voy a llevar a tu cama. -le dijo. -Y cuando te sientas mejor, haré algo de cena.

-No seas tonto. Ya me siento mejor. Cocinaré yo.

-¿Qué pasa? ¿Es que crees que no sé preparar una sopa de lata?

Joanna se echó a reír.

-Pues por lo menos, déjame quedarme en el salón, para no sentirme como una inválida.

-Está bien. -la dejó en el sofá y le sonrió. -Y ya que te sientes mejor, te dejaré votar.

-¿Votar el qué?

-Levanta la mano, si quieres que nos quedemos aquí toda la semana.

-¿De verdad?

-Té lo juro por mi honor.

-Eso sería magnífico. Pero tu oficina...

-Se las arreglarán sin mí. -se agachó y la besó en los labios. -Quédate aquí y no te muevas. Haré una taza de té y llamaré a Morgana. -sonrió. -Seguro que se alegra de quedarse al mando de todo.

Joanna sonrió y echó la cabeza para atrás, cuando

David se fue a la cocina.

¿Habría sido tan feliz como ahora en algún otro momento de su vida?

Dejó de sentir miedo. Había más en su relación con David que sólo sexo. Tenía que haberlo. Porque quería estar con ella, alejado de todo el mundo. Era maravilloso.

Recuperar su memoria ya no le parecía tan importante. Lo que de verdad importaba en ese momento era que su marido admitiera que la amaba.

-¿Jo?

David se acercó a ella, muy serio.

-¿Qué ocurre, David?

-Nada, en realidad. -se agachó y se puso a su lado. -No es que sea el fin del mundo pero...

-¿Pero?

-Morgana me ha dicho que estaba a punto de llamarme por teléfono. He estado en un proyecto para el Secretario de Comercio, y la Casa Blanca se ha interesado en él.

-¿La Casa Blanca? ¿Hablas en serio?

David asintió.

-El Secretario quiere que nos reunamos. Y no puedo decirle que no.

-Por supuesto que no.

-Si fuera otro...

-David, no tienes que explicarme nada. Lo entiendo.

-Mira, volveremos a Nueva York mañana, me reuniré con el secretario y el próximo fin de semana volvemos y nos quedamos toda la semana. ¿Vale?

-Claro. -asintió Joanna.

Y confió en haberlo dicho en tono convincente. Pero sintió algo en su interior que le decía que nunca más iba a volver a esa casa.

CAPÍTULO 11

Los criados de la casa de la ciudad de los Adams, tenían la costumbre de tomar un café a media mañana juntos.

Fue idea de la señora Timmons, que aunque suponía una buena forma de empezar el día, se hacía más por razones de eficacia que de otra cosa. El ama de llaves había descubierto que era la mejor forma de organizar el día, con Ellen y Hollister sentados en tomo a la mesa de la cocina.

Pero desde el primer momento se dio cuenta que aquello no iba a ser así aquella mañana.

Nada estaba saliendo según el programa. Y tenía el presentimiento de que iba a ser igual el resto del día.

Los Adams habían vuelto la noche anterior, de pasar el fin de semana. La señora Timmons estaba viendo las noticias de la televisión, cuando les oyó llegar, se levantó de la mecedora de su habitación, que estaba al lado de la cocina, se miró en el espejo y se había ido a saludarlos, por si querían algo.

La escena que presenció, la hizo volverse a su habitación.

El señor David llevaba en brazos a su mujer. Había hecho lo mismo el primer día que la llevó allí, del centro de rehabilitación, pero la llevaba de forma diferente.

La señora Adams iba agarrada al cuello de su marido. Se decían cosas al oído, se reían y a mitad de la escalera, el señor Adams se detuvo y la dio un beso, tan apasionado, que la señora Timmons miró para otro sitio. Cuando volvió a mirar, los Adams estaban dentro de la habitación del señor David.

Eran las diez de la mañana, y la puerta de esa misma habitación aún no se había abierto. Ninguno de los dos había bajado a desayunar, y el señor Adams no había ido a correr.

-Esto nunca ha ocurrido antes. -dijo Hollister, mientras mojaba el donuts en el café.

-Sí ha ocurrido. -le contestó la señora Timmons. -Lo que pasa es que tú no estabas al principio.

-¿El principio de qué?

-Pues supongo que se referirá a cuando se casaron. -dijo Ellen, riéndose. -Cuando todavía eran una pareja de tórtolos. ¿No es así, señora Timmons?

El ama de llaves le echó tal mirada que se quedó pálida.

-¿No tienes hoy que recoger la ropa para llevarla a la lavandería?

Hollister salió en defensa de Ellen.

-Sólo estaba haciendo un comentario sobre lo que habías dicho. -empezó a decir, pero guardó también silencio, al ver la misma mirada.

-Y tú. -le dijo la señora Timmons. -Tienes que limpiar la plata.

Hollister y Ellen se miraron, se encogieron de hombros y se levantaron.

-Sabemos interpretar una indirecta. -le dijo Hollister con dignidad.

La señora Timmons comenzó a limpiar los platos.

-Me alegro -le contestó. Y los dos se fueron a hacer sus tareas. La señora Timmons se quedó sola.

Llevaba varios años trabajando en casa de David Adams y le consideraba como un hijo. Nunca se lo había demostrado, porque no habría sido correcto.

Pero si Joanna Adams, que le había roto el corazón en una ocasión, pensaba rompérselo otra vez...

No, aquello no podía ocurrir.

El destino no podía ser tan cruel.

En la habitación principal de la casa, David estaba levantado, mirando a Joanna, que todavía estaba dormida.

Aquel fin de semana, y la noche que acababan de pasar juntos, había sido maravilloso.

Recorrió a su esposa con la mirada. Estaba boca abajo, con la cabeza para un lado, por lo que le podía ver perfectamente la cara. La manta la cubría hasta la cintura, quedando expuesta la grácil curva de su espalda. El pelo, negro como la noche, en contraste con las sábanas blancas, caía sobre sus hombros.

La amaba, pensó. La amaba de todo corazón.

Ojalá se lo pudiera decir.

Joanna suspiró. Se estiró, se puso de espaldas' y abrió los ojos. Su cara se iluminó cuando vio a su marido aliado de la cama.

-David. -susurró y, sin dudarlo un momento, le ofreció sus brazos.

David se acercó a ella inmediatamente, a pesar de que iba con traje, camisa y corbata.

-Buenos días. -le dijo y cuando ella sonrió, la besó.

Un beso muy suave, pero por el que inmediatamente notó cómo su cuerpo reaccionaba.

-Mmm. -susurró él y le tocó un pecho. Se lo acarició, bajó la cabeza y le empezó a chupar el pezón.

Ella respondió de forma rápida y excitante. Se quejó y aquello fue suficiente para que él perdiera la cabeza. Cuando ella arqueó su cuerpo, poniéndole la mano en la cabeza, para apretar su boca más contra la de él, David sintió que era su perdición.

Levantó la cabeza, la besó y se apartó.

-No puedo, cariño. -le dijo. -La reunión es dentro de una hora.

Joanna sonrió y le apartó el pelo de la cara.

-Lo entiendo.

-Le tenía que haber dicho a Morgana que aplazara la reunión.

-No. No importa David. De verdad. Lo entiendo.

-Volveré en cuanto pueda. -le dijo David.

Ella se incorporó, le puso las manos alrededor del cuello y lo besó.

-Te estaré esperando. -susurró.

David le acarició la mano. A continuación se levantó, se estiró la ropa y se fue hacia la puerta, mientras todavía sentía que tenía fuerzas para marcharse.

Esa nueva Joanna, de la que se había enamorado, no podía ser algo temporal. Tenía que ser real y para siempre.

No podría soportar otra pérdida.

El destino no podía ser tan cruel.

Morgana recogió los papeles de la mesa de David y los metió en la carpeta. Miró el reloj.

David llegaba tarde. Veinte minutos tarde. Aquello no estaba bien.

Nunca llegaba tarde. Por los menos desde hacía dos años. Desde que había dejado de tontear con su mujer.

Morgana apretó los labios. El matrimonio de David había desbaratado todos sus planes. Hasta ese momento, sólo era una cuestión de tiempo que David se diera cuenta de lo que ella había sabido desde el primer momento que había empezado a trabajar con él.

David y ella estaban hechos el uno para el otro.

Nada más verlo, se había enamorado. Pero David... era un hombre, y los hombres tardaban más en darse cuenta de las cosas. Durante bastante tiempo, había sido suficiente para ella saber que él la consideraba la mejor asistente personal que había tenido: Pero muy pronto, se repetía una y otra vez, se daría cuenta de que había algo más entre ellos.

Pero ocurrió que se quedó ensimismado, más bien seducido por una chica cualquiera.

Morgana dirigió una mirada venenosa a la foto de Joanna, que David tenía en la mesa.

-Mírala. -dijo entre dientes.

Con el pelo al viento, la camisa de algodón, metida en sus pantalones y aquella sonrisa de inocencia.

Morgana sonrió, pero con la misma frialdad que una noche del más crudo invierno.

Al principio, le había parecido un problema insuperable. Fue un golpe muy duro que David se hubiera casado. Morgana sufría en silencio, viendo cómo sus planes de futuro se desvanecían.

Hasta que un día vio que se le presentó su oportunidad.

Sonriente, se había ofrecido a hacerse amiga de Joanna.

La chica era tan joven. Estúpida, en realidad. Se tragó todo lo que Morgana le decía. Picó el anzuelo.

-Estoy tan contenta de veros tan felices. -le dijo Morgana en una ocasión. -Debe ser maravilloso vivir allí en Connecticut. ¿Que por qué? David se ha perdido algunas reuniones, porque no quería venir. ¿No te lo ha dicho? O Dios mío, supongo que no debería habértelo dicho.

-No. -le había respondido Joanna. -No, me alegra que me lo digas. No quiero interferir en la vida de David.

Después, todo había sido fácil. Con algunas conversaciones entre mujeres sobre la posición social de David. El papel que desempeñaba en la esfera nacional e internacional.

-¿Y por qué no me ha contado eso? -le preguntaba Joanna, cada vez que Morgana sacaba ese tema de conversación.

Morgana suspiraba y le contestaba que porque la amaba.

-Si fueras tú la que le dijeras que quieres vivir de otra manera. -le sugirió Morgana, adoptando un tono inocente. -Es decir, si David pensara que quieres venirte a vivir a la ciudad, estar rodeada de gente, si viera que intentas adaptarte a ese estilo de vida. Eso le haría muy feliz, y así no se sentiría culpable de tener que pedirte que cambies por él. ¿No entiendes?

Morgana se impacientó y se fue a su mesa. Tan sólo hubo que encender una cerilla, para desencadenar un fuego. Joanna hizo cambios y David se sintió decepcionado. Joanna, la estúpida, reaccionó intentando cambiar más y el fuego fue aumentando.

Fue muy difícil ver a David tan decepcionado, pero era por su bien. Aquel matrimonio era un error. Y era ella, Morgana, la que se lo tenía que hacer ver.

Y al final lo consiguió.

Un día llegó a la oficina, y llamó a Morgana a su despacho. Con la cara muy triste, le había comunicado que Joanna y él se iban a divorciar.

Morgana le expresó su preocupación, a pesar de haber estado a punto de darle un abrazo y celebrarlo. Pero se dijo a sí misma que había que esperar, que dentro de poco tiempo podría ofrecerle consuelo.

Pero ocurrió lo del accidente. Ojalá aquel taxi la hubiera golpeado como la habría tenido que golpear...

Suspiró y se echó para atrás el pelo.

Aquel había sido un largo y terrible fin de semana.

Librodot

Cuando David la llamó, diciéndole que estaba en Connecticut, había sabido que aquella guarra lo había seducido otra vez. Lo notó en su voz.

Y en aquel mismo instante se dio cuenta de que no podía esperar a que Joanna recuperara la memoria, que tenía que actuar de forma inmediata.

No estaba dispuesta a perder a David otra vez. Había luchado mucho para conseguirlo.

-Buenos días.

Levantó la mirada. David estaba entrando por la puerta. Le sonrió. Qué guapo era. Cómo lo adoraba.

-Buenos días. -le contestó, con cordialidad. -Has recibido algunas llamadas. Te he dejado una nota en la mesa. -se levantó y entró con él en su despacho. -Se han recibido un par de faxes de Japón. Nada urgente. John Fairbanks ha llamado para ver si podías comer con él hoy. Le dije que le llamarías. Y han llamado también de la oficina del alcalde...

-¿A qué hora vienen?

Morgana se quedó pálida.

-¿Quién? .

-El Secretario y su gente. -apartó su silla, se sentó y empezó a ver las notas y los faxes. -¿No me dijiste que iban a venir a las doce?

Morgana frunció el ceño. El día anterior, cuando David la llamó, lo único que quería era que David volviera a la realidad y estuviera alejado de su esposa.

Al acordarse de cómo lo consiguió, trató de encotrar alguna explicación.

-Oh, -dijo. -eso...

David la miró. Estaba muy peinado, recién afeitado y con una camisa y corbata impecables..Pero también se dio cuenta de su cara de satisfacción, incluso del maldito olor de su mujer.

-Sí. -dijo él, impaciente. -Eso. ¿Cuándo se supone que van a venir? Hoy no estoy dispuesto a esperar, Morgana.

-Han llamado hace unos minutos. -contestó ella. -Dijeron que vendrían a la una.

Eso bastaba, de momento. A la una David ya estaría hasta las cejas de trabajo. Y no volvería a pensar en su mujer. A las seis o las siete, ella le recordaría que la tenía que llamar por teléfono...

-Bueno. -murmuró David, mirando el reloj. -Está bien, pongámonos en acción. Veamos esos faxes.

Morgana sonrió.

-Sí, David.

A las doce y media, David se había quitado la chaqueta y estaba enfrascado en su trabajo.

Morgana pidió unos sándwiches. David le dio las gracias y se los comió, sin hacer ningún comentario.

A la una menos cinco, Morgana llamó a la empresa telefónica y les dijo que creía que su teléfono no funcionaba y que podían llamada para comprobado.

Cuando el teléfono sonó, lo levantó, dio las gracias y colgó. Esperó un par de minutos, antes de ir al despacho de David.

Lo miró. Tenía el ceño fruncido. Buena señal. Aquello significaba que estaba concentrado en su trabajo.

-David, han llamado de Washington. Han dicho que lo sienten, que no pueden venir hoy.

-¡Maldita sea! -David tiró su bolígrafo. -Tendrían que haber llamado antes.

-Ya sabes cómo es esta gente. -le dijo Morgana.

-Pensar que he tenido que venir a la ciudad, sólo para esto...

Librodot

-Pero está bien que lo hayas hecho. -contestó Morgana. -Mira todo el trabajo que has hecho...

-Sí. -se echó para atrás. -Magnífico.

-¿Sabes que todavía no has respondido a esa carta que llegó la semana pasada...?

-Supongo que ya que estoy aquí, tendré que hacer algo.

Morgana sonrió.

-Eso es. Esa carta...

Pero David no la escuchaba. Había levantado el teléfono y estaba marcando un número.

-Soy David Adams. -dijo. -Quiero hablar con el doctor Corbett.

-David. -dijo Morgana. -Tienes trabajo.

David levantó su mano.

-¿Corbett? Estoy bien, gracias. Escuche, ¿tiene tiempo para quedar esta tarde? Me gustaría hablar con usted.

-David. -le dijo Morgana, con los dientes apretados. -Escucha...

-¿Dentro de media hora en su consulta? Está bien. Gracias. Allí estaré.

David colgó el teléfono y se levantó. Se puso la chaqueta y se encaminó hacia la puerta.

-¿Dónde vas? -preguntó Morgana. -David...

-Joanna es como era antes. -le dijo y le sonrió. -¡Es maravillosa! ¿Te acuerdas de cómo era, Morgana?

Morgana palideció.

-Sí. -contestó. -Sí me acuerdo.

-Sé que puede parecer una estupidez, pero ese golpe en la cabeza le ha cambiado de personalidad.

-La verdad, no me lo creo.

-¿Por qué no? Algo le ha hecho cambiar. -sonrió otra vez. -Tengo que contárselo a Corbett. A lo mejor él me lo puede aclarar.

-¡No, David! Es decir, es una locura...

David se echó a reír.

-Tanta locura, como que me estoy enamorando otra vez de mi mujer. Hasta mañana. -sonrió. -O a lo mejor no. A lo mejor me voy con Joanna a París. ¿Quién sabe lo que va a pasar? Estoy empezando a pensar que todo es posible.

Morgana se quedó mirando fijamente a la puerta, cuando él se fue. Apretó la boca, se puso la chaqueta y abandonó la oficina.

Joanna estaba sentada en el sofá de su propio salón, preguntándose si alguien se podría sentir más fuera de lugar que ella en aquel mismo instante.. .

Morgana, una visita inesperada, estaba sentada en una silla, frente a ella. Con su traje azul de seda, las manos en su regazo y pelo muy peinado, parecía estar en su propia casa.

Joanna, que había estado ocupada en sacar todos los vestidos de su armario, para guardarlos en cajas, sentía todo lo contrario. Se miró sus vaqueros y sus zapatillas, con manchas de hierba. Todavía no se había peinado. Las manos las tenía hechas un asco, incluso tenía una uña rota...

-Tienes que ir a ver a Rita. -dijo Morgana.

-¿Rita?

-Sí, la que hace las manos. Tienes cita con ella. ¿No te lo ha dicho nadie?

-No. Es decir... la verdad es que la idea de ir a un salón de belleza me resulta extraño.

Joanna respiró. Aquello era ridículo. Aquella era su casa. Y Morgana su invitada. No tenía por qué sentirse perdida.

-Morgana. -le dijo y sonrió. -¿Te apetece un té?

-No, gracias.

-¿Café? La señora Timmons no está y Ellen se ha ido a hacer unos recados, pero yo puedo...

-No.

-¿Un refresco, entonces?

-Joanna. -Morgana se levantó y se puso de rodillas, frente a ella. -Querida. -le dijo, y le acarició las manos.

-Morgana. -dijo Joanna, muy nerviosa. -¿Qué haces? Ponte de pie.

-Joanna, mi querida Joanna. Estoy tan apenada desde que tuviste ese terrible accidente.

-No quiero hablar del acc...

-Y David también me da pena.

-Morgana, por favor, levántate. Me estás haciendo sentirme incómoda...

-Me ha contado hoy que os fuisteis el fin de semana para ver si recuperabas tu memoria.

-¿Te ha contado eso? -fue un disparo a ciegas, pero acertó. Joanna se sonrojó. -Ya sé que te aprecia mucho.

-Por supuesto. -Morgana le apretó la mano. -Pero eres tú en la que estoy pensando ahora.

-No te entiendo.

Morgana suspiró y se puso de pie.

-¡Sé que has tenido relaciones con David este fin de semana, Joanna.

Joanna se quedó pálida.

-¿Cómo...?

-David me lo contó.

-¿Que te lo contó? -Joanna se puso de pie. -¿Por qué? ¿Por qué te iba a contar algo tan personal sobre nosotros?

-Nosotros estábamos muy unidos. Ya te lo he dicho. Y a lo mejor se sentía culpable.

-¿Culpable? ¿Culpable de qué?

-¿Estás segura de que lo quieres saber? A lo mejor ha sido un error venir aquí.

-Puedo oír cualquier cosa. ¿Por qué te iba a contar a ti mi marido que hicimos el amor este fin de semana? ¿ Y de qué se tiene que sentir culpable?

-Porque ha sido cruel contigo y él lo sabe. -tomó aliento.-Yo no puedo permanecer callada. Mira Joanna, David quería divorciarse de ti.

-¿Qué?

-Te lo debería haber contado hace tiempo. Yo traté de convencerle. Y su abogado también, pero...

-¿Su abogado?

-Sí. -Morgana le agarró las manos. -Tienes que ser fuerte, querida, cuando te lo diga.

-¡Dímelo y acaba ya!

-El día que tuviste el accidente. -dijo Morgana lentamente. -Tú ibas camino del aeropuerto. Te ibas al Caribe, a conseguir el divorcio.

Joanna retiró las manos de las de Morgana.

-¡No! No te creo. Yo le he preguntado a David sobre nuestro matrimonio y él nunca me ha dicho...

-Porque fue lo que le recomendaron los médicos. Dijeron que no debías recibir sorpresas.

-No te creo. Eso no es verdad...

Joanna no pudo terminar la frase. Se dio la vuelta y se fue hacia la ventana.

Era verdad. Todo lo que Morgana le estaba diciendo tenía sentido. Lo reacio que se mostró David para llevaría a casa, su frialdad, su silencio.

Las habitaciones separadas...

Pero no habían dormido en habitaciones separadas aquel fin de semana.

-Supongo, -dijo Morgana, en tono muy amable, como si estuviera leyendo sus pensamientos. -que es difícil de aceptar. Sobre todo después de lo que ha ocurrido este fin de

semana. -suspiró. -Pero si te pudieras acordar del pasado, sabrías que... bueno, que sexo era lo único que os unía a ti y a David. Fue por lo que os casasteis.

-¿Qué quieres decir?

-Como seguro sabrás, David es un hombre con fuertes impulsos. Ha habido muchas mujeres... Pasaban por su vida una vez y luego se iban. Y entonces apareciste tú. Eras tan joven... -Morgana luchó para no mostrar la ira y el odio en sus palabras. -Es un hombre muy moralista, a su forma. Supongo que después de estar contigo se sintió obligado. -argumentó Morgana. -Pero aquello no era amor.

Joanna sintió que las piernas se le doblaban. Se fue hacia el sofá y se sentó.

-Me ha dicho tantas cosas este fin de semana... -susurró, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

-Ya lo sé. Pero estaba arrepentido de lo que había pasado en Connecticut. Yo le dijo que no tenía que haber hecho caso a los médicos y haberte contado toda la verdad...

Y poco a poco, como si despertara de un sueño, Joanna fue recordando su pasado.

-¡Dios mío! -susurró. -¡Ya recuerdo!

Las imágenes se le agolpaban en su cabeza. Se vio así misma llegando a Nueva York desde Midwest, buscando una nueva vida y encontrando al hombre del que estaba enamorada.

David.

Era diez años más mayor que ella y se relacionaba con las más altas esferas, como para fijarse en ella.

Pero se había fijado y desde la primera vez que salieron juntos, Joanna se había enamorado de él.

Recordó la pasión con la que ella, la chica que todos sus amigos llamaban la virgen eterna, se metió en su cama.

Y la felicidad que sintió, cuando él se declaró. La emoción que sintió cuando se fueron a Méjico de viaje de novios. Las semanas de éxtasis y felicidad...

Y, después, el darse cuenta de que ella no era lo que David quería.

Nunca se lo dijo. Era muy decente. Pero era un sueño que no podía durar. David había abandonado todo. Había dejado de ver a sus amigos y de ir a la oficina. Decía que prefería vivir en Connecticut. Pero Joanna sabía que todo lo hacía porque él sabía que ella no iba a encajar en la vida tan sofisticada que llevaba en la ciudad.

Cuando Morgana le ofreció su ayuda, Joanna no dudó en intentar salvar su matrimonio.

Lo que tenía que hacer, Morgana le había dicho, era tener una vida propia, una mujer con responsabilidades propias, de la que no tuviera que encargarse David todo el tiempo.

-Un hombre de sus características necesita retos. -le había dicho Morgana. -Si te dedica tanto tiempo a ti, se está engañando. Tienes que tener tus propios intereses. Tienes que demostrarle que puedes moverte en los círculos que él se mueve. A lo mejor si colaboras con instituciones de caridad, o te haces socia de un club, podrías aprender a organizar esta casa, qué ropa llevar...

-¿Quieres decir que no le gusta cómo voy vestida?

-Para nada. -le respondió Morgana.

Pero todas las cosas que había intentado, no habían servido para salvar su matrimonio. David se había distanciado cada vez más. La cama, que antes había sido un lugar de intimidad y felicidad, cada día era más frío, en el que cada noche se separaban más y más, hasta que Joanna decidió irse a otra habitación. David le sugirió, lo del divorcio. Joanna estuvo de acuerdo. Todo lo habían acordado de forma muy civilizada. Pero el día que se iba para el aeropuerto, tenía los ojos tan inundados en lágrimas que novio el taxi que se le echó encima...

Aquellos recuerdos eran demasiado dolorosos. Joanna se puso las manos en la cara. Morgana se quedó de pie a su lado.

-Pobre Joanna. -dijo. -Lo siento.

-No puedo... no puedo mirarlo a la cara. -susurró. -No puedo...

Morgana se sintió exultante.

-Lo entiendo. -le dijo, tratando de calmarla.

-No quiero estar aquí cuando David vuelva. No quiero verlo nunca más. -Joanna agarró las manos de Morgana. -Ayúdame por favor.

-¿Ayudarte?

-No tengo ningún sitio donde ir. No conozco a nadie en esta ciudad, excepto a ti.

Morgana frunció el ceño. Tenía que pensar con rapidez. Tenía que sacar a Joanna de allí, antes de que alguien apareciera. La suerte había estado de su lado, hasta ese momento. No había nadie en la casa.

Pero David podría llegar en cualquier momento.

Tomó una decisión rápida.

-Puedes dormir en el sofá del salón, hasta que se nos ocurra algo.

-Oh, no. No podría...

-Tonterías. Venga. Y creo que lo mejor es que dejes una nota.

-¿Una nota?

-Sí, algo claro y conciso, para que entienda él por qué te has ido.

-¿Y qué le digo?

-La verdad, Joanna. Que has recuperado la memoria y que quieres continuar con el divorcio.

Joanna asintió, pero dudó un instante.

-¿Morgana? Me da vergüenza admitirlo, pero cuando le oí hablar a David de ti, sentí celos.

-¿De mí? Qué tontería. David ni siquiera se da cuenta de que soy una mujer.

Pero se daría, pensó cuando salían de la habitación.

Al fin iba a ocupar el sitio que merecía en la vida de David Adams.

CAPÍTULO 12

-David. -le dijo Morgana. -tienes que tranquilizarte.

-¿Cómo puedo tranquilizarme? -David, que había estado recorriendo de arriba a abajo la oficina durante más de diez minutos, se dio la vuelta y miró a Morgana. -Hace una semana que Joanna ha desaparecido. ¡Una semana! ¡Y ninguno de esos detectives pueden saber dónde se encuentra!

-Enfadarte no sirve de nada.

-¡Yo no estoy enfadado! -gritó. Se fue a mirar por la ventana-. ¡Mira toda esta ciudad! Jo puede estar en cualquier sitio, sola y desprotegida.

-Ni está desprotegida, ni ha desaparecido. Te ha dejado, David. Eso es lo que me dijiste, ¿no?, que te dejó una nota.

-¿Y qué demuestra eso? Había estado enferma. Había sufrido un accidente. Se había dado un golpe en la cabeza... -le pegó una patada a una silla. -Si por lo menos supiera que está bien.

-Está bien.

-Eso tú no lo sabes.

Pero sí lo sabía. Joanna Adams estaba todo lo bien que se podía esperar de una mujer que se pasaba el día llorando en el apartamento de Morgana.

Dos días antas, cuando Morgana llegó a casa, se encontró con que Joanna había hecho las maletas y decía que se iba a un hotel. Estuvo a punto de aplaudir aquella decisión, pero prevaleció el sentido común.

Si Joanna se quedaba sola, podría hacer cualquier cosa. A lo mejor cambiaba de opinión y decidía ir a ver a David. O a lo mejor se encontraban en la calle. Manhattan era muy grande y las posibilidades de que se encontraran pequeñas, pero...

Morgana había sopesado las posibilidades. Tenía que esconder a Joanna un poco más de tiempo. Así que le había contado que David le había retirado todo el dinero de sus cuentas.

-Te tendrás que quedar aquí un poco más de tiempo, querida. -le dijo, con una amable sonrisa.

Joanna no tuvo más remedio que aceptar.

El único problema era que las cosas no estaban saliendo como Morgana había pensado. Sabía que David se quedaría destrozado, pero nunca se imagino que reaccionara de la manera que reaccionó.

Se puso frenético. Se volvió medio loco, cuando supo que su mujer se había ido. Llamó a la policía y contrató a detectives privados.

Y rechazó a Morgana cuando ésta quiso consolarlo. Lo miró. Estaba detrás de su mesa, con la cara apoyada en sus manos. Era increíble que pudiera estar tan triste por perder a una mujer tan normal y corriente como Joanna.

-Ridículo. -murmuró ella.

David la miró.

-¿Qué es ridículo?

Morgana se sonrojó.

-Que la policía no la haya encontrado aún.

David suspiró y se frotó la cara con las manos. No había dormido más de una hora, desde que Joanna se había marchado, y el cansancio se reflejaba en su rostro.

-Jo dejó una nota, así que técnicamente no se la puede dar por desaparecida. Si no fuera porque tiene amnesia, no estaría buscándola.

-Ya no tiene amnesia. Recuerda todo.

David la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Y tú cómo lo sabes, Morgana?

-Bueno, pues... -tragó saliva e intentó buscar una respuesta. -Eso es lo que tú dijiste, que decía la nota.

-Sí, pero eso no quiere decir nada. -puso las manos en la mesa y echó para atrás la silla. -Corbett me ha dicho que la memoria se recupera poco a poco. Seguro que no se acuerda de lo que de verdad es importante.

David puso una cara que hizo que a Morgana se le revolviera el estómago.

-Al parecer tú tampoco recuerdas lo importante.

La mirada que le dirigió, la dejó sin aliento.

-Me gustaría que me explicaras eso. -le dijo, en un tono muy frío.

Morgana dudó. ¿Por qué no? Había llegado el momento de dejar las cosas claras.

-Quiero decir, que parece que has olvidado que tu matrimonio con Joanna estaba abocado al fracaso.

-¿Que estaba abocado al fracaso? -David se puso de pie. -¿Por qué dices eso?

-¡David, no pagues tu enfado conmigo!

-Sólo quiero una respuesta a una pregunta muy sencilla, Morgana. ¿Por qué piensas que mi matrimonió estaba abocado al fracaso?

-La verdad, parece que se te ha olvidado que te estabas divorciando. Y de cómo llegaste a esa decisión. Yo sé, mejor que nadie, lo mal que iban las cosas entre tú y Joanna.

-Pero lo que no sabes es lo mucho que la amaba le contestó, apretando los dientes. -Y por lo que respecta al divorcio, eso ya era pasado...

-Porque perdió la memoria, sí, pero...

-¡Y un cuerno, porque perdió la memoria! -pegó un puñetazo en la mesa y los papeles salieron volando. -¡La amor ¿No lo entiendes? Aunque haya recuperado la memoria, podríamos haber solucionado las cosas entre nosotros. Yo amaba a Joanna como ella era al principio y como era después del accidente. Tiene que haber una razón por la que ella cambió. Y salí de la consulta del doctor Corbett, dispuesto a hablar de eso con ella...

Se dio la vuelta. Morgana dudó un instante. A continuación se fue lentamente hacia donde David estaba y le puso la mano en la espalda.

-David, -le dijo. -tienes que aceptar lo que ha pasado.

-No lo acepto. ¿No lo entiendes?

-Joanna ya ha recuperado la memoria. Y ha decidido finalizar lo que iba a hacer antes de sufrir el accidente. Separarse de ti...

David se dio la vuelta y la agarró de la muñeca.

-¿Y tú cómo sabes eso?

Morgana lo miró fijamente.

-Porque así es como ocurrió. -tartamudeó. –Tú me lo contaste...

-Nunca.

-¡Sí lo hiciste! ¡Me dijiste que te había pedido el divorcio!

-Te dije que habíamos acordado separamos. -David la miraba con ojos tan fríos, como el hielo. -Nunca te dije que Joanna quería divorciarse de mí.

-Es posible que yo me imaginara... –Morgana miró la mano de David, apretando su brazo. -David, me estás haciendo daño.

-Lo siento. -le dijo, soltándola. -No sé en lo que estaba pensando.

-No importa. Lo entiendo.

-Ojalá hubiera llegado antes a casa.

-No puedes culpabilizarte.

-Ojalá hubieran estado allí los criados.

-David, por favor, intenta tranquilizarte.

-Ni siquiera estaba Hollister. Tuvo que ir a cambiar el aceite a esa porquería de coche.

-Oh David, me partes el corazón. Ojalá pudiera hacer algo por... ¿Qué haces?

David se puso la chaqueta.

-Me voy a casa. Es mejor eso que hacer un agujero aquí en el suelo.

-¡No te vayas! Haré un té.

-Tengo que dormir un poco. Y tú tómate el día libre, si quieres.

-Pero no podemos dejar sola la oficina.

David sonrió.

-Confía en mí, Morgana. Podemos.

-Pero...

Fue inútil protestar, porque ya se había ido. Morgana se fue a la mesa de David y se sentó en su silla.

Maldijo a Joanna. Se había ido, pero no la había olvidado. Y era una amenaza mientras siguiera en Nueva York. Pero ella no era la mujer con la que tenía que estar David.

Joanna pertenecía al pueblo de donde llegó.

Echó para atrás la silla y se fue hacia la puerta. Y cuanto antes se fuera, mejor.

El apartamento de Morgana estaba en silencio.

-¿Joanna? -cerró la puerta y tiró su bolso en una silla. -¿Dónde estás, Joanna? Tenemos que hablar.

Y no era que quisiera hablar con ella. Le daría a aquella pobre chica un cheque, para que comprara un billete de autobús y se fuera de allí cuanto antes.

La vida volvería a la normalidad. David necesitaría consuelo, y ella estaría allí, para ofrecérselo.

¿Qué era eso?

El corazón le empezó a latir con fuerza, cuando vio la nota en la mesa de la cocina. Aquella hoja de papel doblado la llenó de preocupación.

Abrió la nota y la leyó.

Querida Morgana:

Has sido muy amable conmigo, pero no puedo seguir imponiendo mi presencia. De pronto me he acordado de que guardé algo de dinero en mi casa. Me voy a recogerlo y...

-No. -susurró Morgana. Dobló la nota. –No. -repitió, mientras corría hacia la puerta de su apartamento.

Joanna no tardó mucho en encontrar lo que estaba buscando.

Los doscientos dólares que había ahorrado, estaban en la mesilla de noche, donde ella los había dejado. Los había dejado allí, para comprarle a David un regalo de cumpleaños...

Confiando en que ese regalo pudiera cambiar la situación entre ellos.

Los ojos se le empañaron de lágrimas y se los restregó con el dorso de la mano. Era una estupidez pensar en eso. Eso pertenecía ya al pasado. Era el momento de pensar en su futuro.

Y en salir de la casa sin hacer el menor ruido.

Era una tontería, pero no quería encontrarse con nadie. A esa hora, un viernes, la señora Timmons estaría en el mercado. Hollister estaría en la cocina, viendo una de sus óperas favoritas.

Joanna subió la escalera, sin hacer ruido. Pensó que no iba a echar de menos aquella casa. Al único que iba a echar de menos era a David. ¿Pero, para qué seguir enamorada de alguien que no estaba enamorado de ti?

Antes de sufrir el accidente, ya había asumido ese hecho. Había aceptado el divorcio. Y lo aceptaría otra vez. La angustia que había sentido por perder a su marido había sido comprensible, después de todo lo que había pasado entre ellos el fin de semana.

No, eso no había influido en nada. Había sido una mentira. Nunca le perdonaría a David haberla engañado de aquella manera.

De pronto oyó la puerta de la calle. Joanna se sobresaltó, y creyó que sería la señora Timmons.

Pero no era el ama de llaves, sino David.

Se quedaron mirándose el uno al otro, sin poderse decir una palabra. Fue Joanna la que primero se recuperó.

-Hola, David. -le dijo. No le respondió, pero no tenía porqué. La expresión de su rostro era más elocuente que las palabras. -Supongo que te sorprende verme.

¿Sorprendido? Más que eso. Era un hombre que nunca se había quedado sin nada que decir. Pero allí estaba, mudo.

-¿Dónde diablos te has metido?

-No tienes que gritarme, David. No estoy sorda.

-Gracias por la información. -le gritó. -y ahora respóndeme. ¿Dónde has estado?

-No he venido a discutir. -le respondió.

-¿No?

-No.

David cerró la puerta de golpe.

-¿Y a qué has venido entonces? ¿Has venido a ver si me he subido por las paredes, tratando de saber dónde estabas, si estabas viva o muerta?

-Estoy bien, como puedes ver.

-¿Sí?

-Sí -respondió ella, y él dio unos pasos, para acercarse a ella.

-Pues bien que me has engañado.

-Ya te he dicho que no he venido a discutir.

David se desabrochó la chaqueta y se puso las manos en la cadera.

-¿Me puedes decir entonces a qué has venido?

-He venido a recoger una cosa.

-¿Una cosa?

-Sí.

David se cruzó de brazos.

-La verdad es que esta conversación no nos lleva a ningún sitio.

-Esto no es una conversación, es un interrogatorio.

-No lo es aún, pero si no me empiezas a dar respuestas claras, seguro que se va a convertir en un interrogatorio.

-Voy a recoger dinero que tenía guardado en...

Se mordió el labio. Hollister y Ellen aparecieron en el vestíbulo y se quedaron mirándolos. David se dio la vuelta y los miró.

-¿Y bien? -les gritó. -¿Qué es lo que queréis

-Nada señor -respondió Hollister. -Es que hemos oído el portazo y luego las voces... -miró a Ellen. -Bueno, nos vamos a la cocina.

-Mejor que eso, iros a dar una vuelta y dejadnos solos.

Hollister asintió, agarró a Ellen del brazo y se la llevó. Joanna, aprovechando aquella interrupción se fue hacia la puerta. David estiró el brazo y la agarró de la muñeca.

-Déjame. -le pidió ella.

-Primero tienes que explicarme por qué viniste.

-Ya te lo he dicho, quería recoger el dinero que dejé en mi habitación. -levantó el mentón. -Tengo que admitir que es tuyo, pero...

David lanzó un juramento, que la hizo enrojecer.

-¿Tu dinero? ¿Mi dinero? ¿De qué hablas? El dinero es dinero, nada más. Y siempre ha sido tuyo y mío.

-Lo que intento decirte es que ese dinero lo ahorré yo.

-¿Y para qué lo necesitabas?

-Para marcharme.

-¿Para marcharte? -repitió David. -¿Sin tener la decencia siquiera de decírmelo a la cara?

-Ya te lo dije. -Joanna intentó soltarse. -Te dejé una nota.

-Ah, sí, dejaste una nota, diciéndome que habías recuperado la memoria y que querías divorciarte.

-David, todo esto no tiene sentido. Ya te he dicho que no he venido a discutir.

-Está bien. Has venido a por el dinero que estuviste ahorrando, supongo que para marcharte en la primera ocasión que tuvieras.

Se movió Con tanta rapidez, que no pudo esquivar el puñetazo que le dio en el hombro.

-Oye...

-¡Eres una rata! -lo miró fijamente a los ojos. -Ahorré ese dinero para comprarte un carburador el día de tu cumpleaños.

-¿Qué?

-Un carburador. Esa pieza que estabas buscando una vez en el catálogo.

-Un carburador Holley.

-Sí, sólo había que pedirlo para que te lo enviaran, en vez de andar de desguace en desguace.

-¿Y para qué me ibas a comprar un carburador?

-Pues porque pensé que si te lo regalaba para tu cumpleaños, a lo mejor podríamos recuperar la relación...

Se quedó mirándolo, arrepentida de haberle dicho casi que siempre le había amado. Con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta y le dijo:

-Adiós, David. Ya te diré dónde puedes enviar mis cosas. O mejor, regálalas a quien quieras.

David la tomó en brazos y se la llevó a su estudio.

-¿Estás loco? Suéltame...

-Tú no te vas a ninguna parte, hasta que no aclaremos esto. -le contestó él.

-No tenemos nada de que hablar.

-¿No?

-No.

-¿Y por qué te preocupaba entonces recuperar la relación?

-Lo dije sin pensar en lo que decía. Además, eso ya no tiene importancia.

-¡Por supuesto que la tiene! -le puso las manos en la cara y la obligó a mirarlo. -¿De verdad que te importa nuestra relación?

-¡Siempre me ha importado, David! -le gritó. -¿Te sientes mejor ahora? ¿No es suficiente comprobar que yo no pertenezco a tu círculo social?

-¿Pero de qué estás hablando?

-Pues de que yo no tengo tu posición, ni tu dinero, ni tus amigos. Te casaste conmigo sin pensarlo y un día te despertaste y te diste cuenta de que yo no encajaba en tu vida.

-Quieres decir, que un día me desperté y me di cuenta de que mi gitanita se había convertido en una... una... -David la soltó y se puso a caminar por la habitación. -¡No puedo describir en lo que te convertiste! Una mujer que se preocupaba más de otra gente que de mí, que quería convertir esta casa en un mausoleo, que ni siquiera me dejaba tocarla...

Se detuvo, al ver la angustia en los ojos de Joanna.

-Porque... porque... -Joanna tomó aliento. Tenía que decirle toda la verdad. -porque me daba vergüenza de como... como era, cada vez que hacíamos el amor.

-¿Vergüenza de qué?

-Ella nunca dijo nada, nunca se refirió a eso. Yo nunca le hubiera contado algo tan íntimo. -juntó sus manos, para controlar su temblor. -Pero me dijo que algunas cosas que hacía, o decía en la cama, podrían ser una grosería...

-¿Quién te dijo eso?

-Y yo intenté hacer lo que ella me dijo. Ser la esposa que tú te mereces.

-¿Quién te dijo eso, Joanna? -pero antes de que ella se lo contara, él ya lo sabía. -¿Quién te dijo que tú no eras la esposa que yo quiero?

-Morgana. -susurró Joanna. -Trató de-ayudarme para que yo cambiara, pero no pude.

David la abrazó.

-Escúchame. -le dijo. -Y mírame, para que sepas que lo que te vaya decir es verdad. -esperó a que ella lo mirara. -Yo nunca he querido que tú cambiaras. Te quiero como eres.

-Pero Morgana me dijo...

-Mintió.

-¿Por qué? ¿Por qué iba a mentir? Fue muy amable conmigo. Incluso esta semana, cuando no tenía ningún sitio donde ir, me ha dejado su apartamento.

Los ojos de David se inyectaron en sangre.

-¿Has estado toda esta semana con Morgana? ¿Y yo he estado poniendo patas arriba esta ciudad para encontrarte, y ella sabía dónde estabas?

-Sí. Después de contarme lo del divorcio y de que yo recuperara la memoria... -Joanna tomó aliento. -¿Trataste de localizarme?

David la abrazó.

-Casi pierdo la cabeza. -le dijo. -No sabes lo que te amo.

Joanna suspiró. Levantó sus brazos y se los puso en el cuello.

-No, tendrás que decírmelo.

-Te quiero y siempre te querré. -le dijo David.

Justo en ese momento, la puerta se abrió.

-¿Señor David? -dijo la señora Timmons. -¿Está usted...? -se quedó sorprendida al ver a Joanna. -Señora Adams, no sabía que hubiera vuelto. Siento mucho molestarles, pero...

Morgana apartó al ama de llaves y entró en la habitación.

-David. -dijo. -He visto a Joanna, y creo que tienes que saber. -se quedó pálida, pero al instante recuperó su color. -Ya veo que está aquí. David, no sé lo que te ha contado, pero todo es mentira.

David puso el brazo sobre el hombro de Joanna. La expresión en su mirada era bastante elocuente.

-Si fueras un hombre, te rompería la cabeza y disfrutaría mientras lo estuviera haciendo.

-Por favor, David, puedo explicártelo...

-¡Fuera!

-Esta chiquilla no es para ti. Ella es... es...

David soltó a Joanna y dio unos pasos.

-¡Eres una perra mentirosa! Te juro que como te vuelva a ver, no respondo de mis actos. ¡Fuera de mi casa y de mi vida!

Morgana se puso muy estirada y le respondió:

-¡Algún día te arrepentirás de haberme perdido! Pero será demasiado tarde. Te doy la última oportunidad...

Pero no pudo terminar la frase, porque la señora Timmons la agarró del cuello de la chaqueta y la sacó de la habitación. Cerró la puerta del estudio, se oyó un grito y luego se oyó abrir y cerrar la puerta de la calle. Y luego, silencio.

-¿David? -Joanna miró a su marido. -¿No le habrá hecho daño?

David la levantó en brazos.

-No lo sé, ni me importa. Pero después de ver lo que he visto, me cuidaré muy mucho de no enfadarme con la señora Timmons.

Joanna se echó a reír.

-¿Hace mucho que no te digo que te amo, señor Adams?

David sonrió también.

-Bienvenida a casa, señora Adams.

Y al cabo de un rato, no tuvieron que decir nada más.

EPÍLOGO

Cinco años más tarde.

-¿Kate? ¿Benjamín? ¿Dónde estáis?

Joanna suspiró, al oír las risas de los niños, que estaban en la cocina de la casa de campo.

-El coche de papá va a aparecer por esa carretera en cualquier momento, así será mejor que salgáis cuanto antes. Está bien, contaré hasta tres, y como no salgáis, seré yo la que entre a buscaras. Una, dos y...

-Aquí estoy mamá.

Una niña con el pelo negro y los ojos de color violeta entró corriendo en el salón.

-Así me gusta que sea mi hija. -la abrazó y le dio un beso. -¿Dónde está tu hermano?

-Aquí estoy mamá. -gritó, y extendió sus regordetes bracitos de tres años, para abrazarla.

-¿Va a venir pronto papá?

-Sí, hijo. Siéntate y ponte las botas.

Benjamín se sentó aliado de su hermana.

-Me va a traer un camión. -le dijo. -Con ruedas y un volante.

Joanna se echó a reír. Su hijo era el vivo retrato de su padre, con el mismo pelo negro y los ojos verdes. También le encantaban los coches, como a su padre.

-Ya está. -dijo Joanna. -Y ahora a arriba...

-No. -dijo Kate.

-No. -repitió Benjamín.

-Ya sé que hace frío fuera, y que hay nieve, pero...

De pronto se oyó la bocina de un coche. Los niños salieron corriendo hacia la puerta, con los trajes de nieve puestos. La puerta se abrió y apareció David.

-Hola. -dijo, agachándose y con los brazos abiertos. Los niños le abrazaron y le dieron un beso. -¿Me habéis echado de menos?

-Pero si sólo te has ido un día. -le dijo Kate riendo. -Pero te he echado mucho de menos. -le susurró.

-Y yo también. -dijo Benjamín y le dio otro beso en la cara. -¿Me has traído el camión?

-Vamos a ver. -dijo David, como si estuviera tratando de recordar. -¿Le he traído a Benjamín el camión? Yo creo que sí. -sacó un paquete del Land Rover y se lo dio a su hijo. -A lo mejor también hay algo para Kate aquí. -su hija empezó a abrir la casa que su padre le dio. -Y creo que también puede haber algo por aquí para...

David miró a Joanna, que estaba apoyada en el quicio de la puerta. Después de nueve años de matrimonio y dos niños, estaba más guapa que nunca.

-Hola, esposa. -le dijo.

-Hola, marido. -respondió Joanna sonriendo.

Subió las escaleras lentamente, sin apartar sus ojos de ella y cuando llegó al porche, le dio un beso y la abrazó.

-Parece que has estado fuera un año. -le susurró. David la besó otra vez.

-Lo sé. La próxima vez que tenga que ir a la ciudad os venís conmigo.

-Una idea estupenda. ¿Qué tal el apartamento?

-Bien. La señora Timmons te manda recuerdos. Te he traído algo.

Joanna se quedó mirando la cajita y sonrió.

-¿A que acierto lo que es?

-Seguro. Si no lo adivinas a la tercera, tendrás que pagar una multa.

Era una caja azul, pequeña. La había comprado en Tiffany's

-¿Una mesa? -preguntó en tono inocente.

-Inténtalo de nuevo.

-¿Una secadora?

-Para nada, último intento.

-Una lavadora.

-Tendrás que pagar una multa.

-Vale, pero déjame verlo.

-No, hasta que no pagues.

-¿Y cómo te lo vas a cobrar?

David acercó sus labios al oído de su mujer, y le dijo cómo se lo iba a cobrar. Ella se echó a reír y le dio un beso en el cuello.

-No está mal. ¿Cuándo?

-Esta noche. Después de que los niños se hayan ido a la cama. Encenderé el fuego, abriré una botella de champaña.

Joanna abrazó a su marido.

-Te quiero.

-Y yo también, gitanita -le susurró.

Y todos juntos se metieron en casa y cerraron la puerta.

FIN